ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

Misterio del arrecife del tiburón

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 30

ePub r1.4

Titivillus 28.12.16

Título original: *The secret of shark reef*
William Arden, 1979
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Unas palabras de Alfred Hitchcock

¡Atención, lectores demasiado nerviosos! ¡No empecéis la lectura de este libro a menos que seáis capaces de enfrentaros con grandes tormentas en un mar agitado, con sabotajes y tiburones, con formas monstruosas que surgen del océano! ¡Aquellos lectores que no posean el afán de la aventura peligrosa deben buscar otra novela más tranquila!

Pero para los que saben resistir las emociones fuertes, las últimas hazañas de los Tres Investigadores serán un desafío a sus mentes y a sus nervios. Nunca, hasta la presente ocasión, se habían visto los jóvenes enfrentados con una serie de sucesos tan emocionantes, tan intrigantes, tan peligrosos. ¡Cada miembro del intrépido terceto se ve obligado a cuidar por su cuenta de sí mismo!

El ingenio del regordete, y casi demasiado inteligente, Jupiter Jones, ha sido puesto a prueba en la resolución de misterios, que siempre dan paso a nuevos misterios. La atlética constitución de Pete Crenshaw le permite a este muchacho musculoso realizar aquello que no podrían hacer los demás. Y las ideas siempre agudas del estudioso Bob Andrews salvan a los tres del peligro cuando todo parecía perdido.

Desde el momento en que el padre de Bob invitó a nuestros tres amigos para que le acompañasen a una plataforma petrolífera, instalada cerca de la costa del Pacífico, los tres muchachos quedaron atrapados en un violento huracán, tanto en tierra como en el mar. ¡De manera que, si tú, querido lector, posees un corazón resistente, empieza por el capítulo primero y disfruta con las aventuras de los Tres Investigadores hasta que llegues a la solución del *Misterio del arrecife del tiburón*!

ALFRED
HITCHCOCK

CAPÍTULO 1

¡La plataforma del Arrecife del Tiburón!

—¿La plataforma del Arrecife del Tiburón? —preguntó Bob Andrews—. Canastos, ¿por qué la llaman así, papá?

Bob estaba junto a su padre en la cabeceante proa de una lancha motora. Con él se hallaban asimismo sus dos mejores amigos, Pete Crenshaw y Jupiter Jones. Pete parecía algo nervioso al contemplar la inmensidad del océano azul a su alrededor, y las islas montañosas que se elevaban al frente.

—Ese nombre de «Arrecife del Tiburón» no me resulta muy agradable, la verdad —opinó Pete.

El señor Andrews echose a reír.

—Casi todas las plataformas petrolíferas tienen un nombre, muchachos —explicó a continuación—. Esta nueva plataforma se halla a un kilómetro aproximadamente de un famoso arrecife llamado del Tiburón, y es la primera plataforma de la zona, de modo que su nombre completo es «*Plataforma Número Uno del Arrecife del Tiburón*».

El señor Andrews hizo una pausa para otear el mar y parpadeó maliciosamente.

—En otros tiempos encallaron muchos barcos en ese arrecife —prosiguió—, pero de esto hace ya muchos años. Naturalmente, al arrecife se le ha dado su nombre por los muchos tiburones que viven por allí. Constantemente, están dando vueltas al arrecife.

—¡Ya dije que ese nombre no me gustaba nada! —gimió Pete.

El cuarto miembro del grupo que se hallaba en la proa de la lancha, el gordinflón Jupiter Jones, miraba al frente a las elevadas islas del sur. Formaban como un parapeto de la extensión de aguas azuladas conocidas como el *Canal de Santa Bárbara*, que en aquellos instantes atravesaba la lancha motora. Las tres islas mayores, Santa Cruz, Santa Rosa y San Miguel, parecían formar una sola masa de

tierra, como si fuesen otro continente, con una sola abertura entre ellas y la isla Anacapa, más pequeña, orientada al este. La veloz lancha se dirigía precisamente hacia aquella abertura.

—¡Ya no falta mucho! —exclamó Jupiter cuando la embarcación, que estaba provista de un camarote y cuarto de derrota, dobló el cabo de la isla de Santa Cruz.

Jupiter había sido el que demostró mayor alegría cuando el señor Andrews les ofreció acompañarle aquella tarde de junio.

Los tres muchachos, conocidos en el distrito de Rocky Beach, California, donde vivían, como el equipo de detectives juveniles llamado «Los Tres Investigadores», estaban holgazaneando en el patio posterior de la casa de Bob cuando el señor Andrews, su padre, salió de improviso de la misma.

—¡Eh, chicos! —gritó—. ¿Os gustaría venir conmigo a una aventura muy interesante?

—¿Qué aventura, señor Andrews? —inquirió Pete, que era el más asustadizo de los tres.

—Han inaugurado una plataforma petrolífera cerca de la costa de Santa Bárbara —explicó el señor Andrews—, y los ecologistas están intentando impedir que la empresa petrolera empiece a extraer el petróleo. El director del periódico donde trabajo desea que redacte un artículo sobre este terna.

El señor Andrews, en efecto, era periodista de un periódico de Los Ángeles, y ocasionalmente tenía que salir de la ciudad para efectuar un reportaje de interés sobre algún tema de actualidad.

—¡Canastos, papá! —exclamó Bob—. Por ahí ya hay bastantes plataformas petrolíferas. ¿Qué tiene ésa de particular?

—¡Ya lo sé! —intervino Jupiter—. Lo dijeron la otra noche por televisión. La nueva plataforma está situada fuera de las islas del Canal. Y es el comienzo de una nueva bolsa petrolífera submarina que está muy cerca de las islas, por cuyo motivo están muy disgustados los ecologistas de esta región. Esas islas son casi vírgenes y están llenas de pájaros, animales, plantas y vida acuática. ¡Y el petróleo lo destruiría todo!

El señor Andrews asintió a estas palabras.

—Los contestatarios tratan de impedir que terminen de construir la plataforma, por medio de toda clase de embarcaciones dando vueltas a su alrededor.

—Y ahora —añadió Jupiter—, hay cientos de barcos dando vueltas y tratando de impedir que empiece la extracción. ¿Cuándo hemos de ir hacia allá, señor Andrews?

—Ahora mismo —replicó el señor Andrews—, si vuestras familias no se oponen.

Pete y Jupe se marcharon inmediatamente a sus casas respectivas en bicicleta, para cargar lo más necesario en una bolsa. Poco después se hallaban ya reunidos de nuevo con Bob y su padre, dispuestos todos a emprender aquel pequeño crucero por mar, ciento veinte kilómetros al norte.

Unas horas más tarde, tras dejar sus bolsas de viaje en un motel, estaban en la proa de la lancha motora, viajando hacia el lugar de la protesta.

* * *

En el ancho canal, se elevaban varias plataformas petrolíferas entre la ciudad de Santa Bárbara y las islas. Como surgiendo del mar, con sus torres de perforación a un lado, semejaban una flotilla de portaaviones. Pete las estudió atentamente.

—¿No fue ahí donde empezó todo el lío respecto al vertido de petróleo extraído del mar? —preguntó el atlético muchacho.

—Si —asintió Jupiter, que extrajo varios datos de su memoria enciclopédica—. La ciudad de Santa Bárbara intentó impedir la extracción del petróleo submarino a causa de los terremotos que ello podía ocasionar y del peligro que representan para el litoral y la vida acuática, pero el gobierno permitió que la compañía continuase con su trabajo. Luego, en enero de 1969, un pozo estalló inopinadamente. Antes de que pudieran controlar de nuevo el pozo, se esparcieron por el océano unos 235 000 galones[1] de petróleo al menos. El petróleo provocó unas manchas muy extensas y mató a gran número de peces y aves.

—Entonces, ¿por qué siguen en pie todas esas plataformas? —se extrañó Pete—. ¿No deberían quitarlas?

—Muchas personas creen que sí —repuso el señor Andrews—. Pero la decisión no es fácil. El país necesita mucho petróleo para la industria y otras muchas necesidades. Aunque, como es natural,

también es preciso proteger el medio ambiente, cosa que tal vez sea más importante que tener petróleo.

La lancha iba cabeceando por entre las olas y las corrientes marinas del canal, hasta que finalmente dobló el extremo oriental de la imponente isla de Santa Cruz para salir a mar abierto.

—¡Allí está! —señaló Jupiter, con un ademán del brazo, hacia el oeste.

—¡La Plataforma Número Uno del Arrecife del Tiburón! —proclamó Bob.

Sobresaliendo del mar, sobre sus enormes patas de acero, la nueva plataforma petrolífera parecía un solitario monstruo de metal dispuesto a ir andando hasta el Japón. A medida que se fue acercando la lancha motora, los investigadores pudieron ir delimitando las diversas partes de la plataforma. Estaba compuesta por varios niveles, algunos parcialmente cerrados, sostenidos todos por las gruesas patas. En la cubierta superior se elevaban hacia el aire una altísima grúa y una torre de perforación todavía más alta. Toda la construcción era enorme. Jupiter calculó que la plataforma tendría unos treinta metros de lado, y que la torre subía hasta unos 60 metros sobre el nivel del mar. Naturalmente, la plataforma hacía parecer muy pequeñas las embarcaciones que la rodeaban, relucientes al sol del atardecer.

—¡Atiza! —se asombró Pete—. ¡Al menos hay cien embarcaciones!

Las había de todos los tipos, dando vueltas en silenciosa protesta. Había lanchas particulares de toda clase, veleros, balsas más pequeñas, yates elegantes, barcas de pesca viejas, botes para la pesca de altura de líneas más modernas, poderosas barcazas del tipo utilizado por las mismas compañías petrolíferas, e incluso un yate de gran calado. Todas las embarcaciones daban vueltas y más vueltas alrededor de la plataforma, como indios disponiéndose al ataque de un fuerte fronterizo en los tiempos del antiguo Oeste.

En todos los mástiles ondeaban pancartas con frases de protesta. Cuando la lancha motora estuvo más cerca, pudieron oír cantos y bocinas que hacían las veces de altavoces.

«¡Abajo la plataforma! ¡Basta de contaminación! ¡Salvemos a los peces, salvemos a las aves, salvémonos todos! ¡Ra, ra, ra, el

petróleo no saldrá!».

Una barca de pesca pintada de negro con un puente de mando al aire libre, se salió del círculo y se aproximó más a la plataforma. Dos individuos estaban en el puente que formaba la techumbre del camarote. Uno estaba a la rueda y el segundo se apoyaba en la barandilla que daba la vuelta al tejadillo. Ambos hombres gritaban consignas contra los obreros de la plataforma, los cuales respondían también a gritos contra los contestatarios.

—¡Apartaos de nosotros! ¿Por qué no os largáis a pescar? ¿Os asusta el petróleo? ¿Qué hacéis aquí dando vueltas? ¡Malditos radicales!

Una barcaza que navegaba en el interior del círculo hizo que la barca de pesca retrocediese hacia el ruedo. Esbelta y poderosa, la barcaza ostentaba el nombre de *Viento del Mar* en la timonera y la popa. Una pancarta clavada en el camarote proclamaba:

AYUDEMOS AL COMITÉ DE LAS ISLAS

El señor Andrews le ordenó al capitán de su lancha que se acercase al círculo.

—¡Eh, los del comité! —gritó poco después—. ¡Soy Bill Andrews, de la prensa!

En el *Viento del Mar*, un hombre de elevada estatura y rostro enjuto, con gafas de montura de concha, que llevaba un suéter de cuello alto y el cabello alborotado a causa del viento, se sacó una pipa de entre los labios y se llevó a la boca una bocina.

—¡Hola, acérquese!

Los marineros de las dos embarcaciones echaron y aseguraron cuerdas, y muy pronto las dos embarcaciones estuvieron una al lado de la otra, balanceándose sobre las agitadas aguas. El hombre alto se aproximó a la borda y saludó al señor Andrews y a los muchachos, que se hallaban esperándole.

—Encantado de verle por aquí, Andrews. ¡Ya se dará cuenta del ultraje que significa esta plataforma para la ecología! Abierta a cualquier tormenta, rodeada por unos arrecifes peligrosos que podrían partir un tanque por la mitad, y casi tocando a las islas.

—Tomaré nota de todo, Crowe —respondió el señor Andrews. Luego, volvióse sonriendo hacia los muchachos—. Chicos, tengo una sorpresa para vosotros, una especie de recompensa por haberme acompañado. ¡Os presento al señor John Crowe, el famoso escritor!

—¿John Crowe, el escritor de novelas de misterio? —indagó Bob.

—¡Ostras, y lo digo porque estamos en el mar —gritó Pete—, si yo he leído todos sus libros!

—Todos los hemos leído —agregó Jupe—. ¿Ha venido aquí a conseguir material para su próxima novela de misterio, señor Crowe?

—No —negó el famoso autor—. Soy el presidente del comité creado contra la instalación de esta plataforma. Todos tenemos el deber de proteger el medio ambiente, aunque para ello sea preciso abandonar por algún tiempo nuestro propio trabajo.

Miró con desprecio la plataforma que surgía del mar y de repente sonrió.

—Además, yo no soy el único famoso aquí, ¿verdad? Cuando Andrews me contó que vendría acompañado de su hijo Bob, de Jupiter Jones y de Pete Crenshaw, hubiese debido aclarar que se trataba de los Tres Investigadores.

—¿Nos conoce? —se sorprendieron los tres amigos.

—He leído casi todos vuestros misterios —explicó Crowe—, y siempre he deseado pediros un favor especial. ¿Podríais darme una de vuestras famosas tarjetas para mi colección de reliquias de misterio?

Bob y Pete sonrieron con orgullo cuando, con toda solemnidad, Jupiter le entregó al escritor una de las tarjetas de los Tres Investigadores por encima de las bordas de ambas embarcaciones.

La tarjeta decía:

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

Un individuo barbudo que llevaba una vieja gorra de oficial de la Armada y una chaqueta muy gruesa se acercó apresuradamente. Su rostro atezado por la intemperie y la exposición de muchos años al yodo y la sal de los océanos, mostraba unos ojos coléricos. Le murmuró algo al señor Crowe y éste asintió con cierto enojo.

—Les presento al capitán Jasón. Es el propietario del *Viento del Mar*. Temo que tendremos que postergar cualquier…

De pronto calló. Contempló pensativamente la tarjeta que tenía en la mano y después levantó la vista hacia los Tres Investigadores.

—Muchachos —pronunció con lentitud—, es posible que hayáis llegado a tiempo. ¡Creo que tendréis que solucionar un misterio!

CAPÍTULO 2

Un escape intrigante

—Bueno —replicó Pete—, usted es un escritor de novelas de misterio, señor Crowe. ¿Por qué no soluciona usted ese misterio?

—Aparentemente, Pete, existe cierta diferencia entre ser un escritor de obras detectivescas y ser un detective en la vida real —objetó Crowe con sequedad—. Tengo que admitir que ese problema me ha dejado estupefacto. Pero los Tres Investigadores son detectives auténticos, ¿no es eso?

Jupiter asintió muy orgulloso.

—Nos encantará ayudarle, señor Crowe —afirmó, dándose importancia—. Y si usted puede contarnos exactamente qué pasa…

El capitán Jasón del *Viento del Mar* consultó su reloj con nerviosismo.

—No queda mucho tiempo, señor Crowe —alegó.

—Está bien, capitán —asintió el escritor de misterios—. Como os decía antes, chicos, tenemos que regresar rápidamente a tierra. En realidad, éste es el misterio, aunque temo que tendré que retrasar el relato completo hasta que nos reunamos en la costa.

—A menos que los muchachos se marchen con usted —sugirió el señor Andrews—. Yo voy a dedicarme ahora a entrevistar a los manifestantes de las otras embarcaciones, de manera que en realidad no los necesito.

—¡Esto sería estupendo! —proclamó Crowe—. Así, mientras regresamos podré explicaros lo que sucede.

—Muchas gracias, papá —le dijo Bob al señor Andrews.

—El misterio del señor Crowe —explicó el señor Andrews—, sea cual sea, seguramente forma parte de esa protesta contra la plataforma petrolífera. De modo que marchaos con él. Podéis saltar por la borda. Yo me dirigiré más tarde a casa del señor Crowe, y me contaréis de qué se trata.

Con la ayuda del capitán Jasón y el capitán de la lancha motora, los tres amigos saltaron por encima de las dos bordas y se plantaron sobre la cubierta del *Viento del Mar*. Las dos embarcaciones se separaron poco después, y la lancha motora navegó hacia el círculo de los barcos de protesta, donde el señor Andrews debía llevar a cabo una serie de entrevistas «sobre el terreno» tan poco sólido del mar.

El señor Crowe llamó por la radio del *Viento del Mar* al vicepresidente del comité, que se hallaba en otra embarcación. Le ordenó que tomase la posición de su propio barco, y el *Viento del Mar* puso proa hacia la costa, que estaba a poco más de una hora de navegación. Con su poderosa maquinaria, no tardó en dejar atrás a las otras embarcaciones y la elevada plataforma petrolífera, para internarse por el ancho canal existente entre las islas de Santa Cruz y Anacapa.

—Otro barco se dirige también a tierra —indicó Bob, señalando al frente.

Enarbolando todavía las pancartas de protesta, la otra embarcación se hallaba ya varios kilómetros al frente. Era la barca pintada de negro con el puente descubierto que se había salido del círculo. Estaba ya en la entrada del canal de Santa Bárbara.

—¡Son los hermanos Connor! —exclamó Crowe, llevándose una mano a los ojos para protegerlos del sol—. Son unos buzos de Oxnard. Se ofrecieron voluntarios para unirse a la protesta, pero no estoy seguro de haber hecho bien permitiéndoselo. No obedecen demasiado a nuestra organización. Por ejemplo, se supone que hemos de llegar todos juntos a la plataforma y marcharnos también a la vez. De esta manera, la protesta hace más impacto.

—Entonces ¿por qué nosotros nos marchamos antes, señor Crowe? —quiso saber Pete.

—Porque nos vemos obligados a ello, Pete —repuso Crowe con amargura—. No tenemos bastante combustible para quedarnos más tiempo. ¡Y éste, chicos, es el misterio!

—¿Cuál es el misterio, señor Crowe? —preguntó Bob, limpiando sus lentes para quitar la sal de las rociadas de agua.

—Bueno, por cuarta vez en una semana, el *Viento del Mar* no ha tenido bastante combustible para permanecer en el mar durante las doce horas que nos hemos fijado como plazo de nuestra protesta

diaria.

—Pero… —Jupiter frunció el entrecejo al hablar— ¿no podrían ustedes calcular la capacidad de combustible que necesitan para mantenerse en el mar todo ese tiempo?

—Ya lo hicimos, Jupiter —replicó Crowe—. *El Viento del Mar* es una embarcación veloz y poderosa, y por esto la alquilé como barco insignia. Sí, consume una gran cantidad de combustible, pero el capitán Jasón calculó que con los depósitos llenos podríamos resistir las doce horas en alta mar. Por consiguiente, llenamos los depósitos para que el combustible durase las doce horas desde la salida del puerto hasta el regreso, pero esta semana, por tres veces, sólo tuvimos bastante combustible para diez u once horas… ¡Y hoy nos ha sucedido lo mismo!

—¿Está seguro de que zarparon con los depósitos totalmente llenos? —interrogó Pete.

—Absolutamente seguro. Incluso medimos la altura del nivel con una varilla calibrada.

—Y, naturalmente —coordinó Jupiter—, el misterio consiste en saber a qué se debe este escape de combustible.

—Exacto.

El *Viento del Mar* acababa de pasar entre las islas de Santa Cruz y Anacapa y navegaba a toda marcha hacia el noroeste, por las aguas más tranquilas del ancho canal de Santa Bárbara. La barca negra continuaba yendo a más de un kilómetro por delante.

—¿Siempre sucede lo mismo? —se interesó Jupiter, y añadió—: Bueno, me refiero a si cada vez falta la misma cantidad de combustible.

—Sí y no, y esto también es un misterio —contestó Crowe—. Cada vez que regresamos al puerto, el indicador dio la misma lectura, claro está, muy baja. Pero la primera vez, volvimos hacia Santa Bárbara con unos cuantos galones sobrantes, tal como había calculado el capitán Jasón que sucedería, y las dos veces siguientes nos quedamos sin combustible a un kilómetro aproximadamente del litoral, por lo que tuvimos que pedir ayuda por radio. Esta vez, por si acaso, llevamos unos bidones de combustible aparte.

—Señor Crowe —intervino Bob—, ¿calcularon las mareas?

—Sí, Bob, fue lo primero que hizo el capitán Jasón. No había nada raro, nada que no se hubiese calculado en las cifras del

combustible necesario.

—¿Y los vientos y las corrientes? —insistió Pete.

—Todo normal para esta época. Hay una gran tormenta en Baja California, México, pero sus efectos todavía no han llegado aquí.

—¿No podría tratarse de algún fallo del motor? —sugirió Bob.

—¿O del indicador? —añadió Pete. Crowe sacudió negativamente la cabeza.

—Éstos fueron ya nuestros primeros temores. Pero los indicadores funcionan perfectamente. Tampoco hay escapes en los depósitos ni en las tuberías, y la hélice y su eje están perfectos.

—Entonces sólo queda una respuesta posible —conjeturó Bob—. ¡Alguien roba el combustible!

—Seguro —afirmó Pete—. Eso tiene que ser.

—En los tres últimos días —explicó Crowe—, el capitán Jasón y mi jardinero han vigilado la embarcación toda la noche. ¡Nadie se ha acercado a ella! Al menos, no han visto a nadie.

Jupiter había estado callado mientras Bob y Pete sugerían preguntas, con su rostro regordete sumido en hondos pensamientos. De pronto, levantó la vista hacia el canal sin fijarse, al parecer, en la velocidad de la embarcación que iba dejando atrás los islotes.

—¿Esto sólo le ha sucedido al *Viento del Mar*, señor Crowe? —preguntó el jefe de los Tres Investigadores, lentamente.

—Sí, Jupiter —asintió el escritor—. Y esto aún torna el caso más misterioso. Reconozco que estoy completamente aturdido, aunque estoy convencido de una cosa: ¡no se trata de ningún accidente!

Pete se atragantó de pronto al oír aquellas palabras.

—¿Quiere decir que alguien… hum… alguien sabotea este barco? ¿Alguien, tal vez, como la compañía petrolífera que ha construido la Plataforma Número Uno del Arrecife del Tiburón?

—Alguien lo hace —asintió Crowe—, pero os juro que ignoro cómo o por qué.

El *Viento del Mar* se había aproximado rápidamente al continente mientras hablaban. Ahora era posible divisar ya el puerto de Santa Bárbara a menos de un kilómetro al frente. El capitán Jasón se les acercó.

—¡Ya casi no queda combustible! —manifestó muy enfadado el barbudo lobo de mar—. Igual que las otras dos ocasiones anteriores.

—Pero —refutó Jupiter con expresión pensativa— no como la

primera.

—¿Crees que esto es importante, Jupiter? —quiso saber Growe.

—Tal vez, señor Crowe. Todo lo que es diferente tiene importancia en un misterio.

El capitán Jasón se alejó para vaciar el combustible de emergencia en los depósitos. Los muchachos y Crowe continuaron comentando el extraño misterio del combustible perdido, en tanto el *Viento del Mar* se encaminaba al puerto de Santa Bárbara.

El puerto estaba circundado por tierra en los lados norte y oeste. El lado sur ostentaba un rompeolas de piedra, y el muelle de una importante compañía petrolífera que se adelantaba hacia el mar formaba el lado este. Entre el rompeolas y el muelle se hallaba la entrada del puerto que una lengua de arena siempre intentaba cerrar. El *Viento del Mar* tuvo que moderar su marcha casi por completo a fin de pasar por entre el estrecho canal que habían ahondado en la lengua de arena.

A la izquierda de la entrada del puerto, la franja arenosa se elevaba por encima del agua y formaba una playa larga y estrecha que se alargaba hasta el extremo exterior del rompeolas. Abierta al oleaje del canal, la playa estaba llena de surfistas con sus trajes de goma negros. Todos patinaban alegremente sobre el oleaje de la resaca sobre sus tablas.

Una vez ya en el puerto, el *Viento del Mar* se encaminó hacia los desembarcaderos. Éstos estaban construidos a lo largo del parapeto de hormigón que formaba el lado oeste del puerto.

—Tengo el coche en el aparcamiento del desembarcadero —explicó el señor Crowe mientras el *Viento del Mar* se deslizaba por entre los maderos de atraque hacia su amarradero, contra el parapeto. Crowe añadió—: Pero antes tengo que ver a la gente que forma los piquetes en el muelle contra la compañía petrolífera.

Dejando que el capitán Jasón se ocupase de la maniobra de amarre de la embarcación, los otros saltaron a tierra y se apresuraron hacia el ancho paseo situado al extremo norte del puerto. Bordeaba una segunda playa, la playa portuaria, que se hallaba entre los desembarcaderos y el muelle de la compañía petrolífera.

A aquella hora del atardecer, el paseo estaba atestado de barqueros, turistas, patinadores acuáticos y submarinistas, todos

ataviados de acuerdo con sus ocupaciones, en tanto los bañistas abandonaban ya la playa del puerto. De pronto, los Tres Investigadores se dieron cuenta de que muchas personas se dirigían afanosamente hacia el muelle de la compañía de petróleo. De allí surgía un clamor iracundo: el clamor de un gran gentío canturreando al unísono.

> *¡Conservemos la ecología, abajo la compañía! ¡Conservemos la ecología, abajo la compañía! ¡Conservemos la ecología, abajo la compañía!*

El escritor de misterios se mostró muy alarmado. De ponto, echó a correr.

—¿Qué sucede? —quiso saber Pete, muy asustado.

—¿Qué pasa? —inquirieron a la vez Jupiter y Bob.

—¡Algo ocurre en el muelle! —gritó Crowe—. ¡Deprisa, chicos!

CAPÍTULO 3

Un enfrentamiento enfadoso

Crowe se dirigió al muelle junto con los muchachos, lleno de ansiedad. La calle State, al frente, que era la calle principal de Santa Bárbara, cruzaba el paseo de la costa y se internaba hacia el muelle de la compañía petrolífera. Ante la entrada del muelle se hallaban situados tres grandes camiones cargados con secciones de entubados para la perforación, y sus conductores y ayudantes miraban fijamente hacia delante. En la entrada del muelle bloqueaba el paso un grupo de manifestantes portadores de pancartas y banderas.

—¡Algo sucede! —exclamó Crowe—. El encargado de la compañía petrolífera y yo llegamos al acuerdo de que no habría enfrentamientos mientras los tribunales decidían si había que iniciar o no las perforaciones.

—¡Mire, señor Crowe! —señaló Jupiter—. ¡Creo que existe una razón para este tumulto!

En el espacio abierto que quedaba entre los camiones y los piquetes de protesta, se hallaba estacionado un auto negro. A unos tres metros del mismo, un hombre de anchos hombros que llevaba un traje de chaqueta y un sombrero amarillo se encaraba coléricamente con las filas de manifestantes.

—¡Os lo advierto por última vez, idiotas! —gritaba—. ¡Apartaos de aquí! ¡Yo tengo que extraer el petróleo y me importan un comino vuestros asquerosos peces!

—¡Crowe dijo que había habido un convenio! —gritó alguien de la multitud—. ¡Afirmó que existía una tregua!

El individuo del sombrero amarillo rió en son de burla.

—¡Yo no trato con los radicales! Y ahora exijo que todos vosotros…

Un tipo de aspecto rudo, con un mono de trabajo muy sucio, botas de caucho y traje de submarinista, se abrió paso entre la

muchedumbre hasta situarse en primera fila. Tenía una cara ancha y rubicunda, y llevaba un gorro de lanilla negra.

—¡Y nosotros no tratamos con estafadores! —gritó en respuesta. Detrás suyo, otro individuo recio, vestido de igual manera, excepto que su gorro de lana era colorado, se abrió paso a empujones y volvióse hacia los componentes del piquete, agitando ferozmente los brazos.

—¡Este tipo no respeta ninguna tregua! ¡Yo pido que no haya tuberías de conducción en este muelle! ¡Ni tuberías, ni extracción de petróleo!

Todos los miembros del piquete se enlazaron por los brazos y canturrearon:

¡Conservemos la ecología! ¡Abajo la compañía! ¡Conservemos la ecología! ¡Abajo la compañía!

El individuo del gorro amarillo enrojeció violentamente.

—¡Pues instalaremos la plataforma! ¡Que lo hagamos por las buenas o por las malas es cosa vuestra!

—¡Sentémonos! —chilló el manifestante del gorro negro—. ¡Sentémonos todos en el suelo!

El encargado de la compañía hizo una seña a los conductores y los obreros. Y todos empezaron a agruparse detrás suyo.

Crowe y los tres muchachos llegaron junto a los camiones. Un hombre bajito y delgado, de unos treinta años, que llevaba un anorak y unos pantalones tejanos, saltó del primer camión. Corrió hacia Crowe y los chicos, mientras éstos se dirigían a las filas de manifestantes sentados.

—Esos dos que llevan botas son los que han bloqueado a los camiones, Crowe —rugió el recién llegado—. Creí que habíamos hecho un trato.

—¿Quiénes son? —quiso saber Jupiter, resoplando.

—Los hermanos Connor. Los escafandristas que poseen la lancha del puente descubierto —explicó Crowe—. Jed es el del gorro de lana negro y Tim el del gorrito colorado —asintió mirando al hombrecillo que trotaba a su lado—. Os presento al señor Paul MacGruder, muchachos, el encargado de la compañía petrolera de Santa Bárbara. ¡Pero en nuestro pacto no se incluían cargamentos

de entubados, MacGruder!

—Lo sé —confesó Paul MacGruder—, y lo siento. Sólo queremos almacenarlos en el muelle, pero de todos modos yo me opuse a que los trajesen. Fue el señor Hanley el que insistió.

—¿Quién es el señor Hanley? —preguntó Crowe, en el instante en que llegaban frente al amenazador grupo de obreros de la compañía.

El líder del gorro amarillo estaba contemplando fríamente al grupo de Crowe y los muchachos.

—Señor Hanley —mascculló MacGruder—, le presento a John Crowe, presidente del comité de protesta. El señor Hanley es…

—Soy el presidente de esta compañía petrolífera —se presentó pomposamente a sí mismo Hanley—. ¡Y si usted se ve incapaz de controlar a su gente, Crowe, lo haré yo!

—Ésta es una calle pública, señor Hanley —replicó Crowe—. Su actitud beligerante no favorece el asunto.

—¡No quiero estar rodeado por un puñado de granujas! —rugió Hanley—. Insisto en que ustedes están en una propiedad privada y que usted probablemente se halla detrás del sabotaje de la plataforma.

—¿Sabotaje? —se admiró Crowe—. Ni siquiera nos hemos acercado allá…

—¡Pues alguien ha destruido parte del equipo de la Plataforma Número Uno! ¿Y quiénes van allí sino esas embarcaciones de protesta?

—Señor Hanley —intervino MacGruder en tono conciliador—, en realidad, todavía no necesitamos esas secciones de entubado. Tal vez sería mejor devolverlas a su lugar de origen.

—¡Voy a almacenar esas tuberías en el muelle! —tronó el presidente de la compañía petrolífera—. ¿Desea usted que el señor Yamura regrese a Japón y comunique allí que en este país somos incapaces de llevar a término una tarea como ésta?

Señaló a un hombre bajo y calvo, ataviado con un traje gris, que estaba de pie al lado de un coche inmenso, junto al chofer. El hombrecito calvo, que tendría unos sesenta años de edad, inclinó cortésmente la cabeza en respuesta y continuó contemplando la escena que se desarrollaba ante sus ojillos protegidos por unos lentes con montura de acero.

John Crowe se puso colérico.

—¡Bien, si usted habla de sabotaje, le diré que alguien ha estado saboteando mi barco! ¡Por cuarta vez, se nos ha agotado el combustible antes de regresar al puerto! Desde ahora en adelante, mi jardinero Torao estará de vigilancia en la embarcación, cuando yo no esté.

—¡Me importa un pepino que sea el FBI el que vigile su barquichuelo! —se burló Hanley—. Lo que tiene que hacer es llevarse a su gente de aquí.

Al oír esto, los obreros del petróleo empezaron a insultar a los manifestantes. Tim Connor cogió un palo del suelo.

—¡Cojed palos y peleemos contra ellos! —gritó.

Los obreros comenzaron a avanzar lentamente, en actitud amenazadora. Los manifestantes que estaban sentados se pusieron rápidamente de pie y formaron una tenaz barrera. Jed Connor lanzó una maldición. Luego, embistió a los obreros de la compañía petrolífera, apoyado por su hermano. Dos obreros se adelantaron a sus compañeros para hacerles frente.

De pronto, a lo lejos se oyó una sirena. El sonido se aproximó velozmente. Hanley soltó un juramento.

—¿Quién diablos ha llamado a la policía?

—Yo, hace diez minutos —admitió MacGruder.

—¿Y usted para quién trabaja, MacGruder? —se encolerizó Hanley—. ¡No quiero seres debiluchos a mis órdenes! ¿No desea acaso que se acabe esta protesta?

—No con violencia —replicó MacGruder.

Antes de que el presidente de la compañía petrolífera pudiera responder, toda la calle se convirtió en un campo de batalla. Los hermanos Connor se enzarzaron con los dos obreros más levantiscos, y los demás obreros empezaron a luchar contra los manifestantes. Después, los policías cargaron contra todos, separando a ambos bandos combatientes. Quince minutos más tarde todo había concluido.

Un policía de cierta edad, con un galón de oro en su gorra se acercó a Crowe.

—John, ¿cómo empezó esto? —le preguntó con sequedad.

—El presidente de la compañía petrolífera intentó almacenar un cargamento de entubados en el muelle, Max. Allí está su coche… —

Crowe volvióse hacia donde estaba el auto, pero había desaparecido. Lo mismo que Hanley, Yamura y el chofer.

—Los obreros de la compañía afirman que un par de provocadores mezclados con los del piquete iniciaron la trifulca —aseguró el policía llamado Max—. Será mejor que sepamos quiénes son.

—¡Caramba! —exclamó Pete, mirando a todos lados—. ¡No los veo, señor Crowe!

—¡También se han ido! —gritó Bob.

—Lo mismo que el señor MacGruder —finalizó Jupiter.

Crowe asintió lentamente.

—Max, estos tres muchachos son los Tres Investigadores, una sociedad de detectives juveniles de Rocky Beach. Amigos, os presento al capitán Max Berg de nuestro departamento de policía.

—¿Los Tres Investigadores? —sonrió el capitán Berg—. He oído hablar de vosotros al jefe Reynolds en Rocky Beach. Os aprecia mucho.

Los tres muchachos se esponjaron visiblemente.

—Ese Hanley provocó a mi gente —explicó con amargura Crowe—, pero jamás habríamos armado tanto alboroto. Hablaré con el comité respecto a esos provocadores.

—De acuerdo, John —se conformó el capitán—. Por el momento, no arrestaré a nadie. Haré que se marchen los camiones. Tú envía a tus hombres a casa, y dejaré aquí una patrulla. Al menos se necesitará un día entero para que se enfríen los ánimos.

Crowe le dio las gracias al capitán Max y se alejó con los chicos hacia el aparcamiento del puerto.

—Señor Crowe —dijo Jupiter, cuando salían del puerto con el coche—, casi parece como si los hermanos Connor hubiesen provocado a los piquetes a propósito. Como si desearan la llegada de la policía, para que ésta impidiera la protesta.

—Actuaron igual que antes en la plataforma —añadió Bob.

—Y éste podría ser el motivo que se esconde detrás de la pérdida de combustible —concluyó Jupiter—, a fin de desacreditarle a usted y desanimar a los otros manifestantes, al ver que la embarcación insignia del comité abandona la zona de la protesta antes que las demás.

—¿Queréis decir que los hermanos Connor pueden estar

trabajando en favor de la compañía petrolífera? —se asombró el escritor—. ¿Que tratan de crear violencia?

Jupiter asintió.

—Es un truco muy viejo, señor Crowe.

—No sé, Jupiter —objetó Pete—. No me pareció que el señor Hanley necesitase mucha ayuda para promover escándalos. Tal vez sea él quien intenta desacreditar al señor Crowe robando el combustible.

—Tal vez —murmuró Jupiter, al tiempo que Crowe internaba el coche por un caminito que llevaba a una antigua residencia de la zona oriental de la ciudad.

Era un distrito de casas viejas y grandes, casi todas renovadas, con parques y jardines bien atendidos y muy floridos. Pero la mansión del escritor no estaba bien cuidada. Vetusta y algo agrietada, se hallaba rodeada por árboles añosos y arriates de rosas. No había parque.

Jupiter estaba demasiado absorto en sus pensamientos para fijarse en la casa, cuando salieron todos del Buick.

—El señor MacGruder —musitó el investigador gordinflón—, por lo visto, quiere evitar los enfrentamientos a toda costa. Intenta mantener las cosas en calma.

—Lo mismo que yo, Jupiter —afirmó Growe—. La violencia nunca sirve de nada.

—Exacto, señor —asintió Jupiter—, pero me pregunto si el señor MacGruder no tendrá alguna razón especial para desear que no cambie nada.

—Pues está corriendo un gran peligro al enfrentarse con el señor Hanley —observó Bob.

Iban andando hacia la casa cuando de pronto se oyó un fuerte chasquido en la parte de atrás.

—¿Qué ha sido…? —empezó a preguntar Crowe. Alguien corría por detrás de la mansión.

—¡Es por allí! —gritó Pete, echando a correr.

Dieron la vuelta a la casa. En el patio trasero crecía un limonar de poca extensión, que llegaba desde la casa hasta una cerca.

Una figura que llevaba un traje negro de inmersión corría por el limonar. ¡Llegó a la cerca, la saltó velozmente y desapareció!



CAPÍTULO 4

Un intruso curioso

—¡Mirad! —señaló Bob—. ¡En la ventana trasera!

La ventana posterior de la casa estaba abierta. Y directamente debajo de la misma había un cubo de basura volcado.

—¡Estuvo en la casa! —exclamó Jupiter—. ¡Hemos de atraparle!

Crowe asintió al momento.

—Hay un callejón al otro lado de la cerca, y probablemente ha escapado por ahí. Pete, Bob, corred hacia la calle y dad la vuelta por la derecha y por la izquierda, a fin de cerrarle la salida por ambos extremos del callejón. ¡Jupe y yo le perseguiremos por aquí!

Bob y Pete desaparecieron dando la vuelta a la casa, mientras el escritor y Jupiter cruzaban el limonar. Crowe saltó la cerca.

Jupiter le imitó a duras penas, y al saltar cayó al otro lado. Ruborizado, el Primer Investigador se puso rápidamente de pie y siguió a Crowe al callejón. Ambos tendieron la mirada a ambos lados.

—¡Se ha ido! —gimió el escritor.

Bob y Pete aparecieron en los extremos del callejón. Bob agitó la mano y Pete sacudió la cabeza. ¡No habían visto al asaltante!

—Debió pasar por el patio contiguo hacia la calle próxima —decidió Growe.

Les señaló a Bob y a Pete la calle de enfrente. Con Jupiter resoplando detrás, el escritor recorrió el callejón y atravesó el patio más cercano. Pasaron por detrás de otra mansión y salieron a la otra calle.

Pete estaba en la esquina de la izquierda y Bob en la de la derecha. No había nadie más a la vista.

—¡Lo… —jadeó Jupiter—, lo hemos perdido!

El escritor asintió con amargura, mientras Bob y Pete se reunían con él y Jupiter. Pete parecía confundido.

—No hemos visto ningún coche alejarse ni por el callejón ni por esta calle —explicó—. ¿Cómo ha huido?

—Debió esconderse y nos ha engañado —concluyó Jupiter—. O todavía puede estar escondido. Ya no lo encontraremos.

Decepcionados, todos regresaron a la casa de Crowe, atravesando los patios posteriores.

—Llevaba un traje de inmersión —manifestó Bob—. ¡Y los hermanos Connor, en el muelle, también iban vestidos del mismo modo!

—Santa Bárbara está llena de submarinistas y surfistas —replicó Crowe—. Yo mismo tengo uno.

Iban cruzando el limonar del patio posterior de la casa cuando Pete se paró en seco.

—¡Allí hay alguien escondido! —susurró.

Señaló una esquina de la mansión, donde una figura oscura estaba agazapada detrás de una camelia. Crowe se echó a reír.

—Es Torao, mi nuevo jardinero. No sabía que hubiese llegado ya. ¡Quizás haya visto al asaltante desconocido!

Se aproximaron al jardinero, que estaba regando la camelia.

Era un joven japonés, bajito, que tendría a lo sumo veinte años, y llevaba un suéter de cuello alto, pantalones cortos y sandalias.

—Hola, Torao —le saludó Crowe.

El jardinero levantó la mirada, sobresaltado. No podía haber estado tan absorto en su tarea que no les hubiese oído llegar. Sonrió e inclinó la cabeza, mas sin hablar.

—¿Llevas mucho tiempo aquí, Torao? —le interrogó el escritor.

—Llegado ahora —repuso el japonés.

—¿Viste a alguien por la casa? ¿Un submarinista?

—Mí no ver a nadie —dijo Torao moviendo negativamente la cabeza.

—¿No nos has oído perseguirle? —se extrañó Jupiter.

Torao parpadeó fuertemente.

—Llegado ahora. Nada oído.

Su voz sonaba agradable pero nerviosa, como si se sintiese intranquilo en un país extraño. Sonrió, pero parecía confuso.

—Está bien, Torao —le calmó Crowe—. Ah, a propósito, ¿podrías estar esta noche de vigilancia en el *Viento del Mar*?

—¿Vigilar? —repitió Torao. Frunció las cejas y al fin

comprendió—. Ah, sí, mí vigilar.

—Está bien, Torao —repitió Crowe. Volvióse hacia los muchachos—. Vamos a descubrir qué buscaba mi visitante misterioso, si podemos.

Cuando se encaminaban hacia la puerta, Torao habló de repente.

—Ver dos hombres. En esquina.

—¿Qué aspecto tenían, Torao? —se interesó vivamente Jupiter. El joven jardinero miró a Crowe sin comprender.

—Apenas entiende el inglés —explicole Crowe a Jupiter—. Temo que no podrá decirnos nada más.

El escritor condujo a los muchachos al interior de la casa, hasta la habitación donde el intruso había dejado abierta la ventana. Era el despacho del famoso autor, un cuarto no muy grande con un escritorio atestado de libros, anotaciones, un manuscrito terminado, cantidades inmensas de bolígrafos y una máquina de escribir portátil.

En el despachito también había una silla de lona, como las de los directores de cine, un viejo equipo estereofónico y tres archivadores muy estropeados. En un rincón había un transmisor-receptor de barco a tierra.

El cajón superior de un archivador estaba a medio cerrar.

Encima del archivador había una agenda abierta, junto a un mapa. Crowe contempló largamente la agenda.

—¿Qué buscaba en mi agenda del comité?

Pete cogió el mapa.

—Ah, ésta es una carta marina de los arrecifes y las aguas profundas en torno a las islas.

—Cualquiera puede tener un mapa igual a éste —dijo Crowe, confuso.

Jupiter estudió la carta.

—Tal vez no con la plataforma nueva y la ruta de las embarcaciones de la protesta. ¿Qué hay en la agenda, señor Crowe?

El programa diario de la protesta —respondió el escritor—. Lo que hemos de hacer cada día alrededor de la plataforma y en tierra, a la ida y a la vuelta, qué embarcaciones hay disponibles, quiénes irán en ellas… En fin, esas cosas.

—¿Había ya ocurrido esto alguna vez? —quiso saber Jupiter—. Quiero decir si alguien ha asaltado antes esta casa para enterarse

del contenido de la agenda.

El escritor meditó unos segundos.

—Es posible, Jupiter —asintió al fin—. Nunca he visto a nadie, pero a veces he tenido la sensación de que habían movido la agenda de sitio. Naturalmente, no se me ocurrió pensar nada malo, pero ahora…

Calló al oír que llamaban a la puerta. Entró Torao.

—Hombre venir —anunció.

El señor Andrews penetró en el despacho.

—Bien, ¿ya está solucionado el misterio? —inquirió alegremente.

—Temo que lo único que hemos conseguido es añadirle otro misterio —repuso Crowe con desmayo—. Espero que a usted le haya ido mejor.

—Sí, conseguí varias entrevistas estupendas con su gente. Lo tengo todo grabado en cinta. Ahora entrevistaré a los representantes de la compañía petrolífera. ¿Venís conmigo, muchachos?

—Claro, papá —suspiró Bob—. Aquí no hacemos absolutamente nada.

—¿Y si nos detuviésemos en algún sitio para cenar? —preguntó Pete esperanzado.

El señor Andrews se echó a reír.

—Supongo que eso será fácil. ¿Nos acompaña a cenar, Crowe?

—Será mejor que no salga de casa. Ha sucedido algo muy extraño. Y me gustaría saber el qué y el porqué.

Jupiter aún tenía la agenda en la mano, pero estaba estudiando la carta de las islas y los arrecifes.

—Señor Crowe —exclamó de pronto—, ¿tienen un diario de a bordo en el *Viento del Mar*?

—Lo tiene el capitán Jasón, sí. Probablemente, todavía esté a bordo.

—Entonces —replicó Jupiter—, declino la invitación para estar presente en la entrevista a los representantes de la compañía petrolífera. Prefiero volver al pabellón de nuestro motel, si a usted, señor Andrews, no le importa detenerse antes un momento donde está amarrado el *Viento del Mar*.

—¡Jupe! —gritaron a la vez Pete y Bob—. ¿Tienes ya alguna idea?

—Tal vez —repuso el aludido sonriendo con cierta malicia.

—¿Tampoco quieres cenar con nosotros, Jupe? —se asombró el señor Andrews.

—Bueno —manifestó el Primer Investigador—, creo que no me vendrá mal cenar después.

Todos se echaron a reír a carcajadas.

CAPÍTULO 5

Visitantes inesperados

Era ya de noche cuando Pete, Bob y el señor Andrews volvieron al motel de la calle State donde habían dejado a Jupiter después de cenar. Le encontraron sentado ante el escritorio de una de las dos habitaciones de que se componía el pabellón. El diario de a bordo del *Viento del Mar*, la agenda del escritor y la carta de las islas se hallaban ante él.

—Chico —exclamó Pete, dejándose caer en una butaca—, nunca pensé que entrevistar a la gente fuese tan difícil.

—¡Hablan de todo menos de lo que se les pregunta! —agregó Bob—. Sí, es difícil obtener una versión de los hechos.

El señor Andrews se echó a reír.

—Eso forma parte de mi labor, chicos. A veces se logra un artículo bueno dejando que la gente charle por los codos de lo que quiera. De este modo se dan a conocer tal como son, y lo que realmente piensan.

—Entonces, es seguro que al señor Hanley no le importan en absoluto los pájaros ni los peces —observó Pete—, y que odia a los manifestantes y ecologistas.

—Tampoco le importa lo que le suceda al resto del mundo —añadió Bob—, con tal que su compañía venda gasolina.

—Él y Yamura tienen una opinión diferente de lo que es bueno para el mundo, Bob —explicó el señor Andrews—. Y tienen razón al afirmar que si no hubiese petróleo mucha gente se quedaría sin trabajo. En estos momentos, el mundo necesita mucho petróleo.

Jupiter levantó la vista del escritorio.

—¿Quién es el señor Yamura, señor Andrews? —preguntó.

—Un industrial japonés que ha venido a consultar con la compañía petrolífera, Jupiter. Por lo visto, su familia poseyó durante muchos años una compañía petrolífera y de productos

químicos.

—Quizá pueda, pues, enseñarle algo al señor Hanley —manifestó Bob.

—Los japoneses tampoco son muy amigos de la ecología, lo mismo que Hanley —repuso el señor Andrews. Luego, consultó su reloj—. Todavía he de entrevistar al encargado local, señor MacGruder. Me dijeron que quizás estaría en el muelle. Si queréis acompañarme de nuevo, podríamos detenernos a tomar un helado, ¿qué tal?

Pete sonrió.

—Esto me suena a música celestial.

Jupiter se puso de pie.

—Es una lástima, porque le prometimos al señor Crowe volver esta noche a su casa.

—¿Se lo prometimos? —se extrañó Bob.

—Diantre, Jupe, yo no… —empezó a mascullar Pete. Calló cuando Bob le pegó un puntapié—. Oh, sí, claro, ya me acuerdo. Dijimos que volveríamos más tarde a su casa para… para…

—Para hacer planes para mañana —le ayudó Jupiter.

—Bien —observó el padre de Bob—, entonces iré a ver yo solo a MacGruder, y si no le encuentro me dejaré caer por el *Sun Press*, que es el periódico local, para examinar algunas fotos. No tardaré mucho, ni tardéis mucho vosotros. Mañana nos aguarda un día muy largo.

Tan pronto como hubo salido el señor Andrews, Pete se agachó para frotarse el tobillo donde Bob le había dado el puntapié y se quejó en voz alta.

—¡No tenías que pegar tan fuerte! ¡Otra vez emplea una campanilla! Además, yo no recuerdo haberle dicho al señor Crowe que volveríamos esta noche a su casa.

—¡Pete! —exclamó Bob de repente—. ¡Jupe ha solucionado el misterio! ¿No es verdad, Jupe?

—Creo que sí —repuso el interrogado con cierta timidez, cosa rara en él—. O al menos una parte. La solución está en el diario de a bordo del *Viento del Mar*. Con ese diario, y lo que ya sabemos, creo que podremos contarle al señor Crowe exactamente, todo lo que le ha sucedido a su combustible.

—¡Pero antes dínoslo a nosotros! —le suplicaron los dos

investigadores.

Jupiter sonrió.

—Cuando lleguemos allí.

Bob y Pete se quejaron, pero ayudaron a Jupiter a recoger el diario de a bordo, la agenda y el mapa, y le siguieron fuera del motel.

En la quietud de la noche, los tres anduvieron por la calle State en dirección a la residencia de Crowe, que se hallaba a unos centenares de metros, en la calle Garden. El escritor les franqueó la entrada y todos entraron de nuevo en el pequeño y atiborrado despacho. Por la radio de onda corta de un rincón, el servicio de guardacostas daba noticias sobre un huracán que avanzaba hacia el norte.

—Chicos —empezó a decir el escritor—, no esperaba que…

—¡Jupe ha solucionado el misterio! —le interrumpió Pete.

—Bueno, una parte solamente, según creo —explicó Jupiter con modestia.

—¡Espléndido, Jupiter! —le felicitó Crowe—. ¡Vamos, cuéntamelo!

—Sí, señor —asintió Jupiter—. Bueno, cogí el diario de a bordo del *Viento del Mar* y comparé…

Calló al sonar una súbita llamada a la puerta principal de la casa. El escritor se levantó para ir a abrir. Volvió con Paul MacGruder, el encargado de la compañía petrolífera. MacGruder miró al escritor con enojo.

—¿Qué quería ese Yamura? —preguntó.

—¿El industrial japonés que vimos en el muelle? —repuso Crowe, asombrado—. No ha estado aquí, MacGruder.

—¿Cómo que no ha estado aquí? —objetó el encargado con igual asombro—. Le vi hace una media hora en el patio de esta casa, y al momento se marchó y desapareció en su coche.

—¡Ni siquiera he hablado nunca con Yamura! —se defendió el escritor.

—¡Pero yo le vi!

Los dos hombres estaban enfrentados, mirándose con enojo.

Súbitamente, los ojos de Jupiter relucieron.

—Tal vez sólo vigilaba la casa —murmuró el primer Investigador—. Quizás espiaba al señor Crowe.

—¿En beneficio de la compañía petrolífera? —preguntó Bob.

—O por otro motivo —repuso Jupiter—. Tal vez no haya venido a nuestro país sólo para mantener consultas con la compañía petrolífera.

En el despacho se produjo un largo silencio. Paul MacGruder asintió de pronto.

—Hace una semana que está aquí y hasta hoy no ha visitado la plataforma de perforación —murmuró el encargado pensativamente —. Esta noche le oí hablar por teléfono respecto a Crowe y la protesta, de forma que al ver que se marchaba deprisa, le seguí. Vino directamente hacia aquí.

—¿Y qué puede querer de mí? —quiso saber el escritor de misterios.

MacGruder se encogió de hombros.

—Por lo visto, hay en marcha algún asunto feo —comentó con gravedad—. Como el de hoy en el muelle. No me refiero al modo arrogante con que actuó Hanley… puesto que esto es lo que cabría esperar de él. Mas bien pareció como si algunos de los manifestantes intentaran ayudar a Hanley… provocando deliberadamente un tumulto y obligando a intervenir a la policía, y quizá lograr que se prohíba toda manifestación.

—¡Eso es ridículo! —gruñó Crowe.

—Quizá —concedió MacGruder—, pero ocurre algo. El alboroto, el sabotaje de la plataforma, el sabotaje de su vapor… como si alguien intentase desacreditarle a usted, Crowe.

—Caramba —comentó Jupiter—, habla usted como si desease que triunfase la protesta. Bueno, al fin y al cabo, usted trabaja para la compañía…

El rostro de MacGruder se ensombreció a medida que hablaba Jupiter.

—Mi trabajo consiste en producir petróleo, jovencito — manifestó—, pero todos tenemos la obligación de velar por el medio ambiente. Incluso un obrero del petróleo.

MacGruder salió poco después de la casa y pronto oyeron el arranque de un motor, cuyo ruido se perdió en la distancia. En el despacho sólo se oyó la radio donde el servicio de guardacostas anunciaba que el huracán de la Baja California se estaba desplazando hacia el norte, en dirección a tierra, aunque se

esperaba que fuese perdiendo fuerzas en su avance.

—¿Por qué querrá espiarme Yamura? —preguntó Crowe.

—Si lo hizo —observó Bob—. Bueno, en realidad, sólo tenemos la palabra de MacGruder.

—Exacto —concedió Jupiter—. Pero si es cierto que Yamura espiaba, ¿por qué le importa tanto a MacGruder? Actúa como si quisiera que continuase la protesta.

—Bueno, todo esto no tiene importancia —se quejó Pete—. ¡Vamos, Jupe, el misterio! ¿Por qué pierde carburante el *Viento del Mar*?

Jupiter sonrió e hizo una pausa dramática.

—¡Porque lleva algo muy pesado hacia la plataforma!

CAPÍTULO 6

Jupiter halla una respuesta

—¡Imposible, Jupe! —gritó el escritor.

—No, señor —insistió el gordo investigador—, ha de ser así.

—¿Pero cómo podría transportar algo pesado sin saberlo nadie?

—Aún no lo sé —confesó Jupiter—, pero sí sé que lleva algo; algo muy pesado. Ésta es la única respuesta posible al misterio de la pérdida de combustible.

—¿Estás seguro, Jupe? —dudó Bob.

—Estoy seguro —afirmó Jupiter con decisión—. El señor Crowe y el capitán Jasón inspeccionaron el motor, los depósitos de carburante y las tuberías de conducción, y no encontraron nada extraño. Comprobaron los medidores y llegaron a calibrar la altura del combustible con un palo. El *Viento del Mar* ha ido siempre a la plataforma con los tanques llenos. En el mar nadie ha podido robar combustible, ni se ha visto a nadie que subiese al vapor estando amarrado en el puerto. Por consiguiente…

—Pero, Jupe —objetó Bob—, si nadie ha subido al *Viento del Mar*, ¿cómo han podido colocar algo a bordo?

—Todavía no lo sé —repitió Jupiter—, pero sea como sea, ha ocurrido.

El primer investigador miró a los otros con desafío. Bob y Pete se movieron con inquietud en sus asientos. Crowe estudió la expresión del semblante de Jupiter. Luego asintió.

—De acuerdo, Jupiter. Sigue con tu explicación. Te escuchamos. ¿Cómo llegaste a esta conclusión?

—Por el diario de a bordo del *Viento del Mar* y un razonamiento simple —prosiguió Jupiter—. Primero, puesto que ustedes llevaron la debida cantidad de combustible en todos los viajes, la cantidad calculada por el capitán Jasón para llegar hasta la plataforma, dar vueltas allí todo el día y regresar al puerto tenía que ser la correcta.

Segundo, parece muy claro que no se perdió ni una gota de combustible por escapes, robo o mal funcionamiento del motor. Tercero, si no se perdió combustible, eso sólo significa que el *Viento del Mar* usó simplemente más combustible en esos cuatro viajes.

—Sí —concedió Crowe—, esto parece lógico, pero…

—¿Pero por qué y cómo pudo usar el *Viento del Mar* más combustible unos días que otros? Bien, señor Crowe —continuó Jupiter, seguro de sí mismo—, la primera posibilidad, naturalmente, es que se produjese algún cambio en el funcionamiento del motor. Pero esto no ha quedado descartado. La segunda posibilidad es algún cambio en el combustible. Tal vez esos cuatro días fuese de calidad distinta, tal vez con un grado menos, lo cual daría menos millas a recorrer.

—¡Muy buena idea, Jupe! —aprobó Pete.

—Eso pensé, de manera que hablé con el capitán Jasón cuando fui a recoger el diario de a bordo y le pregunté si había adquirido combustible en otro lugar del habitual esos cuatro días.

—No —intervino Crowe—. Nosotros también tuvimos esa misma idea, Jupiter. Pero el capitán Jasón siempre ha comprado el combustible en el mismo almacén del puerto.

—Sí, eso me respondió, y no es probable que el mismo combustible de un depósito altere su calidad de un día a otro —asintió Jupiter—. La tercera posibilidad era que el *Viento del Mar*, por alguna razón, hubiese navegado más aquellos días. Pero usted no mencionó que el vapor hubiese dado ningún rodeo y el diario de a bordo lo confirma. ¡Dudo mucho que usted o el capitán Jasón hubiesen olvidado o dejado de anotar cuatro rodeos!

—No hemos hecho ningún rodeo —observó Crowe.

—De modo —prosiguió Jupiter— que ustedes no han perdido combustible, el motor funciona con normalidad, no se alterado la calidad del carburante y han recorrido esencialmente la misma distancia todos los días. Por lo que logro intuir, esto sólo deja abierto el camino a una posibilidad: el tiempo. ¿Tardaron ustedes más en el viaje de ida y vuelta esos días? De pronto tuve la seguridad de que debía ser así, y el diario de abordo ha confirmado mis sospechas.

Paseó su mirada triunfante por sus boquiabiertos oyentes.

—El diario demuestra que, en esos cuatro días en que faltó

combustible, ustedes llegaron a la plataforma aproximadamente quince minutos más tarde que los demás días. Sí, tardaron quince minutos más en llegar a la plataforma esos cuatro días, y quince minutos más en el regreso en tres de los días. En la confusión de controlar a tantas embarcaciones y a los manifestantes, ustedes no repararon en esos quince minutos, treinta en realidad.

El escritor parecía completamente anonadado.

—Naturalmente —continuó Jupiter—, en esos cuatro días hubo algo que retrasó la marcha del *Viento del Mar*. Lo cual deja una sola respuesta: esos días el *Viento del Mar* debió transportar una carga muy pesada. Y el peso extra retrasó su marcha, o sea que para cubrir la misma distancia de los demás días, en esos cuatro necesitó más combustible.

De pronto, el escritor se echó a reír.

—¡Claro! ¡Elemental, querido Jupiter! ¡Una explicación muy sencilla!

—Más que sencilla, como ha dicho usted, señor Crowe, elemental.

—Lo siento, Jupiter —se disculpó Crowe rápidamente—. Otras personas siempre dicen que una cosa es sencilla después de que el detective da a conocer sus deducciones, ¿no es verdad? Pero a mí se me había escapado por completo la solución. Sí, has razonado muy bien. ¡Buen trabajo!

—Gracias, señor Crowe —agradeció Jupiter, muy complacido.

Sacó una cuartilla amarilla de su bolsillo. Añadió:

—Y como en el motel tuve tiempo, calculé qué peso extra tuvo que llevar el vapor. Por las millas recorridas por galón de combustible, la distancia a recorrer, la velocidad, y los galones que faltaban, calculé un peso de unos mil kilos… transportados a la ida y a la vuelta, excepto la primera vez en que ustedes volvieron sin retraso. En aquella ocasión debieron llevar el peso extra una sola vez, y realmente no entiendo por qué.

—¿Mil kilos? —repitió Pete con asombro.

—Vaya, Jupe —exclamó Bob—, ¿cómo es posible que alguien ocultara un bulto tan grande a bordo? ¿Y cómo pudieron incluso meterlo allí?

—Sí, parece una locura —admitió Jupiter.

—¡Cáscaras! —gruñó Pete—. Has solucionado un misterio… sólo

para crear otro. Y ahora, ¿cómo solucionaremos éste?

—Vigilando esta noche al vapor y, a partir de ahora, todas las noches, hasta que hallemos la solución —anunció Jupiter.

—Torao ya vigila el *Viento del Mar*, Jupiter —le recordó el escritor—. Y más tarde lo vigilará el capitán Jasón, a partir de medianoche.

—Lo sé, señor Crowe —asintió Jupiter—, pero también lo vigilaron antes. Sea como sea, algo sube a bordo sin que nadie lo vea.

—Quizás es el hombre invisible —sugirió Bob.

—Oh, no… —se atragantó Pete de puro miedo—. ¡Un fantasma, no!

Jupiter movió la cabeza con impaciencia.

—Seriedad, chicos —pidió—. Los fantasmas no existen. Lo que hemos de hacer es vigilar el barco sin ser vistos, ni siquiera por Torao o el capitán.

—¿Piensas acaso que el culpable pueda ser uno de ellos? —se sobresaltó Crowe.

—Podría ser cualquiera —admitió Jupiter—. No sólo no sabemos qué suben a bordo, ni cómo lo suben, sino que tampoco sabemos el por qué.

—De acuerdo —accedió Crowe—. No le diré a nadie lo que vais a hacer, pero yo estaré con vosotros.

Jupiter negó con el gesto.

—Es posible que también le vigilen a usted, señor Crowe. Usted ha de quedarse aquí, en su casa, para que nadie sospeche lo que nosotros hacemos. Puede llevarnos hasta allí en su coche, pero luego nos abandonará.

El escritor pareció reacio a conformarse con el plan expuesto por Jupiter.

—Bien, ¿cuándo empezáis?

—Ahora mismo —declaró Jupiter—. Iremos al motel a buscar algunas prendas de abrigo y le contaremos al padre de Bob nuestras intenciones. Después, nos dirigiremos directamente al *Viento del Mar* y lo registraremos de proa a popa para asegurarnos de que todavía no hay ningún bulto extraño a bordo.

CAPÍTULO 7

¡Bob en peligro!

Media hora más tarde, junto con Torao y el escritor, los Investigadores ya habían registrado toda la embarcación sin encontrar nada.

—Será mejor que regreséis al motel y os metáis en cama —les aconsejó Crowe a los muchachos—. Torao vigilará y me informará si ve algo sospechoso. Torao, no intentes detener a nadie que pretenda subir a bordo. En ese caso, ocúltate y ya me lo contarás todo después. ¿Lo has entendido?

—Señor, mí entender mucho bueno —aseguró el joven japonés, inclinando la cabeza varias veces—. Torao vigilar.

—Vámonos, chicos.

Se metieron todos en el Buick del escritor, y éste lo puso en marcha. Tan pronto como estuvieron fuera de la vista del *Viento del Mar*, Crowe detuvo el coche en un rincón oscuro del aparcamiento del puerto.

—Me marcho a casa y haré que alguien me vea —dijo el autor —. Tened cuidado, chicos. No sabemos qué ocurre, de manera que, si sucede algo malo, llamadme al momento.

Los tres jóvenes detectives asintieron a estas palabras. Una vez se hubo alejado el escritor en su auto, los muchachos se agazaparon en el aparcamiento. Llevaban ropas oscuras y resultaban casi invisibles en la noche. Jupiter sacose tres linternas del bolsillo.

—Las compré mientras vosotros estabais con el padre de Bob —explicó—. Después de encontrar la respuesta al misterio de la pérdida de combustible, comprendí que debíamos estar una noche, por lo menos, de vigilancia. Bien, taparemos los cristales con esos papeles negros, uno con una pequeña cruz, el otro con un círculo, y el tercero con un triángulo. Yo me quedaré el de la cruz, Bob el del triángulo y Pete el del círculo. De esta forma, cuando nos

separemos, podremos hacernos señales en morse y sabremos exactamente quién da cada señal.

—¡Es una gran idea, Jupiter! —declaró Pete.

—Bueno —admitió Jupiter modestamente, aunque a regañadientes—, no es mía. Los ingleses usaban esta clase de señales durante la Segunda Guerra Mundial, durante los bombardeos de Londres. Bien, ¡cada uno a su puesto!

Los muchachos se movieron felinamente por el oscuro y silencioso puerto.

Centenares de embarcaciones de todos los tonelajes se balanceaban contra los embarcaderos, y un bosque de mástiles se perfilaba contra el negro cielo. Pete se deslizó más allá del *Viento del Mar*, amarrado al muelle, y saltó al dique de madera. Halló un lugar donde podía vigilar la parte del barco que daba al agua.

Jupiter se arrastró a lo largo del parapeto hacia el rompeolas y se acurrucó detrás de una hilera de barriles, desde donde alcanzaba a divisar toda la cubierta delantera. Bob se tumbó bajo la proa de una balsa que habían izado hasta el muelle. De este modo tenía una clara visión de la cubierta posterior del barco.

En la quietud de la noche los Investigadores aguardaron al acecho.

Transcurrió una hora.

De cuando en cuando, los muchachos hacían destellar sus linternas fugazmente para asegurarse de que cada uno se hallaba en su correspondiente puesto y no había visto aún nada.

A las once, Pete empezó a sentirse nervioso en su posición del dique. No veía nada a bordo del silencioso *Viento del Mar*, ni siquiera al jardinero Torao, que debía estar en algún lugar del barco. Levantó la linterna para hacer una señal… ¡Y se quedó inmóvil!

¡Alguien habíase acercado a los diques desde el puerto, y se aproximaba quedamente al *Viento del Mar*! Una figura oscura se movía con rapidez y agilidad, como si no quisiera ser vista.

La sombría figura llegó al *Viento del Mar* y… Pete tragó saliva.

¡No se trataba de una figura sino de dos! Dos sombras negras estaban casi pegadas al parapeto, conferenciando. Pete aguzó la mirada para ver. Sólo acertó a distinguir las siluetas de las dos figuras oscuras. Tenían unos hombros muy anchos y llevaban unas

gruesas chaquetas. Los dos eran de la misma estatura y llevaban unos sombreros sin forma definida en la cabeza. ¡Unos gorros de lanilla! ¡Eran los buzos de Oxnard, los que habían iniciado el tumulto del muelle! ¡Los hermanos Connor!

Los dos hombres miraron a su alrededor y luego treparon a bordo del *Viento del Mar*.

El débil destello de la linterna de Jupiter brilló en la noche; un mensaje corto en clave morse: ***ALERTA***.

Pete hizo destellar su linterna para significar que había captado el mensaje y siguió vigilando el vapor. Desde donde estaba podía divisar toda la embarcación recortada contra el parapeto. Las sombras de los dos hermanos Connor aparecían y desaparecían de vez en cuando. Primero les vio a proa, después a popa y por fin se desvanecieron por completo.

¿Adónde se habían marchado? Pete escuchó con suma atención. No, sólo oía unos ruidos muy débiles procedentes del barco… por debajo de la cubierta. ¿Qué buscaban los hermanos Connor y dónde estaba el jardinero japonés, el joven Torao? Durante un buen rato, Pete continuó oyendo ruidos misteriosos en las cubiertas inferiores. Luego los dos buzos volvieron a subir a la cubierta superior. Saltaron del barco y se dirigieron al paseo marítimo.

El triángulo de Bob destelló en la oscuridad de la noche: ***YO LES SIGO***.

Muy agachado, Pete abandonó su puesto y se arrastró hasta el escondite de Jupiter, detrás de los barriles.

—¿Acompaño a Bob, Jupe? —susurró.

—No —negó el Primer Investigador su permiso—. Sólo una persona puede seguir a otra. A dos se las descubre fácilmente.

El jefe del equipo investigador atisbó al frente, viendo cómo Bob salía de debajo de la balsa y echaba a andar detrás de los hermanos Connor.

—Además —continuó Jupiter—, quiero subir a bordo del *Viento del Mar* para ver si han colocado algo a bordo. Tal vez Torao haya visto dónde…

Jupiter se interrumpió bruscamente y volvió a mirar hacia el lugar por donde se habían marchado los Connor y Bob.

—¡Pete! —su voz sonó alarmada—. ¡Hay alguien más! ¡Mira, alguien está saliendo del aparcamiento, cerca del sitio donde estaba

escondido Bob!

—¡Y ese alguien sigue a Bob! —murmuró Pete.

—Sí, Bob está seguramente en peligro —asintió Jupiter—. Iré tras ellos y avisaré a Bob. ¡Tú quédate aquí!

—¡Deprisa, Jupe! —le urgió Pete, acongojado—. Intentaré hallar a Torao y tal vez averigüe qué estuvieron haciendo los Connor.

Jupiter asintió rápidamente y se apresuró a lo largo del muro hacia el paseo marítimo. Se mantenía en la sombra, con los ojos fijos en los que perseguía, especialmente en la última sombra. Este recién llegado parecía vigilar a alguien que iba delante. ¿A Bob o a los hermanos Connor? —preguntose Jupiter.

En el parapeto, Pete se agazapó detrás de los barriles, contemplando cómo Jupiter y sus perseguidos desaparecían en las sombras de la noche. Al cabo de un rato se dio cuenta de que ningún coche había arrancado en el puerto o en sus cercanías. Los hermanos Connor y su perseguidor iban a pie a todas partes, por lo visto. Esto significaba que Bob y Jupiter podrían seguirlos tranquilamente, aunque también significaba que los dos investigadores tal vez no regresasen hasta muy tarde.

Pete estaba abandonado a su propia iniciativa. Miró fijamente la masa del *Viento del Mar*. ¿Habrían puesto algo a bordo Jed y Jim Connor? Y en tal caso, ¿los había visto Torao? ¿Dónde estaba Torao?

El atlético Segundo Investigador se movió con suavidad y rapidez por el muro de hormigón en dirección al vapor que cabeceaba gentilmente en el agua. A bordo no se movía nada, y Pete no divisó por parte alguna al jardinero japonés.

Pete trepó a bordo y volvió a agacharse.

—Torao… —susurró.

Escuchó mas no hubo respuesta.

Empezó a avanzar por la cubierta de proa hasta el puente.

—Torao…

Algo parecía moverse cerca de popa. Pete se incorporó y trató de horadar la oscuridad por donde sus ojos habían captado el movimiento.

¡Cuando oyó el sonido de unos pasos muy pesados ya era demasiado tarde!

¡Una fuerte mano le asió por el hombro!

—¡No te muevas!

La voz profunda y amenazadora pertenecía a un individuo que tenía sujeto a Pete como con clavos.



CAPÍTULO 8

Doble caza

Bob atravesó el paseo y se mantuvo en la zona más oscura de la calle. Luego, caminó pegado a las paredes de los edificios del otro lado. Los dos buzos se hallaban bastante adelantados. Y parecían discutir. Tim, el del gorro colorado, era el que llevaba al parecer la voz cantante, mientras que Jed, el del gorro negro, se limitaba a escuchar.

Los dos hombres recorrieron dos bloques de casas más, discutiendo todavía y sin volver la cabeza atrás. Bob les seguía silenciosamente. De pronto, los dos hermanos doblaron por una calle lateral, a un distrito de almacenes y tiendas de comestibles y pescado, que estaban ya cerradas a aquella hora. Hacia la mitad de la calle había un hotel viejo y medio en ruinas. Del hotel surgía una débil iluminación, debido a las persianas que cubrían la mayoría de las ventanas. Pero en la calle, unos letreros de neón anunciaban un bar:

BAR DEL TIBURÓN AZUL

Los hermanos Connor entraron en el bar, y por la puerta abierta salió un violento ruido de voces y música, que alteró momentáneamente el silencio nocturno. Cuando la puerta de *El Tiburón Azul* se cerró a sus espaldas cesó bruscamente el ruido.

Bob se guareció desmayadamente a la sombra de un almacén. Nunca había entrado en un bar por la noche, y además, aquél parecía poco tranquilizador. Obviamente, sólo era frecuentado por marineros y rudos pescadores. Bob sabía que lo echarían si llegaba a entrar. Pero no podía esperar fuera a los hermanos Connor. ¡Tenía que saber lo que tramaban!

Paseó su mirada por su suéter oscuro, sus pantalones y sus botas. Tal vez podría parecer el hijo de un pescador buscando a su padre. Respiró profundamente y cruzó la calle, en dirección a la taberna. Al abrir la puerta, el ruido y la música le azotaron materialmente la cara.

Dentro del local, lleno de individuos de mala catadura, el humo del tabaco giraba en torbellinos a la débil luz de las lámparas.

—¡Eh, chico! ¿Qué buscas aquí?

Un hombre tremendamente gordo, que llevaba unos pantalones de pana muy sucios y un grasiento gorro de capitán de barco le cerró el paso.

—Yo… yo… —tartamudeó Bob.

—¡Lárgate! ¿Me has oído? ¡Aquí no tienen nada que hacer los chavales como tú! ¡Largo!

Sofocado y medio atragantado, Bob retrocedió rápidamente y el gordo al mismo tiempo le cerró la puerta en las narices.

Enfadado consigo mismo por no haberle soltado su cuento al gordinflón, Bob miró con desaliento la puerta cerrada.

Ya no podía volver a entrar en la taberna. ¡El gordo ya no escucharía ninguna explicación!

Bob miró arriba y abajo de la desierta calle. A un lado del hotel había un callejón. Un pequeño letrero anunciaba:

PUERTA DE SERVICIO DEL TIBURÓN AZUL

Bob anduvo rápidamente hacia la entrada del callejón. Si aquélla era la entrada de servicio de la taberna, seguramente podría entrar por allí.

El callejón era largo y angosto y estaba a oscuras. Bob avanzó cautelosamente por entre los muros de ladrillos, desprovistos de ventanas. El callejón formaba una curva cerrada en la parte trasera del hotel. Alrededor de la curva, al lado de una puerta iluminada por una sola bombilla, había una fila de cubos de basura de gran tamaño.

La puerta no estaba cerrada.

* * *

En el *Viento del Mar*, Pete hizo una mueca de dolor bajo la poderosa presa del hombre que estaba detrás.

—¿Qué haces en este barco, chico? —preguntó una voz muy dura.

—Yo… yo… —tartamudeó Pete, mientras pensaba alguna buena razón que justificase su presencia a bordo del *Viento del Mar* sin revelar lo que los Tres Investigadores hacían.

—Bien, ¿eres mudo acaso? —rezongó la voz—. ¡Te advierto que corres un grave peligro! Si no quieres vértelas con la policía, será mejor que te expliques pronto y con claridad.

De pronto, Pete observó que la sombra que había visto a popa del barco se estaba moviendo otra vez. Era el jardinero japonés, Torao. Si el joven pudiese situarse detrás del agresor de Pete, tal vez juntos lograrían… Pete maldijo interiormente.

Su plan había fracasado porque Torao avanzaba directamente hacia él y su captor.

—Amigo del señor Crowe —dijo Torao moviendo la cabeza y sonriendo—. Vino vigilar barco.

—¿Cómo? —exclamó el hombre que aún seguía sujetando a Pete —. Enciende la luz del puente, Torao.

El japonés encendió la luz.

El agresor hizo dar media vuelta a Pete para mirarle. Pete reconoció entonces al barbudo capitán Jasón, que todavía llevaba su chaqueta azul y la gorra de capitán de barco. El capitán soltó rápidamente al muchacho.

—Tú eres uno de los chicos que estuvieron a bordo del *Viento del Mar* cuando estuvimos en la plataforma —murmuró—. Ahora me acuerdo de ti. ¿Cuál eres tú?

—Pete Crenshaw, señor.

—Bien, Pete, ¿qué es esto de que estáis vigilando este barco?

Pete se apresuró a explicar lo que hacían los investigadores y lo que había deducido Jupiter.

—¡Mil kilos! —exclamó el capitán—. ¡Imposible! Nadie podría ocultar un bulto de este tamaño en el *Viento del Mar* sin saberlo yo.

—Ya sé que parece imposible, capitán Jasón —replicó Pete—, pero Jupiter está seguro de que es la única respuesta posible a la pérdida de combustible.

El capitán Jasón reflexionó unos segundos y al final movió la

cabeza.

—He de reconocer que los cálculos de tu amigo explicarían la pérdida de combustible, puesto que yo no he logrado encontrar una explicación más plausible, pero…

—Capitán —le interrumpió Pete—, hace poco vimos cómo los hermanos Connor, Jed y Tim, subían a bordo de este barco. No llevaban ningún bulto, pero quizá, sin que sepamos de qué manera, dejaron algo a bordo. Quizá Torao los vio y sabe dónde escondieron…

—Mí oír hombres —le atajó Torao—. No ver. Señor Crowe dijo que yo estar oculto. Yo ocultar.

—También hubo otro individuo —añadió Pete—. No distinguimos quién era, ni subió a bordo, pero estoy seguro de que andaba por aquí vigilando el *Viento del Mar*.

—Entonces, lo mejor será registrar ahora mismo el barco —decidió el capitán.

Mientras Pete seguía al barbudo capitán abajo, miró su reloj.

Todavía no eran las once y media. Y se suponía que el capitán Jasón no debía llegar a bordo, para su turno de vigilancia, hasta medianoche. ¿Por qué, pues, había llegado antes?

* * *

Jupiter había seguido al tercer individuo por el paseo marítimo y una calle lateral. Estaba claro que aquel hombre seguía a alguien. De pronto, se detuvo frente a un hotel muy viejo. En la planta baja había una taberna con un letrero de neón: *El Tiburón Azul*. A la luz rojiazul del letrero de neón, Jupiter distinguió el rostro del hombre.

Era el encargado de la compañía petrolífera, Paul MacGruder.

MacGruder vaciló ante la puerta de la taberna, como meditando si debía entrar o no. Luego, continuó andando y torció por un callejón que corría entre el hotel y el edificio contiguo.

Los ojos de Jupiter registraron la calle en todas direcciones buscando a Bob o a los hermanos Connor. Toda la calle estaba desierta y en silencio. Jupiter corrió hacia la entrada del callejón, y atisbó desde la oscuridad.

No vio nada. Ni siquiera a Paul MacGruder.

Se internó por el callejón. Manteniéndose pegado a la pared, donde la sombra era más densa, Jupiter avanzó nerviosamente. Cuando el callejón formó una vuelta hasta la parte posterior del hotel, Jupiter se puso a cuatro patas y miró cautelosamente por la esquina. El callejón terminaba en un muro alto, al lado más alejado del hotel. Un callejón sin salida.

Y en el callejón no había nadie.

Alarmado, Jupiter se enderezó y dio la vuelta a la esquina. En el callejón solamente había cubos de basura en abundancia. De pronto, se fijó en la puerta trasera del hotel. MacGruder debía haber pasado por allí. Jupiter tenía ya la mano sobre la puerta para empujarla cuando oyó una voz fantasmal:

—¡*Jupiter… Jones… cuidado*!

Dio media vuelta.

¡El callejón estaba desierto!

—¡*Cuidado… Jupiter… Jones*…! ¡*Tiembla*!

¡La voz fantasmal parecía surgir de la nada!

—Yo… yo no creo en… —castañeteó Jupiter.

—¡*Cree… Jupiter Jones*! —añadió la voz.

¡A menos de tres metros de Jupiter, empezó a levantarse la tapa de un cubo de basura!

CAPÍTULO 9

Unos encuentros sospechosos

La tapa del cubo de basura fue elevándose cada vez más en el oscuro callejón. ¡Del cubo surgió lentamente una cabeza! La voz fantasmal susurró:

—¡*Hola, Jupe*!

Apareció un rostro sonriente, que llevaba la tapa del cubo como un sombrero. ¡Era Bob!

—¡Bob! —gimió Jupiter al verle. Se secó el sudor de su regordeta cara—. ¡Esto no ha tenido gracia! ¡Cualquiera podía haberte oído!

—Lo siento, Jupe —se excusó Bob—, pero no pude resistir la tentación cuando te vi asomado a la esquina.

Bob volvió a sonreír a su pesar, y Jupiter, aunque aún algo enojado, también sonrió. Luego miró a su alrededor, pero nadie parecía haberles visto ni oído. Bob salió del cubo de basura.

—¿Pero qué haces tú aquí? —preguntó Jupiter.

Bob procedió a limpiarse la ropa con la mano.

—Seguí a los hermanos Connor hasta esa taberna. Entonces, vine hacia aquí y descubrí esta entrada de servicio. Iba a entrar, cuando oí unos pasos sigilosos y me escondí dentro del cubo de basura que estaba vacío.

—¿No te vio el desconocido?

Bob sacudió negativamente la cabeza.

—No lo creo, aunque yo tampoco pude verle. Sólo le oí empujar la puerta y entrar.

—Era Paul MacGruder —le informó Jupiter.

A continuación le explicó cómo él y Pete habían visto a MacGruder seguir a Bob y a los hermanos Connor.

—¿Crees que está en combinación con los otros dos? —inquirió Bob—. Tal vez se quedó de vigilancia mientras los hermanos

sigilosamente subían a bordo del *Viento del Mar*.

—No lo sé, Bob —replicó Jupiter—. No sé si está en combinación con ellos o les vigilaba por algún motivo, o si pensaba subir al barco y los hermanos se le adelantaron. Tampoco sé si te vio seguir a los Connor o no, ni si te seguía a ti o a ellos. La única forma de averiguarlo es entrando en la taberna y vigilando a todos.

Bob tragó saliva.

—¿Estás seguro, Jupe? Bueno, este local parece muy malo. Quizá sería mejor avisar antes al señor Crowe.

—No tenemos tiempo —le urgió Jupiter—. Tal vez si entramos por la parte trasera y nos ocultamos no se fijarán en nosotros. Vamos.

Jupiter empujó con cuidado la puerta del callejón y los dos investigadores se deslizaron adentro. Se encontraron en un corredor estrecho, con puertas a cada lado que daban a despensas y depósitos, mientras que al frente se oía la actividad propia de una cocina. Por encima del ruido de la cocina pudieron oír también el sonido de voces y música procedente del bar.

—No podemos pasar por la cocina, Jupe —susurró Bob.

—Nos verían, claro —concedió Jupiter—, pero tal vez no sea necesario. Supongo que este corredor se cruza con otro un poco más allá.

Avanzaron con precaución, tratando de no hacer ningún ruido. La cocina se hallaba al otro lado del corredor que cruzaba al primero. A la derecha, el corredor que cruzaba terminaba en lo que parecía una puerta cerrada. Pero a la izquierda, el corredor de cruce parecía torcer hacia la ruidosa taberna.

—¡Deprisa, Bob —le apremió Jupiter—, antes de que salga alguien de la cocina!

Amortiguados sus pasos por el ruido de la cocina, los dos muchachos continuaron por el segundo corredor hasta donde giraba. Al frente, se abría la puerta de la taberna. Los dos amigos se deslizaron por la puerta hacia el local lleno de humo de tabaco, ruido y muy pocas luces. Junto a la puerta había un perchero del que colgaban varias chaquetas. Los muchachos se escondieron rápidamente detrás del perchero y desde allí observaron el establecimiento.

En el lado derecho del local había un mostrador con los

correspondientes taburetes. El resto del espacio lo ocupaban las mesitas y las sillas, llenas de individuos de aspecto rudo. Bob miró nerviosamente a su alrededor buscando al gordo, pero no le vio. De repente, sus ojos se sintieron atraídos por una mesa situada hacia el centro de la taberna.

—¡Jupe! —susurró, dándole un codazo en el costado.

Los dos hermanos Connor se hallaban sentados a aquella mesa con Paul MacGruder. Éste hablaba con vehemencia mientras los otros dos le escuchaban, retrepados en las sillas. Los tres bebían cerveza.

—¡Tenemos que acercarnos! —murmuró Jupiter—. Quiero oír lo que dicen.

—¡Estás loco! —protestó Bob—. ¡No podernos dejar que nos vean! Nos echarían rápidamente a la calle.

—Tenemos que correr el riesgo. Este local está bastante oscuro. Camina lentamente, agacha la cabeza y pégate a la pared. Tal vez nadie se fijará en nosotros con tanta gente.

Antes de que Bob pudiera seguir protestando, Jupiter abandonó el refugio del perchero y empezó a avanzar palmo a palmo, pegado a la pared de la izquierda. Bob le imitó, sin dejar de vigilar a MacGruder y los hermanos Connor. De pronto, MacGruder se levantó y empujó su silla hacia atrás.

—¡MacGruder se marcha! —susurró Bob junto al oído de Jupiter.

El encargado de la compañía petrolífera se dirigió a la puerta, pero luego cambió de dirección y se acercó al mostrador. Se detuvo al lado de un hombrecillo calvo, que llevaba un traje oscuro. El hombre le miró y Bob se quedó boquiabierto.

—¡Es el industrial japonés! —susurró.

—Sí, es Yamura —asintió Jupiter, en tono bajo y dubitativo—. Por lo visto, tiene otros negocios aparte del petróleo.

—Quizás esté dando una vuelta por los lugares típicos de la ciudad —comentó Bob—. Estaba solo en el mostrador.

—Éste no es un local para turistas —rebatió Jupiter—. ¡Mira! Los hermanos Connor están muy interesados en MacGruder y en el japonés.

En su mesa, los dos buzos parecían vigilar atentamente a ambos hombres. Tim, el del gorro colorado, estaba a punto de ponerse en

pie.

—Eh, chicos, ¿qué hacéis aquí?

El gordinflón acababa de aparecer delante de Jupiter como por arte de encantamiento. Su enorme corpachón bloqueaba la vista de todo el local. Miró a Bob y se enfureció.

—¿No te dije que no podías entrar aquí? Bien, pues vas a conseguir lo que buscabas. Voy a partirte la cabeza…

Resonó otra voz detrás del gordo.

—Vienen en nuestra busca, Marco. Los estábamos aguardando.

Con su gorro colorado, Tim Connor estaba al lado del gordo y sonreía a los muchachos. El gordo pareció vacilar.

—Connor, aquí no pueden entrar los chavales tan jóvenes —gruñó.

—Claro, Marco —asintió Tim Connor—. No estarán mucho tiempo. Sólo han venido a darnos un recado a mí y a mi hermano, ¿verdad, chicos?

—Oh, sí —afirmó Jupiter—. Un recado secreto.

—De acuerdo —accedió Tim—. Venid a nuestra mesa.

El gordo continuaba mirando amenazadoramente a los muchachos, pero finalmente se encogió de hombros.

—Está bien, Connor, pero que se larguen cuanto antes.

Se alejó por entre el humo del tabaco, y Tim Connor condujo a los muchachos a su mesa.

Jupiter miró hacia el mostrador.

—Bob —susurró—, MacGruder y Yamura se han marchado.

Bob sólo pudo asentir con el gesto antes de llegar a la mesa. Jed Connor les miró con intensidad mientras tomaban asiento.

—Chicos, estáis en mal lugar —murmuró—. ¿Qué estáis haciendo, buscar a Crowe? ¿Está acaso por aquí?

—¿Nos conoce, por lo que veo, señor Connor? —se admiró Jupiter.

—Lo mismo que vosotros nos conocéis a nosotros —replicó Jed —. Hoy os vi con Crowe en el muelle.

Tim sonrió.

—Supongo que Crowe está muy enfadado con nosotros, ¿eh?, por el alboroto del muelle… —Su sonrisa se tomó burlona—. ¡Pero esos tipos del petróleo le hierven a uno la sangre!

—Entonces, ¿por qué han estado hablando con uno de ellos? —

preguntó rápidamente Bob—. ¿Por qué les siguió MacGruder y…?

Se mordió los labios y enrojeció. Luego, miró a Jupiter, muy confuso.

—¡Ajá! —exclamó Jed—. De modo que estabais vigilando el *Viento del Mar* por encargo de Crowe, ¿eh? Bien, a decir la verdad, nosotros hacíamos lo mismo. Esta noche, a primera hora, subimos a bordo del barco para charlar con el capitán Jasón. No estaba, pero de pronto vimos a ese MacGruder que daba vueltas por allí. Como alguien ha estado saboteando el *Viento del Mar*, entramos en sospechas y decidimos seguirle.

—Nos dio una vuelta por media ciudad —continuó Jim—, y terminamos en el puerto, en el muelle del petróleo. Le vimos saltar a una barca y remar a través del puerto. Entonces, corrimos a la playa para seguir vigilándole, pero le perdimos de vista en la oscuridad. ¡Claro que nos imaginamos adónde iba!

Fue Jed el que finalizó el relato.

—De modo que estuvimos vigilando un rato al *Viento del Mar* desde la playa. No vimos nada, por lo que decidimos echar una ojeada al barco. Subimos a bordo por segunda vez, pero no vimos nada sospechoso, de modo que nos largamos y aquí estamos.

—Nosotros les vimos —admitió Jupiter—, y les seguimos.

—Y de pronto —añadió Tim—, MacGruder entró aquí y vino directamente a esta mesa. Dijo que nos había visto subir al *Viento del Mar*, y quería saber si habíamos descubierto algo. Naturalmente, no le contamos que le habíamos estado siguiendo. Sólo le dijimos que habíamos subido a bordo para dar un mensaje de parte de Crowe. No sé si nos creyó, pero lo que es seguro es que se lleva algún asunto entre manos.

—¿Y qué hay de ese Yamura? —quiso saber Jupiter.

—¿De quién? —inquirió Tim.

—Bah —terció Jed—, se refiere a ese japonés con el que ha conversado MacGruder. Estaba en el muelle con Hanley. Tal vez también está fraguando algo en favor de la compañía petrolífera.

—No me sorprendería —afirmó Tim—. Todos esos tipos del petróleo se ayudan entre sí, sean del país que sean.

—Sí —asintió Jed. Miró a su espalda—. Bien, chicos, ahora será mejor que os larguéis. Contadle a Crowe lo que hemos visto, ¿eh?

—Se lo contaremos —prometió Jupiter—. Vámonos, Bob.

Anduvieron a través del espeso humo y en medio del ruido hasta la calle. Jupiter se dirigió al puerto.

—¿Te has tragado esa historia, Jupe? —preguntó Bob.

—No lo sé. Tal vez sea verdad. MacGruder se comporta de un modo muy raro. Aunque quizá logremos averiguar cuál es su juego. Vamos.

Emprendieron la marcha hacia el puerto.

CAPÍTULO 10

Pete descubre la verdad

El capitán Jasón sacudió la cabeza.

—¡En este barco no hay nada, ni ligero ni pesado, que no deba estar!

El barbudo capitán del *Viento del Mar* acababa de terminar un registro completo de su embarcación. Ahora estaba apoyado en la borda de proa, mientras Pete estaba sentado sobre una escotilla. Torao les miraba a los dos con la expresión del que no entiende nada de lo que se dice.

—Más aún —añadió el capitán—, en este barco no hay lugar alguno donde pueda ocultarse un gran paquete.

—Todo está vacío en las cubiertas inferiores —admitió Pete desvalidamente—, pero yo sé que Jupe nunca se equivoca —calló y prestó atención—. ¡Alguien viene!

—¡Abajo! —susurró el capitán.

Escucharon con atención, pero no oyeron el menor ruido. Aguardaron casi sin atreverse a respirar y no ocurrió nada.

De repente, en la oscuridad, aparecieron dos puntitos luminosos. ¡Una pequeña cruz y un diminuto triángulo!

—¡Son Jupiter y Bob! —exclamó Pete—. Deben de haberse alarmado al ver gente en el barco. No se acercarán hasta que sepan quiénes somos.

Hizo girar su linterna encendida y Bob y Jupiter no tardaron en aparecer en el parapeto. Después, subieron a bordo.

—¿Por qué estáis a bordo con las luces encendidas? —se inquietó Jupiter—. Cualquiera podría venir y…

—El capitán Jasón me tomó por un asaltante —explicó Pete—, y después estuvimos registrando el barco de arriba abajo. Con tanta conmoción y tantas luces, me imaginé que nuestra presencia aquí, al menos la mía, ya estaba descubierta.

—Nadie me dijo que vosotros habíais decidido vigilar esta noche el *Viento del Mar* —añadió el capitán Jasón—, y que todos debíamos escondernos. Yo vine aquí más pronto de lo previsto para relevar a Torao y cuando Pete me contó que alguien podía haber colocado algo en el barco, quise saber de qué se trataba. Por esto registré el barco.

—Entiendo —asintió Jupiter pensativamente—. ¿Y encontró…?

—¡Más gente! —exclamó Torao de repente.

En el parapeto sonaron unos pasos, procedentes del paseo marítimo. Alguien tenía prisa. Los que estaban a bordo aguardaron con ansiedad. Finalmente, apareció Crowe, iluminado ya por las luces del *Viento del Mar*. Subió a cubierta con expresión inquieta.

—¿Todo va bien? —inquirió—. ¿Estáis todos bien? ¿Tú también, Torao?

—Naturalmente —repuso Jupiter—. Pero pensé que usted iba a quedarse en su casa toda la noche.

—Lo sé —se disculpó el escritor—, pero Torao tenía que volver a casa a medianoche, tras ser relevado por el capitán. Y como casi es la una y no venía, empecé a preocuparme.

Acto seguido, los Tres Investigadores procedieron a contarle lo ocurrido desde el instante en que Crowe se había separado de ellos. El capitán Jasón añadió lo referente al registro del barco.

—¿No halló nada? —se interesó Crowe.

—Nada en absoluto —gruñó el capitán.

—De manera —reflexionó Crowe en voz alta—, que MacGruder siguió a los hermanos Connor, y se reunió con ellos en la taberna, ¿eh?

—Exacto —asintió Bob—. También estaba allí ese japonés, Yamura.

—¿Creéis lo que os han dicho los hermanos Connor? —preguntó Crowe.

—No del todo —rezongó Jupiter. Luego volvióse hacia el joven jardinero japonés—. Torao, ¿subió alguien más a bordo de este barco? Por el lado del agua, claro, y antes de que subieran los hermanos Connor.

Torao buscó en su memoria algunas palabras inglesas.

—Dos hombres, mismo tiempo. Mí no ver nadie más. Escondido mí. Ver mal. Sentirlo.

—Jupe —intervino Pete—, yo estuve vigilando la zona del mar y por tanto habría visto una barca de haber habido alguna, y no vi nada.

—¡Entonces, los hermanos Connor mienten! —concluyó el escritor—. ¡Estoy seguro de que son ellos los que están saboteando el *Viento del Mar*!

—Tal vez no —replicó Jupiter, frunciendo el entrecejo—. Torao pudo no ver a alguien que se mostrara muy cauteloso. MacGruder pudo dejar su barca en cualquier sitio y subir al barco. Tal vez subió por el lado del agua y Pete no le distinguió.

—MacGruder también es escafandrista —exclamó Crowe—. Pudo llevar un traje de submarinista debajo de sus ropas. En la oscuridad. Pete no habría divisado a un individuo vestido con un traje negro de submarinista.

—Es posible —admitió Pete.

—Pero —observó Bob— nadie ha colocado nada en el barco esta noche. De manera que los hermanos Connor tal vez dijesen la verdad, es decir, que MacGruder estuvo en una barca, aunque sin subir a bordo del *Viento del Mar*.

—Supongo que sí —reconoció Jupiter con desmayo.

—Además, tampoco sabernos cuál es el volumen ni el peso exacto del bulto que suponemos esconden en este barco —añadió el escritor—. Bien, se está haciendo tarde y creo que será mejor que nos acostemos. Usted también, capitán. No creo que sirva ya de nada vigilar más el barco esta noche. Si alguien coloca un objeto pesado a bordo antes del amanecer, lo descubriremos fácilmente. ¿Por qué no lleva usted a Torao en su coche, capitán, y yo acompañaré a los muchachos en el mío hasta el motel donde se alojan?

El capitán Jasón asintió y abandonó el barco junto con Torao. Los investigadores aguardaron a proa mientras el escritor apagaba las luces del puente y cerraba la cabina. Pete estaba apoyado en la borda, contemplando las oscuras aguas.

—Será mejor dormir un poco, chicos —exclamó Crowe cuando volvió al lado de los muchachos—. Mañana…

Pete dio media vuelta, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Tal vez no esté en el barco! —gritó con emoción—. ¡Tal vez esté debajo del barco!

Todos miraron estupefactos al Segundo Investigador.

—Quiero decir —continuó éste— que el capitán Jasón dice que en el barco no hay sitio para esconder un bulto tan grande. ¡Pero podría estar en el barca y no estar a bordo… sino atado debajo!

—¡Y los hermanos Connor y MacGruder son escafandristas! —agregó Bob—. ¡Cualquiera de ellos puede haber atado los bultos!

—¡Pete! —exclamó Jupiter—. ¡Creo que has dado en el clavo!

—Estando debajo —prosiguió Pete con sus deducciones—, no haría falta que fuese un bulto tan grande para refrenar la marcha del barco, porque el arrastre resultaría mucho mayor.

—Caramba —sugirió Bob—, tal vez en estos momentos haya por ahí un escafandrista colocando el bulto.

—No hay ningún movimiento en el agua —observó Pete.

—¿Y si se tratara de un submarinista atado a la quilla? —preguntó Crowe—. Quizás en estos momentos está ahí debajo…

—No —replicó Pete—, sería demasiado pequeño. Además, un submarinista no podría ir colgado del *Viento del Mar* cuando el barco va a toda marcha. Incluso si fuese bien pegado a la quilla, quedarían destrozadas la máscara y el tanque.

—Bien, pero ¿qué diablos puede atar alguien a la quilla de este barco —ponderó Crowe— y por qué?

—¿Un aparato grabador? —sugirió Bob—. Para que los de la compañía petrolífera puedan enterarse de todo lo que se dice a bordo…

—Demasiado pequeño, Bob —objetó Pete—. Quizá se trate de una cámara…

—¿Para qué, Pete? —le interrumpió Growe—. Todo lo que hacemos es acercarnos a la plataforma, dar vueltas alrededor, protestar y regresar al puerto.

De pronto, Jupiter tomó la palabra.

—A menos que alguien saque algo de la plataforma… o lleve algo a ella. Algo secreto. Algo que necesita un container grande. En la quilla del *Viento del Mar* atan el container, éste llega con el barco cerca de la plataforma, y allí un submarinista mete dentro del container alguna cosa, y después el barco lo trae al puerto. ¡Una cosa ilegal, claro!

—¡Contrabando! —gritaron Bob y Pete. Jupiter asintió.

—Alguien lleva desde el extranjero algo, lo que sea, a la

plataforma, y luego utiliza este barco para traerlo a tierra.

—¿Pero por qué en este barco? —exclamó Crowe—. ¿Por qué utilizar mi barco?

—Porque usted es el jefe de los manifestantes. Usted navega hacia la plataforma todos los días —indicó Jupiter—. Por esto, el contrabandista necesita consultar su agenda, señor Crowe. De esta manera se entera de las horas que tiene programadas para ir y volver de la plataforma.

El escritor estaba estupefacto.

—¡Y la policía nunca pensaría en registrar las quillas de nuestras embarcaciones de protesta!

—¡Un escondite perfecto para un contrabandista! —añadió Bob.

—La primera vez que nos faltó combustible, aunque no del todo —meditó Crowe—, quizá se tratase de una prueba. Enviaron solamente el container para estar seguros de que el truco tenía éxito, y se limitaron a desatarlo en la plataforma.

—MacGruder empieza a parecer el primer sospechoso —dijo Jupiter lentamente—. Él tiene fácil acceso a la plataforma. No está en contra de la protesta y no quiso que la policía actuase, a pesar de formar pate de la compañía petrolífera. Lo del contrabando explicaría su conducta.

—Tal vez ese Yamura sea una especie de policía —sugirió Pete —, y por esto MacGruder estaba preocupado por su presencia en la taberna.

—Entonces —observó Crowe—, tendremos que ver a MacGruder lo antes posible, mañana por la mañana.

—No —objetó Jupiter—. Todavía no tenemos ninguna prueba con fundamento. ¡Aunque es posible que podamos conseguir alguna esta misma noche!

—¿Pero de qué manera, Jupe? —se intrigó Pete.

—¡Buscando debajo del barco! Quizá tú no viste esta noche a MacGruder porque estaba bajo el agua, atando un container a la quilla del barco. Señor Crowe, ¿tiene algún equipo de inmersión?

—Aquí no, Jupiter, pero sí en casa. ¡Iré a buscarlo!

—Llévese a Pete con usted. Es un perfecto escafandrista. Y asegúrese de que el equipo le venga bien.

El escritor asintió y echó a correr hacia su coche seguido de Pete.

Bob y Jupiter les aguardaron en el *Viento del Mar*. La noche fue tornándose cada vez más fría. Las embarcaciones del puerto se balanceaban en sus amarras, y las sombras parecían apretujarse amenazadoramente en torno a los dos amigos, que se estremecían al menor ruido.

Cuando regresaron a bordo el escritor y Pete, Bob y Jupiter estaban medio congelados y les castañeteaban los dientes. Pete, vestido ya con el traje isotérmico de goma, no parecía sentir el frío. Se ató el tanque de oxígeno y se insertó el tubo para respirar en la boca. Luego, sentado de espaldas en la borda del barco, sonrió, agitó las manos en el aire y saltó al agua. Cayó como una piedra, y pronto divisaron cómo su linterna submarina se movía por debajo del barco.

En cubierta, Jupiter, Bob y Crowe aguardaron con impaciencia. De cuando en cuando distinguían el débil resplandor de la linterna de Pete paseándose de proa a popa. Después, la luz quedó enfocada directamente hacia ellos, y Pete surgió en la superficie del agua. Trepó a bordo sin ayuda y se sentó sobre una escotilla. Luego, se quitó la máscara.

—Nada —refunfuñó—, no hay containeres ni ganchos ni nada en absoluto, ni señales de haber habido nada. ¡Es una quilla de metal, Jupe! ¡Es imposible clavar nada, ni un solo gancho!

Jupiter se mordió los labios.

—Está bien, Pete. Quizás estaba yo equivocado en lo de MacGruder, pero estoy convencido de haber dado con la pista buena. ¡Nos iremos al motel, dormiremos un poco y mañana colocaremos una trampa!

CAPÍTULO 11

El polizón

A la mañana siguiente, la luz inundó de improviso la habitación del motel. Pete metió la cabeza debajo de la almohada y gruñó. Jupiter dio media vuelta sobre sí mismo, como si fuese un ballenato.

—¡Cerrad las persianas! —gritó Bob. El señor Andrews se echó a reír.

—¡Arriba, muchachos! Dejasteis una nota para que os despertase a las siete. ¡Ya es hora de espabilarse!

Tras lanzar otra carcajada, el señor Andrews salió de la habitación. Los tres muchachos continuaron en sus camas sin moverse.

—Yo… —refunfuñó Pete— odio a los mayores.

—No —añadió Bob—, sólo a los padres que despiertan tan temprano a sus hijos.

—¡Sí! —asintió Jupiter—, a los padres que no tienen compasión de los que duermen.

—Bien dicho, Jupiter —afirmó Bob.

—Estoy de acuerdo —agregó Pete—. Aunque me duele tener que admitir que… que dejamos esa nota.

—Debíamos estar *mochales* perdidos —rezongó Bob.

Riendo, los tres muchacho saltaron al suelo. Se vistieron y lavaron rápidamente, con sus prendas marineras y diez minutos más tarde estaban dando buena cuenta de un copioso desayuno en la cafetería del motel. Todavía algo adormilados por haberse acostado tarde, los tres amigos discutieron todo el misterioso asunto que traían entre manos con el señor Andrews.

—Contrabandistas, ¿eh? —repitió el padre de Bob—. Si, ésta podría ser la solución, pero debéis tener mucho cuidado con todo lo que hagáis. Los contrabandistas suelen ser muy peligrosos, chicos.

—El señor Crowe y el capitán Jasón estarán a nuestro lado —le

aseguró Pete.

—Bien —aprobó el señor Andrews—, pero temo que Bob no podrá acompañaros. Esta mañana necesito que esté conmigo durante unas horas.

—¡Oh, papá! —protestó Bob.

—Tengo que realizar una entrevista muy importante en la universidad con el experto principal sobre el petróleo y toda esta comarca. Mientras tanto, necesito que Bob transcriba las entrevistas de ayer grabadas en cinta. Esto no puede esperar. Tú eres un buen mecanógrafo, Bob, de modo que no tardarás mucho en pasarlo todo a limpio.

—Claro, papá. Bien —se conformó Bob—, supongo que Jupe y Pete podrán pasarse sin mí un par de horas.

—¿De veras crees que podremos vivir sin tu presencia, Bob? —se burló Pete.

Bob le arrojó una cucharilla, riendo, y entre bromas y risas finalizó el desayuno. El señor Andrews se marchó para realizar su entrevista y dejó a Bob en su habitación, escuchando un cassette con la grabación de las entrevistas efectuadas el día anterior, sentado ante la máquina de escribir portátil.

Jupiter y Bob se dirigieron a casa del escritor.

El autor les estaba aguardando. Mientras iban todos en el coche del escritor hacia el puerto, señaló las nubes de cirros que flotaban en el cielo.

—Seguro que estas nubes son las adelantadas del huracán de México —declaró—. El noticiario de esta mañana sobre el tiempo informó que la tormenta todavía sigue avanzando hacia el norte. Aún no ha descendido sobre la Baja California como pensaban los meteorólogos. Los huracanes casi nunca se aproximan a Santa Bárbara, pero antes de salir a alta mar, consultaremos con el servicio de guardacostas.

En el puerto, el escritor y el capitán Jasón también fueron a consultar con el comité de protesta y los capitanes de barco que iban a zarpar.

Los muchachos oyeron cómo Tim y Jed Connor discutían sus planes con los otros marineros.

—¿Qué vamos a hacer, Jupiter? —quiso saber Pete.

—Primero, quitarnos de la vista de los demás —respondió

Jupiter, abriendo la marcha hacia el camarote inferior del *Viento del Mar*. Al llegar abajo, señaló el equipo de escafandrista—. Vístete para inmersión, Pete, y quédate aquí escondido. Pero permanece dispuesto a subir rápidamente a cubierta y zambullirte al primer aviso. ¿Entendido?

—Entendido —asintió Pete.

Acto seguido, empezó a ponerse el traje de goma de escafandrista.

Jupiter regresó a cubierta y estuvo contemplando inocentemente a los manifestantes que forjaban sus planes en tierra.

El escritor y el capitán Jasón estuvieron de vuelta al cabo de quince minutos.

—El servicio de guardacostas —manifestó Crowe al llegar a bordo— opina que el huracán no llegará hasta aquí, y, en caso de llegar, habrá perdido gran parte de su fuerza. Y aun eso sería mañana, de modo que vamos a zarpar. Tenemos que protestar todos los días, sin faltar uno mientras sea posible. ¿Dónde está Pete?

—Abajo, dispuesto a sumergirse —explicó Jupiter en voz baja. Mi plan consiste en zarpar exactamente tal como ha dicho usted. Pero cuando estemos a punto de salir del puerto, nos pararemos y Pete se sumergirá al momento. Si hay algo debajo del barco, él lo descubrirá.

—¡Buen plan! —aprobó Crowe—. Tal vez este truco dé resultado.

El escritor se marchó para ayudar al capitán Jasón en las operaciones de desamarre.

Algunas embarcaciones de protesta, con sus pancartas y banderas enarboladas ya, empezaban a salir del puerto. Entre ellas, Jupiter divisó la barca pesquera con el puente descubierto. Tim Connor se hallaba a la rueda, luciendo su gorro de lana rojo. Todas las embarcaciones refrenaban la marcha casi por completo al llegar a la franja arenosa del puerto, y volvían a acelerar poco antes de llegar al canal, camino de los islotes.

—Bien, Jupiter —le gritó Crowe desde el puente—, vamos a zarpar.

Jupiter asintió, acercándose a la escalerilla que conducía al camarote donde Pete estaba escondido. El *Viento del Mar* se apartó lentamente del parapeto, enderezó su proa hacia la bocana del

puerto y después a alta mar. Cuando se hallaban cerca de la franja arenosa, el escritor habló en voz baja con el capitán Jasón. El *Viento del Mar* aflojó la marcha. Jupiter llamó por la escalerilla.

—¡Vamos, Pete, ahora!



Cuando el barco quedó completamente parado, Pete salió corriendo por la escalerilla, en dirección a la borda, se volvió de espaldas y se dejó caer al agua. Jupiter vio cómo la luz de la linterna submarina se desvanecía debajo de la embarcación. El escritor se le acercó, mientras el capitán Jasón contemplaba la escena desde el puente de mando. Los minutos fueron transcurriendo lentamente. De pronto, se oyó una voz que gritaba desde el otro lado del barco. Pete estaba a flote, con la máscara fuera.

—Nada —afirmó—, nada en absoluto, Jupe.

Jupiter pareció anonadado.

—Pues… yo… yo estaba seguro…

—¡Sube, Pete! —le ordenó Crowe.

Pete trepó a bordo con ayuda del escritor.

—Chicos —preguntó Crowe después—, ¿queréis venir con nosotros hasta la plataforma?

—¿Qué opinas, Jupe? —quiso saber Pete.

—Supongo que estaba equivocado —confesó Jupiter, tragando saliva—. Nadie ha atado nada a la quilla del barco.

—Quizás hemos sido descubiertos —alegó Pete—. O quizás hoy no tenían que enviar el container. Es posible que mañana…

—¡A menos —el rostro de Jupiter se animó— que los contrabandistas trabajen en dos viajes! Envían el container en uno, lo cargan en la plataforma, y lo devuelven en el viaje siguiente. De forma que la primera vez no se trató de una prueba, sino que transportaron el container vacío, sólo para llenarlo. Y esta vez no llevamos container… ¡porque lo atarán a la vuelta!

—¡Entonces, vayamos a la plataforma! —decidió Pete.

El escritor asintió y retrocedió hacia el puente de mando. Desde el puerto se oyó una voz.

—¡*Viento del Mar*! ¡Eh, John Crowe!

El capitán de la policía, Max Berg, se hallaba en uno de los diques, haciéndole señas al barco.

—¡Crowe, vamos a celebrar una asamblea respecto al alboroto que se produjo ayer en el muelle de la compañía petrolífera! ¡El alcalde quiere que usted se halle presente!

—¿Estará también Hanley? —gritó a su vez Crowe.

—¡Sí!

—¡De acuerdo! —Crowe volvióse al capitán Jasón—. Lléveme al puerto, capitán —se giró hacia los dos muchachos—. El barco irá a la plataforma, puesto que hemos de mantener la protesta. Vosotros podéis ser mis representantes, ¿de acuerdo? Con el capitán Jasón no os ocurrirá nada.

El *Viento del Mar* volvió a su dique, el escritor bajó a tierra y se reunió con el capitán Berg.

—¡Cuando hayamos terminado la asamblea —gritó Crowe antes de abandonar el puerto— me iré a casa y me pondré en contacto con vosotros por radio!

El *Viento del Mar* volvió a deslizarse por las aguas del puerto y aflojó la marcha casi hasta detenerse detrás de otras dos embarcaciones de protesta que avanzaban lentamente por el canal abierto en la franja arenosa. Cuando los barcos precedentes llegaron a alta mar, el capitán Jasón realizó la maniobra del escollo de arena y el *Viento del Mar* empezó a navegar por las aguas del canal de Santa Bárbara.

A toda velocidad, la embarcación remontó una ola enorme, que roció toda la cubierta con su espuma. La marejada era peor que la del día anterior, por lo que el *Viento del Mar* cabeceaba y daba bandazos continuamente. Jupiter estaba fuertemente asido a la borda por la parte de proa, con la tez un poco verdosa.

—Hoy… —gruñó— el mar está más movido.

—El huracán se dirige otra vez al sur —gritó el capitán desde el puente—. Y el vendaval hace que las olas se adelanten a la tormenta. Pero este oleaje no nos retrasará mucho.

—¿Qué haremos cuando lleguemos a la plataforma, Jupiter? —interrogó Pete—. No será posible estar debajo del barco todo el día, en plan de vigilancia.

Jupiter meditó unos instantes.

—Podríamos realizar comprobaciones aisladas, o bajar a la bodega y escuchar. Si el container es tan grande como pienso, el contrabandista hará ruido debajo del barco cuando…

—Chicos —volvió a gritar el capitán desde el puente—, la embarcación de los Connor va unos tres kilómetros por delante de nosotros. Es la más veloz después del *Viento del Mar* y por esto tendríamos que ganarle terreno… ¡pero no es así!

—¿Quiere decir —preguntó Jupiter— que nos estamos

retrasando?

El capitán Jasón asintió.

—Nunca me habría fijado en ello de no estar sobre aviso —dijo después el barbudo capitán—, pero nos estamos retrasando un par de *nudos,* y esto no se debe al vendaval ni a las corrientes marítimas. ¡Llevarnos un peso extra a bordo!

—¡Pero en la quilla no hay nada! —protestó Pete.

—¡La franja de arena! —exclamó Jupiter—. Casi nos hemos detenido. ¡Fue entonces cuando alguien ató algo!

—Diantre, Jupe —replicó Pete—, íbamos a poca velocidad, pero en realidad no nos paramos. Nadie puede atar un bulto a la quilla de un barco en movimiento.

Jupiter se tironeó del labio inferior, señal en él de reflexionar hondamente.

—No, pero… ¡algo puede moverse debajo de nosotros! Sea lo que sea, es algo que se mueve por sí mismo.

—¿Pero qué puede moverse en el agua si no es un submarinista? —se admiró Pete—. Y ninguno podría ir ahí abajo colgado y sobrevivir.

—No lo sé —reconoció Jupiter.

—Tampoco yo —añadió el capitán Jasón—, pero Jupiter tiene razón. Lo que está ahí debajo se mueve por sí solo. Muchachos, no se trata de ningún container sino que ¡se trata de un *polizón*!

CAPÍTULO 12

El cazador de tiburones

—¿Qué… qué clase de polizón? —inquirió Pete, tragando saliva.

—Uno muy pesado —repuso el capitán ominosamente.

—Claro —agregó Jupiter—, algo que puede estar enganchado a una quilla de metal durante casi veinticinco nudos con fuerte marejada y sin correr peligro alguno.

El *Viento del Mar* navegaba a través del fortísimo oleaje del canal. En silencio, los dos investigadores bajaron la vista hacia la cubierta inferior, como si pudiesen ver a través del acero. ¡O quizá se alegrasen de no poder ver!

—Será mejor que echemos un vistazo, chicos —opinó el capitán Jasón—. Tenemos que saber qué es lo que hay ahí abajo.

—Yo no quiero saberlo —replicó medrosamente el asustadizo Pete.

—¡Tonterías! —le recriminó Jupiter con firmeza—. No temas, no hallarás ningún monstruo ni nada por el estilo. Ni siquiera los monstruos marinos podrían engancharse a un barco, desprenderse de él al llegar a la plataforma y engancharse de nuevo para el viaje de retorno. No, eso que hay abajo es algo fabricado por el hombre. Una especie de vehículo, supongo.

—Pero —objetó Pete— en el mar hay unos pulpos así de grandes —y señaló con las manos un círculo enorme—, con unos tentáculos más gruesos que mi cuerpo…

—Bueno —sonrió Jupiter—, si logras atrapar a un pulpo de ese tamaño, esta noche nos hincharemos comiéndolo a la plancha.

Todos se echaron a reír y el capitán Jasón volvió a intervenir.

—Pronto sabremos lo que es. Pete, baja y…

—¡Un momento! —le interrumpió Jupiter—. ¿Y si se trata de algún individuo? Si nos detenemos aquí, es posible que esto le alarme y se largue. Entonces le perderíamos y ya estaría sobre

aviso, sabiendo que le hemos descubierto.

—¿Qué hacemos entonces, Jupe? —quiso saber Pete, un poco tranquilizado.

—Continuar con toda normalidad. Una vez cerca de la plataforma, Pete podrá descender y sorprender al que sea… o a lo que sea.

—Es decir, que no me libro de bajar —gimió Pete desconsoladamente.

—Tienes razón, Jupiter —concedió el capitán Jasón—. Pero hemos de vigilar por babor y estribor, por si acaso se desengancha antes.

—¡Yo me cuidaré del lado de babor! —se ofreció Pete, dirigiéndose a la borda de la izquierda.

Jupiter se apostó en la de la derecha y ambos muchachos miraron tenazmente hacia abajo, donde parecían hervir las verdes aguas. El *Viento del Mar* no tardó en pasar entre las islas de Anacapa y Santa Cruz, y torció hacia el oeste. Al frente se elevaba la plataforma del Arrecife del Tiburón. Contra sus patas de acero se estrellaban unas olas formidables.

—Muchachos, este tiempo no me gusta en absoluto —exclamó de pronto el capitán desde el puente. Estaba examinando el cielo, completamente cubierto por una fina película de nubes—. Se trata de cirroestratos, y cada vez se espesan más. La marejada va en aumento, el barómetro se muestra inseguro y el viento está cambiando de dirección y sopla cada vez más fuerte. No, esto no me gusta.

—¿Es el huracán, capitán? —inquirió Jupiter.

El aludido asintió con el gesto. Luego explicó:

—Por las señas, está más cerca de lo que creíamos. Es posible que se dirija directamente a Santa Bárbara. Será mejor que llame por radio al servicio de guardacostas.

—¡Estamos casi en la plataforma, capitán! —avisó en aquel instante Pete.

La inmensa estructura de acero se elevaba del mar, reluciente a la luz del sol, que se había asomado por entre las nubes. A un lado, una flotilla de embarcaciones de protesta esperaban para formar el círculo. En lo alto, los obreros de la plataforma les increpaban burlonamente…

Pete se puso el traje y la máscara de inmersión, y el capitán desaceleró la marcha del barco, en medio del agitado mar. El barbudo capitán estudió el agua y el cielo ansiosamente, en tanto la embarcación avanzaba con más lentitud.

—Tal vez sea peligroso realizar una inmersión —murmuró—. Yo…

En aquel instante, el barco pareció saltar hacia adelante.

—¡Jupe! ¡Capitán! —gritó Pete—. ¡Allí va!

Todos miraron al mar por el lado de babor, que estaba de cara a la plataforma. Una sombra delgada y alargada, como un torpedo, parecía temblar bajo la superficie del agua, hasta que velozmente se desvaneció en lo profundo.

—¡Es… es como un tiburón! —exclamó Pete.

—No —objetó el capitán Jasón, fija la vista abajo—. No es un tiburón, Pete, es un Cazador de Tiburones, o para abreviar un *cazatiburones*. ¡Debe engancharse magnéticamente!

—¿Qué es un *cazatiburones*, capitán? —se interesó Jupiter.

—Un vehículo submarino que usan los escafandristas, Jupiter. En su interior no hay aire como en un submarino, de modo que el escafandrista necesita su tanque para respirar. El *cazatiburones* mide unos dos metros de largo por uno y medio de altura y uno de ancho. Funciona eléctricamente, y puede transportar instrumentos y tanques de aire extras.

—¡O algo que alguien pase de contrabando! —agregó Jupiter.

—De manera que ése es nuestro polizón —resumió el capitán Jasón.

—¡Y se ha esfumado! —se apesadumbró Pete.

Una vez concluida su entrevista, el señor Andrews regresó al motel en su coche. Bob ya había terminado de transcribir las grabaciones de las cintas del día anterior.

—Gracias, Bob, me has ahorrado mucho tiempo —le agradeció su padre—. Ahora he de ir a Los Ángeles para archivar la primera parte de la historia. ¿Deseas quedarte aquí? Yo regresaré mañana.

—Sí, papá. Aguardaré a Jupe y Pete.

Cuando el señor Andrews se hubo marchado, Bob decidió dar un paseo hasta la residencia del escritor John Crowe. Quería saber si

podía manejar la radio tierra-barco y ponerse en contacto directo con el *Viento del Mar*. No creía que a Crowe le molestase. En tanto iba andando por las calles del lado este de la población observó que las nubes estaban ocultando el sol, por lo que su luz había adquirido un tinte amarillento. Soplaba una fuerte brisa, que hacía girar en torbellinos las hojas caídas de los árboles y levantaba algunas nubes de polvo.

Al llegar a la casa divisó el coche del escritor. Muy alarmado, corrió hacia la puerta y llamó repetidas veces. Crowe abrió en persona.

—Oh, señor Crowe, ¿qué hace aquí?

—Ven a mi despacho, Bob.

Una vez en el desordenado despacho, el escritor le contó al muchacho todo lo relativo a la asamblea con la policía y el alcalde.

—De manera que el capitán Jasón y tus dos amigos zarparon sin mí —continuó—, y yo vine a casa. He estado escuchando la radio del servicio de guardacostas y me he enterado de que el huracán ha cobrado más velocidad y ha cambiado de dirección. Ahora se mueve directamente hacia Santa Bárbara y los islotes de la costa.

—¡Eso puede ser muy peligroso!

—Todavía no, pero lo será esta noche. La tormenta aún se halla a varios centenares de kilómetros al sur. Como ves, Bob, aunque los vientos de un huracán sean muy veloces, más de cien kilómetros por hora, la tormenta en sí viaja muy lentamente, a sólo treinta o cuarenta kilómetros hora. Los vientos del huracán se mueven trazando un gran círculo en torno a un centro en calma. Cuanto más se acerca uno a dicho centro, más feroces son los vientos. Bien, en este huracán, el gran centro que se aparta de México avanza lentamente hacia nosotros, y a medida que transcurra el día los vientos serán más y más poderosos.

—¿Pasará el centro por encima de nosotros? —quiso saber Bob.

—Aún es pronto para predecirlo. El centro mide solamente unos quince kilómetros de diámetro, pero la tormenta puede llegar a tener cuatrocientos kilómetros también de diámetro. El centro puede pasar muy hacia el oeste, ya en alta mar, y a pesar de eso ocasionar una terrible tempestad. ¡Si por desgracia Santa Bárbara queda solamente a unos cuarenta kilómetros del centro, la tormenta será espantosa!

—¡Oh, no me gustaría en absoluto estar esta noche en la plataforma petrolífera! —se estremeció Bob.

El escritor asintió.

Se produjo una pausa, cada cual entregado a sus propios pensamientos.

—Llamaremos desde aquí al *Viento del Mar* y veremos qué tal van las cosas por allí.

Se acercó a la radio, y tan pronto la puso en funcionamiento, se oyó una voz carrasposa.

—*Viento del Mar* llamando a John Crowe. Conteste, Crowe.

—*Viento del Mar* llamando a…

En el barco faenero, dando vueltas en torno a la plataforma con las demás embarcaciones, el capitán Jasón se inclinó hacia el micrófono.

—*Viento del Mar* llamando a John Crowe. Conteste, Crowe. —La radio silbó por efecto del vendaval.

—*Viento del Mar*, aquí Crowe. ¿Es usted, Jasón?

—Sí. Un momento, Jupiter quiere hablar con usted.

Jupiter, en medio de dos bandazos del barco, se aproximó al micrófono.

—¡Lo hemos visto, señor Crowe! Se enganchó cuando aflojamos la marcha en el bajío de arena. Es una especie de submarino individual que necesita que un escafandrista lo maneje. Funciona con electricidad, pero el capitán Jasón dice que sólo puede recorrer cuatro nudos, por lo que aprovecha para ir enganchado a nuestro barco para llegar hasta la plataforma. Debe engancharse mediante una especie de imán muy potente.

—¡Buen trabajo, Jupiter! —aprobó Crowe—. ¿Visteis al escafandrista?

—No, señor, sólo el vehículo. Pero estoy seguro de que no lo sabe, por lo que volverá para regresar a Santa Bárbara. Entonces lo atraparemos. En estos momentos estamos vigilando el muelle de desembarco que hay debajo de la plataforma, por si acaso sale allí a la superficie. Pero con este tremendo oleaje será difícil distinguirlo.

—¡El huracán viene hacia nosotros por el noroeste! —repuso el escritor—. ¡Es muy veloz! ¿Cómo van por ahí las cosas, capitán Jasón?

Antes de responder, el capitán avizoró el mar.

—Todavía no está muy mal. Las barcas se han marchado, pero la mayoría aún resistimos.

—¿Cuánto tiempo pueden estar?

Jupiter volvió a colocarse delante del micrófono.

—¡Hemos de quedarnos hasta última hora, de lo contrario perderemos al polizón! La mayoría de barcos siguen aquí. Los hermanos Connor se hallan detrás de nosotros, y ellos no parecen correr ningún peligro, de manera que ¡nos quedaremos aquí!

En su estudio, John Crowe oía crujir la ventana abierta, y veía cómo la amarillenta luz del día se iba convirtiendo en gris a medida que las nubes se espesaban y cubrían al sol. Mas todavía no llovía.

—De acuerdo, Jupiter —respondió—. Pero cuando el capitán ordene regresar, tenéis que obedecerle, ¿entendido?

El capitán Jasón volvió a hablar por la radio.

—Tendremos cuidado —prometió—. Si el tiempo empeora mucho, nos dirigiremos a Santa Cruz y allí nos guareceremos.

—Está bien. ¡En ese caso, atrapad al polizón!

La radio enmudeció. John Crowe se retrepó en su silla.

—Jasón es un buen lobo de mar —tranquilizó a Bob—, y el *Viento del Mar* puede resistir los embates del mar. No les ocurrirá nada si…

—¡En la ventana, señor! —susurró de pronto Bob.

El escritor giró sobre sí mismo. La ventana estaba vacía. Bob dio un salto y salió al pasillo, hacia la puerta trasera. La abrió de golpe y recorrió con la vista el patio. Las ráfagas de viento hacían inclinar las ramas de los limoneros. Pero allí no habla nadie.

—¡Sé que he visto a alguien! Una cara en la ventana. Habrá oído todo lo que hemos dicho. ¡Todo, lo del polizón y lo de la vigilancia hasta que ese submarino individual vuelva al barco!

El escritor examinó el patio.

—¿Comprendes lo que eso significa, Bob? —se desesperó—. Sea cual sea el misterio, el escafandrista no actúa solo.

—O sea que ese escafandrista no tiene que ser necesariamente ninguno de los que estamos vigilando.

—Exacto. Cualquiera puede estar asociado con él. ¡Y también, claro está, uno de nuestros sospechosos!

—Excepto los hermanos Connor —puntualizó Bob.

—Si los dos están ahora en su barcaza —reflexionó John Crowe

—, es casi seguro que no tienen nada que ver con el caso. Pero cuando su embarcación zarpó, nosotros sólo vimos a Tim.

Bob asintió lentamente y los dos regresaron al despacho. Se sentaron en silencio, escuchando la fuerza del viento, cada vez mayor.

CAPÍTULO 13

¡Peligro mortal!

Alrededor de la plataforma, las embarcaciones de protesta tenían que luchar cada vez más contra los elementos desencadenados para conservar el círculo. El cielo iba oscureciéndose por instantes, y las nubes se espesaban y descendían sobre el mar. Las olas ganaban en altura y arreciaban en su furia contra el armazón de acero de la plataforma petrolífera. Una a una, las embarcaciones menores abandonaron el sitio y se encaminaron hacia el refugio del canal y a la seguridad distante del puerto de Santa Bárbara.

Pete, Jupe y el capitán Jasón se hallaban dentro del puente de mando, resistiendo las sacudidas del *Viento del Mar*. Jupe empezaba a experimentar los efectos del mareo, pero estaba demasiado animado con la próxima captura del polizón para prestar atención al malestar de su estómago.

—El barómetro ha descendido a setecientos cincuenta milímetros de mercurio —observó el capitán Jasón, asiéndose fuertemente a la rueda para conservar al barco en el debido rumbo en torno a la plataforma—. ¡Y esto no es más que el borde exterior de la tormenta!

Las primeras rachas de lluvia llegaron súbitamente poco después de las dos de la tarde. La lluvia empezó a golpear continuamente las ventanas del puente de mando.

—Tendremos que regresar muy pronto —sentenció el capitán Jasón.

En la plataforma, a más de quince metros sobre el nivel del mar, los pocos obreros que todavía permanecían apoyados en el parapeto metálico ya no lanzaban burlas ni pullas a los manifestantes. Al contrario, contemplaban las embarcaciones restantes y el oscuro cielo en silencio.

—Quizás el submarinista volverá pronto —dijo Jupiter

esperanzadamente—. Si estamos en lo cierto y su cazatiburones se engancha magnéticamente, nosotros constituimos su único medio para volver a tierra. Las otras embarcaciones son todas de madera o fibra de vidrio.

—Tal vez esté sumergido e ignore la fuerza de esta tormenta —sugirió Pete.

—Sería posible en aguas muy profundas —asintió el capitán—, pero aquí apenas hay unas cuantas brazas de profundidad, y aún menos en el arrecife —señaló al sitio donde el agua estaba blanca a menos de un kilómetro de la isla de Santa Cruz. No, está bien enterado de la tormenta. Pero podría refugiarse en Santa Cruz.

—Si se dedica al contrabando desde la plataforma —se enfurruñó Pete—, seguro que ahora está a salvo y bien seco y no tiene que volver a tierra.

—No —objetó Jupiter con obstinación—, yo sé que volveremos y si regresamos al puerto demasiado pronto le perderemos para siempre.

Una hora más tarde, la lluvia caía a ráfagas copiosas desde un cielo muy negro y muy bajo, y las furiosas olas empezaban a llenar de espuma la proa del *Viento del Mar*. En torno a la plataforma sólo quedaban cuatro embarcaciones. Muy pocas para formar el círculo, por lo que navegaban muy próximas entre sí, con la de los hermanos Connor detrás del *Viento del Mar*.

Con su gorro de lanilla colorada y un suéter amarillo, Tim Connor estaba muy erguido en el puente descubierto, como un antiguo vikingo, desafiando el viento y la lluvia. Como ambas embarcaciones avanzaban muy lentamente en el embravecido mar, Connor gritó seguro de ser oído, gracias a su bocina:

—¡Bonita tormenta, Jasón!

—Cierto, Tim —contestó el capitán, también por su bocina.

—¿Regresará pronto?

—¡Muy pronto!

Tim Connor se echó a reír estrepitosamente.

—¡Le apuesto cincuenta pavos a que nosotros resistiremos más que usted!

—¡Estás loco, Tim! ¡Y apártate un poco más!

Tim Connor volvió a soltar la carcajada y continuó navegando peligrosamente cerca del *Viento del Mar*.

Las lentas embarcaciones se hallaban en el lado que daba al mar abierto de la plataforma petrolífera, medio giradas al vendaval. Se movían a la justa velocidad para mantener su distancia a la plataforma y resistir los esfuerzos de las olas, olas que parecían empujarles hacia las gigantescas patas de acero, y al desembarcadero metálico.

Otros dos barcos hicieron sonar sus sirenas y se dirigieron hacia la seguridad del canal, dejando solos a la embarcación de los Connor y al *Viento del Mar*.

Jupiter continuaba escrutando el mar con desesperación en busca de algún signo del pequeño vehículo submarino.

—¡Ríndete Jupiter! —le apremió Pete—. Con tan poca luz tampoco lo verías, ¡tal vez ya se halle debajo de nosotros!

—¡Sólo un poco más! —suplicó Jupiter.

De pronto, la embarcación de los Connor se apartó y Tim volvió a gritar:

—¡Usted gana, Jasón! ¡Que se diviertan!

Tras una carcajada final, Tim Connor aumentó la velocidad de su embarcación y, dejando atrás la plataforma petrolífera, desapareció en el aguacero.

—Es inútil, Jupiter —decidió el capitán Jasón—. Tenemos que regresar. El barómetro ha descendido aún más y el vendaval se enfurece más cada vez. Si continuamos aquí más tiempo, nos veremos en un verdadero peligro.

—Eso creo, capitán —asintió Jupiter muy a pesar suyo.

El capitán Jasón hizo virar al barco y el *Viento del Mar* empezó a avanzar… ¡De repente, todo el casco retembló! ¡De debajo de la popa surgía un violento golpeteo!

—¿Qué es esto? —gritó Pete.

—¡Hemos tropezado con algo! —exclamó Jupiter muy alarmado.

El capitán Jasón continuó asido al timón.

—¡No, algo se ha roto por debajo! ¡Algo le ocurre a la hélice! ¡El eje se está torciendo! ¡Si se rompe, el barco se hundirá!

El barbudo capitán paró el motor, y el *Viento del Mar* cabeceó desamparadamente en el embravecido mar. El capitán Jasón miró hacia la plataforma. ¡El *Viento del Mar* derivaba rápidamente hacia aquellas enormes patas de acero!

—¿Qué podemos hacer? —se asustó Pete.

—¡Si aceleramos más, el barco se partirá en dos! ¡De lo contrario, seremos empujados más hacia la plataforma o volcaremos! ¡Muchachos, es necesario desafiar a este oleaje o el barco se bandeará! ¡Sólo tenemos una posibilidad! ¡Veré si logro avanzar a más velocidad sin que se rompa el eje de la hélice! ¡Agarraos fuerte!

* * *

En su despacho, John Crowe se paseaba incansablemente y miraba por la ventana, contemplando la lluvia que caía implacable en el patio. Bob estaba sentado, también frente a la ventana, asistiendo a la tormenta. El cielo plomizo parecía presagiar ya la noche, a pesar de que aún faltaban horas para, la puesta del sol.

—Esto… esto no parece muy terrible —tartamudeó Bob de pronto—. Bueno, quiero decir que ya he visto otras tormentas como ésta.

—Sólo estamos en el borde del huracán, Bob —le espetó el escritor con inquietud—. Pero en los islotes… ¡Voy a llamarles! ¡Tienen que regresar inmediatamente!

Acto seguido, se sentó ante la radio.

—¡John Crowe llamando el *Viento del Mar*! ¡Regresen inmediatamente al puerto! ¡Capitán Jasón, capitán Jasón!

Aguardó en silencio. Bob se levantó y se acercó al aparato. No hubo respuesta. Crowe se inclinó más hacia el micrófono.

—¡Regrese, *Viento del Mar*! ¡Hola, capitán Jasón! ¡Regrese *Viento del Mar*!

Bob tragó saliva esforzadamente varias veces.

—Tal vez tengan mucho trabajo… porque antes siempre han contestado.

—Sí, es posible que estén muy ocupados con este temporal. Es posible que…

Calló y los dos esperaron cinco minutos en silencio. El viento y la torrencial lluvia golpeaban fuertemente la ventana.

—¡*Viento del Mar*! ¡*Viento del Mar*! —gritó Crowe urgentemente por la radio—. ¡Capitán Jasón, Jupe, Pete!

El silencio continuó.

—Voy a llamar al servicio de guardacostas —dijo el escritor con expresión atemorizada. Giró unos mandos—. ¡Servicio de guardacostas de Santa Bárbara! ¡John Crowe llamando al servicio de guardacostas de Santa Bárbara!

El altavoz dejó oír un chasquido.

—Aquí el teniente Jameson, Crowe.

—No puedo entrar en contacto con el *Viento del Mar*. ¿Están ustedes en contacto?

—No. Hay una gran estática por la tormenta. Intentaremos localizarles.

El altavoz calló.

Fueron pasando los minutos mientras el escritor tamborileaba sobre la mesa con los dedos y Bob se mordía las uñas. Finalmente, el altavoz volvió a cobrar vida.

—No hay respuesta, Crowe. ¿Está seguro de que aún se hallan en alta mar? Las demás embarcaciones están llegando al puerto.

—¡No estoy seguro de nada, teniente! —gimió Crowe— ¡Debían de haberme llamado si regresaban!

La voz del teniente sonó tranquilizadora, pero no convincente:

—Es probable que tengan problemas con la radio y que… ¡Aguarde, capto una transmisión!

El silencio se alargó interminablemente en el despacho, en tanto la lluvia y el viento azotaban con más fuerza la ventana. Volvió a oírse la voz del teniente:

—Crowe, era de la plataforma petrolífera. El *Viento del Mar* tiene problemas, pero sus tripulantes están a salvo en la plataforma. Por lo visto, hay algunas desavenencias con los obreros de allí respecto a algo que suena como… como ¡sabotaje!

Crowe y Bob se miraron estupefactos y apesadumbrados. Fuera, la tormenta iba en aumento.

CAPÍTULO 14

Un monstruo marino

Paul MacGruder estaba en el oscurecido corredor de la cubierta inferior de la plataforma petrolífera. Detrás de él se hallaban tres obreros. El encargado de la compañía del petróleo empuñaba una pistola. Y el arma estaba apuntada directamente a Pete y Jupiter, que acababan de subir por la escalerilla metálica del desembarcadero.

—¡De modo que os he atrapado con las manos en la masa! —gruñó coléricamente MacGruder—. ¡Hanley tenía razón! ¡Vosotros, los manifestantes, sois los que habéis estado viniendo subrepticiamente a la plataforma para sabotearla!

—¡Nosotros no hemos saboteado nada! —gritó Pete acaloradamente—. Nunca…

—¡Ya sabíais que está prohibido subir aquí! —le interrumpió el encargado con sequedad—. ¿Por qué tendríais que venir a hurtadillas, a menos que deseaseis llevar a cabo algún acto de sabotaje?

—Señor —repuso Jupiter con serenidad—, hemos venido a la plataforma porque el *Viento del Mar* tiene problemas. Le pasa algo a la hélice y la barra ha estado a punto de romperse en cualquier momento. El capitán Jasón decidió que nuestra única esperanza de salvación era dejar que el barco derivase hacia esta plataforma, y entonces arriesgarse a maniobrar bajo la misma hasta llegar al desembarcadero.



MacGruder miró fijamente a los dos muchachos.

—¿Maniobrar un barco de las dimensiones del *Viento del Mar* debajo de esta plataforma con este temporal? ¿Esperáis que me trague ese cuento?

—Nosotros no somos embusteros —se enfureció Pete.

—El capitán Jasón ha realizado un buen trabajo de marinería —continuó Jupiter sin descomponerse—. De veras, señor, no nos quedaba otra elección.

—¿Y dónde está ahora el capitán Jasón? —preguntó con sorna MacGruder.

—En el *Viento del Mar* —repuso Jupiter—. Está amarrando el barco al desembarcadero para que no lo arrastre el oleaje.

MacGruder contempló atentamente a los dos amigos. De pronto, les hizo una seña a los dos obreros para que bajasen al desembarcadero.

—Si vuestra historia no es cierta —amenazó MacGruder lentamente—, os encerraré hasta que pase la tormenta y de esta manera llegaremos al fondo de este asunto.

Pete estaba furioso.

—¡Quizá lo que usted desea es quitarnos de en medio para poder dedicarse con mucha más tranquilidad al contrabando!

—¿Contrabando? —repitió MacGruder muy alterado—. ¿De qué diantres estás hablando?

—Señor —intervino Jupiter—, usted tiene su despacho en tierra, ¿verdad? ¿Puedo preguntarle cómo está ahora aquí?

—¡Ocúpate de tus asuntos, jovencito!

—Bueno —prosiguió Jupiter—, esto depende de por qué se halla usted aquí. Supongo que todo el mundo le ha visto llegar, ¿no es así?

Jupiter sonrió ingenuamente en tanto MacGruder le estudiaba con gran atención.

—Si tanto quieres saberlo —repuso gruñendo—, vine aquí esta mañana muy temprano, en un bote de suministros. ¿Y qué es eso del contrabando?

—Creemos que alguien trae algo a la plataforma —explicó Jupiter—, y luego lo lleva a tierra en el *Viento del Mar*.

—¡Esto es ridículo! —rezongó MacGruder.

—No, señor —replicó Jupiter, moviendo la cabeza—. El *Viento*

del Mar ha estado gastando demasiado combustible últimamente, a pesar de tener siempre los depósitos al completo; y nosotros hemos logrado solucionar el misterio del caso.

A continuación procedió a contarle al encargado de la compañía petrolífera lo que habían deducido y cómo hablan descubierto al polizón del barco.

—¿Visteis a ese submarino —se admiró MacGruder—, y pensáis que yo iba en él? ¿Por qué lo pensáis?

—Usted ha seguido a algunas personas —observó Pete—, entre ellas al señor Crowe, y también ha dado vueltas alrededor del *Viento del Mar*. Además, le vimos conversar en la taberna con los hermanos Connor y el japonés Yamura. ¡Y actúa como si le interesase que la protesta continúe, a pesar de trabajar para la compañía!

—Ya entiendo… —asintió MacGruder.

Antes de poder continuar, los dos obreros subieron del desembarcadero, ateridos y empapados por las rociadas del oleaje. El capitán Jasón les acompañaba, vistiendo un impermeable. Los obreros dijeron que, efectivamente, el *Viento del Mar* estaba averiado. Habían oído el golpeteo del eje de la hélice cuando el capitán aceleró brevemente el motor para aproximarlo más al pontón de amarre. MacGruder se guardó la pistola y se volvió a Jupe y Pete.

—Lo siento, chicos. Creo que me equivoqué con vosotros, pero estaba preocupado por todo lo que sucede aquí. Yo no tripulaba ese *cazatiburones* que visteis. Esos hombres pueden confirmarlo. Ellos me vieron cuando llegué aquí.

Los obreros asintieron a las palabras del encargado, añadiendo que éste había llegado aquella mañana en una barca de aprovisionamiento para efectuar su inspección semanal del equipo de perforación.

—Jamás se me ocurriría dedicarme al contrabando —prosiguió MacGruder—, pero sí tenía sospechas de que ocurría algo. Algunos instrumentos han sufrido daños, alguien ha estado saboteando el barco de Crowe, los hermanos Connor iniciaron el tumulto del muelle, Hanley, el gerente de la compañía petrolífera, casi provocó a los manifestantes, ese Yamura no deja de rondar por todas partes constantemente… En fin, todo apunta a un complot.

—¿Cree usted —quiso saber Jupiter— que el señor Hanley tiene

un plan en beneficio propio?

—No lo sé —gruñó MacGruder—. Siempre se enoja con la gente que se interpone en su camino, de modo que tal vez sólo se trate de una consecuencia normal de su carácter en contra de los manifestantes. Pero continuo sospechando de Yamura y los hermanos Connor. Les he vigilado siempre que he tenido ocasión. Vi a los Connor a bordo del *Viento del Mar*, y por esto les seguí hasta la taberna y les pregunté qué juego se traían entre manos.

—¿Usted les siguió? —exclamó Pete—. ¡Entonces, ellos mintieron! ¡Toda su historia fue falsa!

—Sí, eso parece —asintió Jupiter—. ¿Y Yamura, señor?

—También le pregunté qué hacía en la taberna —explicó MacGruder—. ¡Respondió que estaba estudiando las costumbres norteamericanas!

—¡Jupe! —gritó Pete de pronto—. ¡Quizá trae contrabando del Japón!

—Tal vez, Pete. Pero me parece que es demasiado mayor para maniobrar un cazatiburones por sí mismo. Los hermanos Connor son escafandristas con experiencia… pero estaban con su embarcación en esta plataforma.

—¿Estaban… los dos? —preguntó Pete—. ¡Yo no recuerdo haber visto en absoluto a Jed!

—Bien —replicó MacGruder—, pero poseen un barco. ¿No les resultaría más fácil servirse de él que de un cazatiburones?

Jupiter meditó un momento.

—Más fácil, sí, pero tal vez menos seguro.

Hubo una pausa que concluyó el encargado de la compañía petrolífera.

—Cuando pase la tormenta, opino que lo mejor sería contarle a la policía todo lo que vosotros, chicos, habéis averiguado.

—De acuerdo, señor MacGruder —asintió Jupiter—, pero quizá deberíamos hacer algo ahora mismo.

—¿Qué, Jupiter? —preguntó el encargado.

—Bueno, el escafandrista y el cazatiburones todavía deben estar aquí. El *Viento del Mar* constituía su único medio de volver a tierra. Es posible que se haya marchado a un islote en busca de refugio, pero si saca contrabando de aquí… en fin, a lo mejor aún anda por estos parajes.

El encargado y los obreros miraron a su alrededor como si el desconocido intruso pudiera presentarse de un momento a otro.

—Vamos a descubrirlo —decidió MacGruder.

A continuación les ordenó a sus obreros que se hiciesen acompañar por todos los que no estuviesen de servicio y registrasen los camarotes generales. Él, por su parte, junto con el capitán Jasón y los dos investigadores, empezó a registrar la cubierta inferior.

—Quiero encontrarle —gruñó MacGruder—. ¡Tal vez no se trate de un contrabandista, pero sí es ciertamente un saboteador! Es posible que sea él quien esté averiando nuestro equipo.

No encontraron a nadie en las salas de almacén y maquinaria de la cubierta inferior. Pero Pete divisó un equipo de inmersión, que señaló a los otros.

—Aquí tenemos escafandristas, Pete —le aclaró MacGruder—, para inspeccionar el fondo de la plataforma y mantener las patas limpias de vida submarina.

Los obreros no hallaron nada sospechoso en los camarotes, en el comedor general, en la sala de recreos, en la cocina, ni en las salas de operaciones de las otras dos cubiertas.

La lluvia barría la cubierta superior, y el viento hacía retemblar los muros de acero de toda la construcción. Ya habían anudado cables de seguridad a través de todos los espacios abiertos entre la sala de máquinas, las salas de perforación, la torre de prospección y las grúas. Los relámpagos, en incesante sucesión, iluminaban la última hora del día.

MacGruder halló unos impermeables para los muchachos, y junto con el capitán Jasón procedieron a registrar la cubierta superior. Tampoco había allí nada escondido.

La lluvia se iba calmando, mas no así el vendaval. Toda la plataforma se estremecía en un continuo temblor. MacGruder conferenció ansiosamente con el jefe de la dotación, y luego volvióse hacia los muchachos. Tenía que gritar para ser oído por encima del enorme ruido de los truenos y la galerna.

—¡El jefe dice que el barómetro sigue bajando! ¡El tiempo va a empeorar más aún! Han tratado de llamar a tierra, pero la radio no funciona a causa de los relámpagos.

En aquel momento, una enorme ola se estrelló contra las patas de la plataforma, y la espuma barrió incluso la cubierta donde ellos

estaban.

—¡Corramos abajo! —añadió MacGruder—. El viento aún no tiene la fuerza del huracán, pero las olas ya son muy peligrosas. ¡Pronto nadie estará aquí a salvo!

Se estrelló otra ola, mojando nuevamente a todo el grupo. Los muchachos se agarraron a los cables de seguridad, siendo imitados por el capitán y MacGruder. Pete estaba mirando en dirección a la distante sombra de la isla de Santa Cruz y de repente su rostro palideció.

—¡Allí… allí! —exclamó—. ¿Qué… qué es aquello?

A menos de un kilómetro de distancia, donde las espumeantes aguas barrían el Arrecife de los Tiburones, ¡algo estaba saliendo del mar! ¡Era algo negro y grande, sin forma en medio de la tormenta, con unos largos tentáculos semejantes a unos brazos y unas piernas retorcidos!

—No… no lo sé —tartamudeó MacGruder.

¡La oscura sombra pareció colgarse del cielo!

—Nunca he visto… —empezó a decir el capitán Jasón. Un relámpago iluminó el cielo y el mar y por un instante todos pudieron distinguir con claridad la extraña figura.

¡Adornado con algas marinas, la enorme forma surgió por completo del mar como un inmenso monstruo marino!

CAPÍTULO 15

La quilla oxidada

—Conteste, Arrecife del Tiburón número uno. ¿Me oyen, Arrecife del Tiburón número uno? El servicio de guardacostas de Santa Bárbara llamando al Arrecife del Tiburón número uno. Contesten, contesten…

En el silencioso despacho de la residencia de John Crowe, la voz del radiotelegrafista del servicio de guardacostas sonaba sin descanso. Parecía salir de la misma tormenta. Bob y el dueño de la casa esperaban ansiosamente una respuesta a las llamadas, pero la respuesta no venía.

—¿Cree que todo estará bien en la plataforma, señor Crowe? —preguntó Bob.

Estaba sentado junto a la ventana, contemplando la espesa lluvia y cómo el vendaval hacía inclinar los árboles.

—No lo sé, Bob —repuso el escritor—. Supongo que sí, pero un huracán es algo terrible y… En fin, no quiero engañarte.

—Oh, pregunte otra vez al servicio de guardacostas —le urgió el muchacho—. Tal vez ya tengan noticias. Bueno, quizá sepan algo de la plataforma o de la isla de Santa Cruz.

—Un solo individuo posee toda la isla de Santa Cruz, Bob —le explicó Crowe—. Allí sólo hay un rancho. Pero lo intentaré —sentóse ante la consola—. John Crowe llamando al teniente Jameson. Responda.

La voz sonó al instante.

—Aquí Jameson, Crowe.

—¿Alguna novedad, teniente?

—Todo negativo, lo siento.

—¿No se sabe nada de la plataforma? ¿De algún barco o tal vez de Santa Cruz?

—No hay informes, Crowe. Todos los aparatos de radio deben

haber enmudecido por la tormenta —hubo una pausa bastante larga y después el teniente continuó con su voz monótona—: Deben de estar bien, Crowe. La última noticia que tuvimos de la Plataforma Número Uno es que todo iba bien. No correrán ningún peligro a menos que se cierna sobre ellos el centro del huracán, y aun entonces, probablemente todo iría bien. No se inquiete, que no les sucederá nada.

El escritor desconectó el aparato, se puso de pie y anduvo hasta la ventana. El furor de la tempestad parecía azotar toda la mansión. Pero la casa no corría ningún peligro.

—¿No deberíamos llamar a Rocky Beach? —preguntó Bob.

—Aún no, chico. No serviría de nada inquietar a sus padres innecesariamente.

—¿Pues qué hacemos? —quiso saber Bob.

—Esperar —fue la respuesta—. Y mientras tanto, preparemos algo de cenar.

—Oh, no podré tragar ni un solo bocado —protestó Bob.

—Pasar hambre tampoco ayudará a tus amigos —le recordó el escritor—. Y piensa que la plataforma es muy resistente. La construyeron para soportar los embates del mar, por fuertes que sean.

Bob asintió, pero su mirada parecía perdida a lo lejos. Era como si estuviera visualizando la lejana plataforma.

* * *

En la Plataforma Número Uno, otra ola se estrelló contra las potentes patas de acero. Pete, Jupe, el capitán Jasón y MacGruder estaban aún contemplando la oscura forma que había surgido del mar junto al Arrecife de los Tiburones.

—¡Es… es un monstruo marino! —tartamudeó Pete, temblando.

Las ráfagas de lluvia impedían divisar bien el objeto.

—¿Qué puede ser, MacGruder? —se interesó el capitán Jasón.

—No lo sé. Nunca había visto…

Otro relámpago volvió a iluminar momentáneamente el cielo y el mar. La forma oscura continuaba elevándose fuera de las olas como el brazo extendido de un gigante.

—¡Un momento! —exclamó Jupiter con voz estrangulada—. Creo que…

Brilló otro relámpago.

—¡Sí! —gritó Jupiter, casi riendo de alivio—. ¡No es un monstruo! ¡Es un submarino! ¡Un viejo submarino, cubierto de algas marinas!

—Es demasiado pequeño para tratarse de un submarino —objetó el capitán Jasón, mirando fijamente el objeto—. ¡Y jamás oí decir que se hubiese hundido uno cerca de la Isla de Santa Cruz!

—Pues yo diría que… —empezó Jupiter.

Un relámpago más duradero que los anteriores iluminó todo el mar y todos pudieron distinguirlo fuera del agua: era una forma alargada y manchada de moho y algas. Reconocieron la masa de la *torreta del gobernalle*. En la torreta y la estrecha proa se divisaba la clara forma de un cañón incrustado. Mientras contemplaban el submarino, éste dejó de elevarse. Pareció quedar flotando en el aire. Después, casi en movimiento retardado, casi de costado, se hundió con gran lentitud y desapareció una vez más bajo las olas que barrían el arrecife.

—¡Se ha vuelto a hundir! —se lamentó Pete.

—Y Jupiter tenía razón —afirmó MacGruder—. Es un submarino.

—Muy pequeño —añadió el capitán Jasón—. Y muy viejo. Ese cañón… jamás vi un submarino con un cañón montado arriba. ¡Ni he oído nunca hablar de un submarino hundido en el Arrecife del Tiburón!

—Pues ahora lo hemos visto todos —arguyó MacGruder.

Antes de poder continuar, una espantosa ola se aplastó contra la estremecida plataforma, estrellándose en la cubierta superior y lanzando chorros de espuma hasta la altísima grúa.

El agua barrió la cubierta de acero, amenazando con arrancar a cuantos allí estaban de los cables de seguridad y arrastrarlos a la profundidad del océano.

—¡Abajo! —ordenó MacGruder—. ¡Todo el mundo abajo!

La lluvia se había espesado súbitamente de tal modo que apenas se veían el uno al otro. Todos se aferraron tenazmente a los cables hasta llegar a la escalerilla. Una ola tras otra azotaba la plataforma, rompiéndose contra las patas de acero, y barriendo la cubierta

superior. El agua descendía por la escalera y por los corredores hasta que, finalmente, los obreros de servicio consiguieron cerrar todas las portillas que daban al exterior.

MacGruder, el capitán Jasón y los muchachos se dirigieron hacia el diminuto despacho del jefe de la plataforma. Una vez allí vieron que eran ya más de las siete de la tarde. Se sentaron en silencio y escucharon el clamor de la tormenta mientras la plataforma retemblaba y se estremecía. En sus camarotes, los trabajadores estaban tumbados en sus literas o jugaban a cartas en la sala de recreos. Cada vez que una gigantesca ola se estrellaba contra la plataforma, los jugadores hacían una pausa en el juego para escuchar y esperar. Nadie hablaba. El único movimiento existente era el mudo ir y venir de los cansados y empapados miembros del personal que se turnaba en los puestos de vigilancia de la cubierta superior tan castigada por el temporal.

—¿Podrá… podrá —se atragantó Pete—, podrá resistir esta plataforma?

—No lo sé —gruñó MacGruder—. Está fuertemente anclada al fondo rocoso, pero nunca habíamos tenido una tormenta como ésta. El centro del huracán debe de estar justamente encima de nosotros.

—No, aún no —negó el capitán Jasón—. Está cerca, pero todavía no ha llegado lo peor.

—¡Diantre! ¡Pues sí que es un consuelo, capitán! —tembló Pete.

Ola tras ola iban aplastándose contra la plataforma metálica, que gruñía y se estremecía. El silencio que reinaba en las cubiertas inferiores parecía temblar de miedo por debajo del violento alboroto de arriba.

—Estaba pensando en ese submarino —exclamó Jupiter de improviso, para romper la tensión—. Es pequeño y el capitán Jasón asegura que es antiguo. Tiene un cañón en cubierta, y los submarinos ya no los llevan. Pero los submarinos sí los tenían al comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

Dos olas enormes conmovieron de nuevo la plataforma.

—Exacto —asintió el capitán Jasón. Cuando la plataforma se balanceó, él se asió al muro de acero—. Debe ser un submarino de aquella guerra. Sólo que nosotros, los norteamericanos, no perdimos ninguno por aquí, que yo sepa.

Algo cayó rodando con gran estrépito en lo alto de la

plataforma.

—Tal vez —continuó Jupiter, levantando la voz serenamente— no sea un submarino norteamericano. Tal vez sea japonés.

—Esto explicaría por qué no nos enteramos de su hundimiento —asintió calmosamente el capitán.

En la cubierta superior algo se había soltado. Todos oyeron los gritos y el ruido de los obreros de servicio para conservar el control.

—Señor —prosiguió Jupiter, siempre fiel a su idea—, recuerdo algo respecto a un submarino japonés que atacó la costa de California por aquella época. Fue el único ataque enemigo contra la costa de Estados Unidos después de la guerra de 1812[2] —rebuscó en su memoria enciclopédica—. Creo que esto sucedió en febrero de 1942.

—¡Claro! —exclamó MacGruder, golpeándose la frente—. Fue unos meses después del ataque a Pearl Harbour. El submarino japonés salió a la superficie a unas millas marinas de aquí, cerca del campo petrolífero de Ellwood. Fue al atardecer. El submarino disparó unos veinticinco cañonazos contra nuestra costa con sus cañones de cubierta. Algunos obuses cayeron a más de un kilómetro tierra adentro, pero los japoneses eran pésimos artilleros, o estaban nerviosos, y no hicieron ningún blanco. El submarino desapareció en la oscuridad. Pero creo que más tarde se hundió con toda su tripulación en el sur del Pacífico.

Una ola monstruosa chocó con la plataforma. La gran estructura de acero pareció inclinarse. Algunos objetos cayeron al suelo, en torno a los que estaban en el despacho. Del techo empezaron a gotear chorritos de agua.

—Tal vez el submarino no se hundió al sur del Pacifico —comentó Jupiter—, sino aquí, en el Arrecife del Tiburón, y los japoneses no quisieron que nos enterásemos. O quizás hubo aquí dos submarinos.

—Los submarinos solían navegar por equipos —recordó el capitán Jasón.

Otra ola gigantesca azotó la plataforma.

Jupiter siguió hablando sin conmoverse.

—Incluso es posible que el escafandrista del cazatiburones no sea contrabandista ni saboteador. ¡Quizá busque algo en ese submarino hundido!

—¿Al cabo de tantos años? —razonó Pete—. Quiero decir, ¿por qué aguardar tanto tiempo? ¿Y cómo ha sabido que el submarino estaba hundido aquí?

—Creo que tendremos que pedirle a Bob que efectúe una investigación tan pronto como funcione la radio.

Una tercera ola monstruosa se estrelló contra la plataforma, que se balanceó como si fuera a derrumbarse.

—¡Cuidado! —gritó MacGruder.

¡Las luces se apagaron!

—Iré a echar una ojeada —se ofreció el encargado.

—Le acompañamos —dijo Jupiter.

Los dos muchachos siguieron a MacGruder hacia una especie de casamata de la cubierta y atisbaron por un ojo de buey. La tormenta había derribado un brazo giratorio de una grúa. Pero la lluvia era tan espesa que apenas veían nada. Unas olas blancas de espuma, que parecían tan altas como la plataforma, se estrellaban contra ésta incesantemente. De pronto, una se rompió contra la plataforma y envió toneladas de agua hacia la cubierta superior. Toda la estructura metálica se estremeció.

—¡No sé cuánto tiempo podrá resistir la plataforma! —exclamó MacGruder.

En silencio, Jupiter y Pete continuaron contemplando la tormenta, preguntándose si estarían vivos al amanecer.

CAPÍTULO 16

Bob hace un descubrimiento

Bob abrió los ojos. ¡Sabía que ocurría algo!

Estaba tendido en el sofá del despacho de John Crowe, donde había pasado la noche. Se estremeció y escuchó atentamente. Levantó la cabeza con lentitud y miró a su alrededor.

No se oía el menor ruido. Toda la casa estaba silenciosa. ¡La tormenta había pasado!

Bob saltó del sofá y corrió a la ventana. Apartó las cortinas y un sol deslumbrador inundó la habitación.

—¡Señor Crowe, ha cesado la tormenta!

El escritor se despertó. Estaba sentado frente a la radio. Se incorporó, confuso.

—¿Qué? ¿Qué pasa, Bob?

—¡Ha pasado la tormenta, señor Crowe!

El autor parpadeó a la luz del amanecer, abandonó su asiento y fue hacia la ventana. Fuera, los árboles goteaban todavía, y el patio estaba cubierto de ramas rotas, frondas de palmeras, hojas mojadas y grandes charcos de agua. Pero ya no aullaba el viento y el sol, atravesando las nubes ya en descomposición, relucía sobre el mojado escenario.

—¡Llame al servicio de guardacostas, señor Crowe! —le suplicó Bob.

El escritor se dirigió al transmisor-receptor. En aquel preciso momento, la radio dejó oír unos chasquidos y transmitió con la frecuencia del barco del capitán Jasón.

—¡El *Viento del Mar* llamando al señor Crowe! ¡Conteste, por favor! ¡*El Viento del Mar* llamando…!

—¡Es Jupiter! —exclamó Bob.

Crowe se inclinó hacia el micrófono.

—¡Jupiter, aquí Crowe! ¿Estáis a salvo?

—¿Estáis todos bien? —añadió Bob.

En la maltratada plataforma, Jupiter sonrió al oír la voz de Bob. Pete estaba junto a la ventanilla de la sala de radiotelegrafía mirando el brazo giratorio caído, las barandillas retorcidas, las planchas abolladas de las cubiertas y los demás daños ocasionados por el temporal. El mar todavía estaba muy agitado, y el oleaje continuaba azotando a la plataforma.

—Sí, señor —dijo Jupiter por su micrófono—, todos estamos bien. Hemos pasado malos ratos —reconoció—, con vientos a más de ciento treinta kilómetros por hora, pero la plataforma se ha portado bien.

—¿Estáis en el *Viento del Mar*? ¿Vais a regresar pronto?

—No, señor —repuso Jupiter—. El *Viento del Mar* está a flote, pero nada más, y está semiinundado por el agua. El capitán Jasón y unos obreros tratan de bombear el agua para calibrar la magnitud de los daños. Yo he llamado con la frecuencia del barco porque deseaba hablar con usted y con Bob.

—¿Has descubierto algo, Jupe? —se interesó aquél.

—Creo que sí.

A continuación, Jupiter contó todo lo relativo al submarino y cómo la fuerza del huracán lo había hecho salir a la superficie del mar, y todas sus posteriores deducciones.

—Se trata —añadió— de un submarino japonés de la Segunda Guerra Mundial, seguramente, de modo que podría ser el objetivo de nuestro polizón.

—¿No crees que se trate, pues, de un contrabandista? —interrogó el escritor.

—No lo sé —admitió Jupiter—. Si lo fuera, hubiese debido esconderse en la plataforma. Nosotros no pudimos encontrarlo, pero tengo el presentimiento de que no ha estado nunca aquí. Y si busca a ese viejo submarino, esto explicaría por qué ha estudiado sus cartas marinas, señor Crowe, referentes a las islas y los arrecifes.

—¿Qué puede haber en ese submarino, Jupiter? —inquirió Crowe—. ¿Y cómo sabía ese individuo que estaba hundido junto a ese arrecife?

—Eso es lo que aún ignoramos. Pete opina que el submarino quizá llevaba un cargamento de oro u otro tesoro, y que alguien se enteró de ello.

—¿Qué hemos de hacer nosotros, Jupe? —indagó ávidamente Bob.

—Ve a la biblioteca tan pronto como la abran, y busca la historia del submarino japonés que disparó durante la guerra contra nuestra costa. Mira si hay alguna insinuación de un tesoro, si el submarino pudo hundirse frente a Santa Bárbara o si pudo haber dos submarinos a la vez.

—Lo buscaré —prometió Bob.

—Y mira en los periódicos —continuó Jupiter— si últimamente ha ocurrido algo que pueda haber advertido a alguien respecto a la presencia de ese submarino.

—De acuerdo.

—¿Y vosotros qué haréis ahí? —preguntó el escritor, con cierta ansiedad.

—Ayudar a reparar el *Viento del Mar* y tratar de hallar algún rastro del escafandrista y su cazatiburones —repuso Jupiter—. Y cuando el mar se calme un poco… ¡sumergirnos y buscar el submarino japonés!

En el soleado despacho del escritor, éste miró a Bob con alarma. El investigador de bibliotecas del equipo de los tres investigadores se mordía el labio inferior nerviosamente. Crowe volvió a inclinarse hacia el micrófono.

—Jupiter, esa inmersión no es fácil —casi gritó—. Y menos con este tiempo. El fondo debe estar muy revuelto y ese arrecife puede seros peligroso. Si os sumergís, aseguraos de que el capitán Jasón o Paul MacGruder, o alguien con experiencia, os acompañe. ¿Entendido?

—No hay mucha profundidad en ese arrecife, señor Crowe —replicó Jupiter—, y aguardaremos hasta que el señor MacGruder nos asegure que no hay peligro.

—Está bien, pero decidle a MacGruder que quiero hablar con él cuando tenga tiempo —terminó el escritor.

Jupiter dijo que así lo haría y acto seguido cortó la comunicación.

En el despacho, Crowe le dijo a Bob:

—Nos desayunaremos un poco y podrás ir a la biblioteca. Mientras tanto, yo llamaré a tu padre. Él les contará a los padres de tus amigos que no les ocurre nada.

* * *

Después de desayunarse con jamón y huevos fritos, Bob se dirigió a la biblioteca principal de la ciudad. Brillaba el sol, pero las nubes continuaban ocupando la mayor parte del cielo, y las calles estaban aún mojadas. En muchas calles había árboles derribados, patios llenos de barro, y el río Mission estaba crecido y rugía como un torrente.

En la biblioteca, el bibliotecario no sabía nada con respecto a ningún submarino, pero tenía cuatro libros con referencias a submarinos que habían atacado aquella costa. Los relatos eran esencialmente iguales. Nada insinuaba que un submarino transportase ningún tesoro a bordo, pero en un libro había un atisbo de duda sobre la manera como había escapado el submarino… si es que había logrado escapar.

Bob leyó el relato con suma atención. Decía que el submarino, al parecer, había huido hacia el noroeste, en dirección al cabo Concepción, pero que la intensiva búsqueda en el área no había aportado el menor rastro, y que se tenían noticias vagas respecto a haber sido avistado fugazmente cerca de la isla de Santa Cruz, hacia el suroeste. Muy animado, Bob devolvió los libros al bibliotecario.

—Joven —le dijo aquél—, creo que hace unos meses leí algo sobre un submarino en el *Sun Press*. Unos pescadores o submarinistas contaron algo… Si quieres enterarte, tengo el periódico en microfilme. Allí detrás están las ampliadoras.

Bob cogió el *Sun Press* del año anterior y empezó a hojearlo en una ampliadora. Encontró el artículo en un ejemplar de tres meses atrás. Estaba casi enterrado en una página interior.

SUBMARINO JAPONÉS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL ENCONTRADO POR UNOS ESCAFANDRISTAS

Santa Bárbara (AP). *El casco de lo que parecía un submarino japonés de la Segunda Guerra Mundial fue avistado ayer en el fondo del océano cerca de la isla de Santa Cruz por unos escafandristas de la compañía petrolífera que exploraban aquella zona para la implantación de una nueva plataforma perforadora.*

Un portavoz de la Armada dijo que no existía ningún registro de un submarino hundido en esa área, pero que examinarían los documentos japoneses capturados y probablemente enviarían un equipo a investigar el caso a finales del año en curso.

Bob, una vez leído el artículo, fue a devolver el microfilm. ¡Pero alguien, situado a sus espaldas, le bloqueó el paso!

—Una historia interesante —murmuró Tim Connor—. Allí hay una puerta trasera, chico. Úsala… con cuidado y sin hacer ruido.

Bob intentó echar a correr, pero Tim le atrapó por el brazo. El muchacho abrió la boca para gritar pidiendo socorro, y la mano del escafandrista se aplastó contra sus labios. Luego, sintió algo duro contra sus costillas.

—Pórtate bien —gruñó Tim—. Ve hacia la puerta, que iremos a dar un paseíto.

Casi a rastras, Bob fue llevado a un callejón, detrás de la biblioteca. Allí había un Ford gris, y Jed Connor se hallaba al volante.

CAPÍTULO 17

El enemigo al descubierto

Sujeto contra el asiento posterior del Ford gris por las manazas de Tim Connor, Bob intentó ver adónde le llevaban. Miró las calles desconocidas… ¡pero no lo eran tanto! Bob estuvo seguro de haber estado allí antes.

—En la manzana siguiente, Jed, por el segundo carril —le ordenó Tim a su hermano—. Sigue hasta detrás de la casa.

El coche gris aflojó la marcha. Bob se incorporó, con los ojos muy abiertos. Jed Connor acababa de guiar el auto hacia un lugar muy conocido. ¡Se hallaban en la mansión de John Crowe!

Jed frenó al llegar al jardín. Tim hizo saltar a Bob del vehículo y lo condujo hacia la puerta trasera. Tambaleándose, el joven detective parpadeó con incredulidad cuando los hermanos Connor le hicieron entrar en el despacho del escritor.

—Ah, ya estáis aquí —murmuró una voz muy suave.

El escritor se hallaba sentado delante de la radio, en un rincón. Pero no era él quien había hablado, ni a quien Bob miraba con incredulidad. De pie en el centro de la estancia, con un revólver en la mano, se hallaba el industrial japonés, Yamura, el cual le sonrió a Bob heladamente.

—Por favor, jovencito, siéntate en el sofá —le indicó—. Te llamas Andrews, ¿verdad?

—Usted…, usted… —se atragantó Bob—. ¿Qué quiere usted?

—Nada de preguntas —replicó Yamura. Sus ojillos negros chispearon con malicia—. He dicho que te sientes.

Miró a los hermanos Connor. Tim arrastró rudamente a Bob por la habitación, le empujó con fuerza hacia el sofá y le pegó en la cara. Bob chilló. El escritor se levantó furiosamente. Yamura le apuntó con el revólver.

—¡Vuelva a sentarse, por favor! Tiene que comprender que no se

trata de un juego, ¿eh? De este modo, todos seremos felices.

—¡No se saldrá con la suya! —tronó Crowe.

Sin embargo, ante la amenaza del revólver, volvió a sentarse.

—Muy bien —sonrió Yamura.

Cuidadosamente se quitó un hilito de su elegante traje.

De pronto, Bob se fijó en el rastro de sangre que había en la frente del escritor. No le habían capturado sin lucha.

—¡Usted está detrás de todo el misterio! —gritó Bob, mirando con desprecio al japonés.

—En el Japón —observó Yamura—, los chicos no gritan nunca.

—Pero Bob tiene razón —objetó Crowe, mirando fijamente a Yamura—. Usted nos ha espiado, ha rondado por todas partes, y los hermanos Connor están a su servicio. ¡Debían iniciar el tumulto del muelle y estuvieron saboteando la plataforma!

Tim y Jed sonrieron, como reconociendo la certeza de las acusaciones del escritor. Pero una dura mirada de Yamura les impidió hablar.

—¡Seguro que usted va detrás de ese submarino! —exclamó Bob —. ¡Y no quiere que nadie lo sepa! ¡Por eso desea que termine la protesta y ha enviado varias veces a un submarinista polizón debajo del barco del señor Crowe!

Yamura contempló a sus cautivos.

—Es lo que temía. Vosotros sabéis demasiado.

—Quizá sería mejor quitarlos de en medio —sugirió Jed Connor.

—No, los necesitamos —negó Yamura. Sus ojillos brillaron peligrosamente al fijarse en Bob y el escritor—. Haréis lo que yo ordene. De este modo no os pasará nada… malo. Os soltaremos cuando terminéis el trabajo. Y para que sepáis que esto es muy serio, os explicaré lo que haremos, ¿eh?

El industrial japonés reanudó su paseo.

—Escuchando por esa ventana, me enteré de que vuestros dos amigos vieron a mi submarinista debajo del barco. Y sé que estaban esperando su regreso. Bien, de pronto llegó el huracán. Tal vez se hubiesen hundido o hubiesen perdido de vista al escafandrista. Una desdicha. Eso fue lo que pensé.

Bob pareció intrigado.

—Bueno, ante todo, ¿por qué tenía usted que espiarnos?

—¡Nada de preguntas! —rugió Yamura sin dejar de pasearse—.

Pero esta mañana mis ayudantes sintonizaron la radio del *Viento del Mar* y se enteraron de que los dos amigos vuestros se habían salvado… ¡y que estaban enterados de lo del submarino! El gordinflón te ordenó a ti, mequetrefe, buscar en la biblioteca alguna información sobre ese submarino. ¡Y añadió que pensaban sumergirse en busca del barco hundido! Ah, pero eso no me gusta.

Tim Connor se echó a reír.

—Claro, Yamura no quería que nadie conociese la historia del submarino y por esto me envió a vigilarte, amiguito, y a atraparte en la biblioteca si ello era posible.

—Deja de hablar —ordenole Yamura a Tim con sequedad. Volvió a dirigirse a Bob y al escritor—. Y ahora estamos aquí por tres motivos, ¿de acuerdo? Uno: tal vez vosotros le hayáis contado a los guardacostas lo que hacen vuestros amigos, cosa que no me gustaría. Dos: quiero saber qué sucede en la plataforma. Tres: no quiero que tú, muchacho, les cuentes a tus amigos de la plataforma lo que has averiguado en la biblioteca. Tienes que decirles lo que yo te ordene, ¿de acuerdo?

Yamura dejó de pasearse para mirar a sus prisioneros con ferocidad.

—Si me obedecéis, pronto estaréis en libertad.

Bob y Crowe no respondieron. Se limitaron a consultarse con la mirada y finalmente el escritor asintió lentamente. No les quedaba más remedio que obedecer a Yamura… al menos por el momento.

Bob miró fijamente al japonés.

—¿Qué tiene ese submarino de valioso? —quiso saber.

—¡Nada de preguntas! —replicó Yamura, con el rostro de color granate.

En aquel momento se oyó una serie de chasquidos por la radio y la voz de Jupiter resonó en la habitación.

—¡El *Viento del Mar* llamando al señor Crowe! ¿Está usted ahí, señor Crowe?

Yamura le hizo un gesto al escritor, advirtiéndole respecto a lo que iba a responder. Crowe volvióse hacia el micrófono.

—Aquí Crowe, *Viento del Mar*. ¿Qué ocurre, Jupiter?

—Hemos intentado reparar el barco —informó Jupiter—. Hemos bombeado el agua, pero las averías son demasiado importantes para regresar. El capitán Jasón asegura que al menos tardarán un día en

repararlo todo, o un poco más.

Yamura le pasó a Crowe una nota y el escritor la leyó.

—Opino que deberían traeros a tierra lo antes posible, Jupiter.

—Todavía no, señor Crowe —la voz del muchacho sonaba muy emocionada—. Creo que estamos muy cerca de la respuesta que buscamos. Tenemos que continuar en esta plataforma porque la hélice del barco está averiada. El capitán Jasón acaba de descubrir la causa. Alguien enganchó una red de acero con unos pesos en las palas de la hélice, y cuando aceleramos para volver al puerto, todas las palas se doblaron y una se rompió. Sí, alguien intentó hundir el barco, y creo saber quién fue.

Crowe miró a Yamura y éste asintió con la cabeza.

—¿Quién, Jupiter? —preguntó el escritor.

—Los hermanos Connor —repuso Jupiter coléricamente—. Fueron los últimos que estuvieron con nosotros cerca de la plataforma, y se nos aproximaron peligrosamente. Uno de ellos debió sumergirse y enganchó la red en nuestra hélice.

—¿No habría sido muy peligroso, Jupiter?

—Oh, ya lo creo, pero son escafandristas de mucha experiencia y nosotros marchábamos muy despacio. Ellos deben estar detrás de todo este asunto, y sabrán que hemos avistado al submarinista. Quizá nos escucharon por radio. No sé dónde se hallan ahora, señor Crowe, pero usted y Bob deben tener mucho cuidado.

—Oh, sí, claro que lo tendremos —aseguró Crowe.

—¿Ha vuelto Bob de la biblioteca? —inquirió Jupiter de repente.

Yamura negó con la cabeza.

—No… todavía no, Jupiter —dijo el escritor por el micrófono.

—Tarda mucho —se quejó Jupiter—. Tal vez haya encontrado algo. Dígale que llame tan pronto vuelva. El mar se está calmando muy deprisa. Probablemente nos sumergiremos después de almorzar.

Jupiter cortó la comunicación y el escritor hizo lo mismo. Después volvióse furioso hacia el japonés.

—¡Han intentado matarles!

Yamura se encogió de hombros.

—Ellos vieron al submarinista debajo del barco y aguardaron su retorno. Fue necesario pedir a los hermanos Connor que averiasen

el *Viento del Mar*.

Jed sonrió con orgullo.

—Oh, fue una inmersión excelente. Ni siquiera Tim estaba seguro de que lograse mi propósito. Sí, corrí un gran riesgo al acercarme a la hélice con aquel mar tan agitado, pero a veces es agradable correr riesgos, ¿verdad? Yamura ordenó averiar el barco… ¡Y lo conseguí!

El escritor miró a Jed con desprecio.

—¿Y ahora qué hacemos? —quiso saber luego.

—Dentro de una hora —volvió a hablar Yamura—, el muchacho Andrews llamará a la plataforma, diciendo que no ha hallado ninguna información sobre el submarino. Ninguna historia pasada, ni nada de nada por ahora.

* * *

Las horas fueron transcurriendo. Yamura le hizo una señal a Bob. El joven detective, muy a regañadientes, se acercó al micrófono. Había intentado desesperadamente de hallar un medio de enviar a Jupiter un mensaje en clave, pero no se le había ocurrido ninguno.

—Bob Andrews llamando al *Viento del Mar*. Contesten. Bob Andrews llamando al *Viento del Mar*.

Por el altavoz llegó la voz de Pete.

—Aquí Pete, Bob. Jupiter está abajo con el señor MacGruder, examinando el equipo de inmersión. ¿Qué has descubierto en la biblioteca?

Bob consultó con Yamura.

—Nada, Pete. No descubrí absolutamente nada que no supiésemos ya.

—Caramba —exclamó Pete con preocupación—, estábamos seguros de que habría algo sobre ese submarino, y que alguien lo había visto o encontrado. Aguarda, que ahora sube Jupiter.

Sonó la voz del gordo investigador.

—¿Nada, Bob? ¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro.

Bob luchó por mantener la voz serena.

—… Bien, ¿y respecto al submarino de la segunda guerra

mundial? ¿No hallaste nada?

—Sí —repuso rápidamente Bob.

De súbito, había sabido cómo podía advertir a Jupiter de que algo malo sucedía.

—¿Y qué encontraste? —exigió Jupiter con impaciencia.

—Oh, nada nuevo.

—¿Ninguna duda respecto a la huida del submarino? ¿Nada relativo a un tesoro? ¿Ni sobre un segundo submarino?

—No, nada.

—¿Y dices que no hay nada referente a haberse descubierto últimamente un submarino hundido en el Arrecife del Tiburón? —insistió Jupiter.

—Exacto.

Bob contuvo la respiración, esperando que Yamura no hubiese notado nada raro en esta conversación.

Jupiter volvió a hablar, pareciendo muy desanimado.

—Si nadie sabía que el submarino está en el arrecife, nadie pudo sumergirse en su busca. Bien, supongo que estábamos equivocados.

En el despacho, Yamura y los hermanos Connor sonrieron.

—Pero —exclamó de pronto Jupiter— estoy convencido de que el escafandrista no es ningún contrabandista ni saboteador. No ha estado nunca en la plataforma, y por algún motivo estudió las cartas de las islas y los arrecifes. Bien, de todos modos nos sumergiremos en busca del submarino.

Bob sonrió.

—¡Bravo, Jupe! ¡Adelante!

—Llamaremos tan pronto hayamos terminado.

La radio enmudeció y Yamura miró a Bob amenazadoramente.

El tercer investigador sintió que el corazón le daba un salto en el pecho. ¿Se habría dado cuenta Yamura del truco?

—De modo que se sumergirán, ¿eh? —tronó el industrial japonés—. Entonces, aguardaremos hasta saber qué han encontrado. Tal vez esto nos convenga, puesto que habrán trabajado para nosotros.

La expresión de Yamura cambió y su rostro se ensanchó en una sonrisa. Bob comprendió que estaba salvado. ¡Con tal que Jupe hubiese comprendido su mensaje secreto!

CAPÍTULO 18

El secreto del Arrecife de los Tiburones

En la plataforma, Jupiter arrugó la frente en tanto él y Pete salían de la sala del radiotelegrafista y cruzaban la cubierta para ir abajo.

—¿No captaste nada extraño en la voz de Bob? —preguntó Jupiter.

Los obreros ya habían levantado el brazo giratorio caído, arrojándolo al mar. Ahora estaban atareados restaurando el orden en la cubierta superior, que se balanceaba suavemente impulsada por el oleaje, cada vez más templado.

—Sí, sonaba apagada —asintió Pete—. Supongo que estaba triste por no haber averiguado nada en la biblioteca.

—Quizá… Pero es raro que nosotros tuviésemos que extraerle la información a retazos. ¡No dijo nada voluntariamente! De ordinario, charla por los codos cuando informa de algo.

—Sí, pero de ordinario tiene mucho que informar —observó Pete—. Creo que estaba sólo desanimado.

—Tienes razón —concedió Jupiter.

Habían llegado ya a la cubierta inferior, y Jupiter tenía otras cosas en qué pensar, para ensimismarse demasiado en la extraña y monosilábica conversación de Bob. Los dos amigos hallaron a MacGruder ocupado con un equipo de escafandrista. El encargado de la compañía petrolífera levantó la vista al oírles.

—Todo está listo para la inmersión —anunció—. ¿Qué ha averiguado Bob?

—Nada —repuso Pete.

—Pero —agregó Jupiter— estoy convencido de que ese submarino es la clave de todo. Creo que lo mejor será descender a investigar.

—Está bien —accedió MacGruder.

Después de la pausa del almuerzo y otro rato aguardando a que

el mar se calmara un poco más, subieron el equipo escafandrista a la cubierta superior.

—Como el *Viento del Mar* no está en condiciones de navegar —dijo MacGruder—, sólo podemos contar con la barca del escafandrista de aquí. Por suerte, tiene sus propias *serviolas* puesto que la grúa no funciona.

Jupiter parpadeó al ver la lancha motora fuera borda que colgaba de unas *serviolas* al borde de la cubierta. Larga y elegante, parecía una canoa comparada con otras barcas.

—Para estar seguros harán falta tres escafandristas, y un hombre que maneje la barca mientras descendemos —decidió MacGruder—. Pete es un escafandrista experimentado, y yo haré que uno de nuestros escafandristas baje con él y conmigo. Jupiter puede cuidarse de la lancha.

Jupiter examinó la pequeña embarcación, y después estudió el mar todavía bastante agitado.

—Creo que… creo que —tartamudeó con nerviosismo—, que el capitán Jasón podría cuidarse de la lancha mucho mejor que yo, y como no soy un escafandrista experimentado, tal vez debería quedarme en la plataforma.

Pete sonrió maliciosamente.

—Estás un poco verde, Jupe.

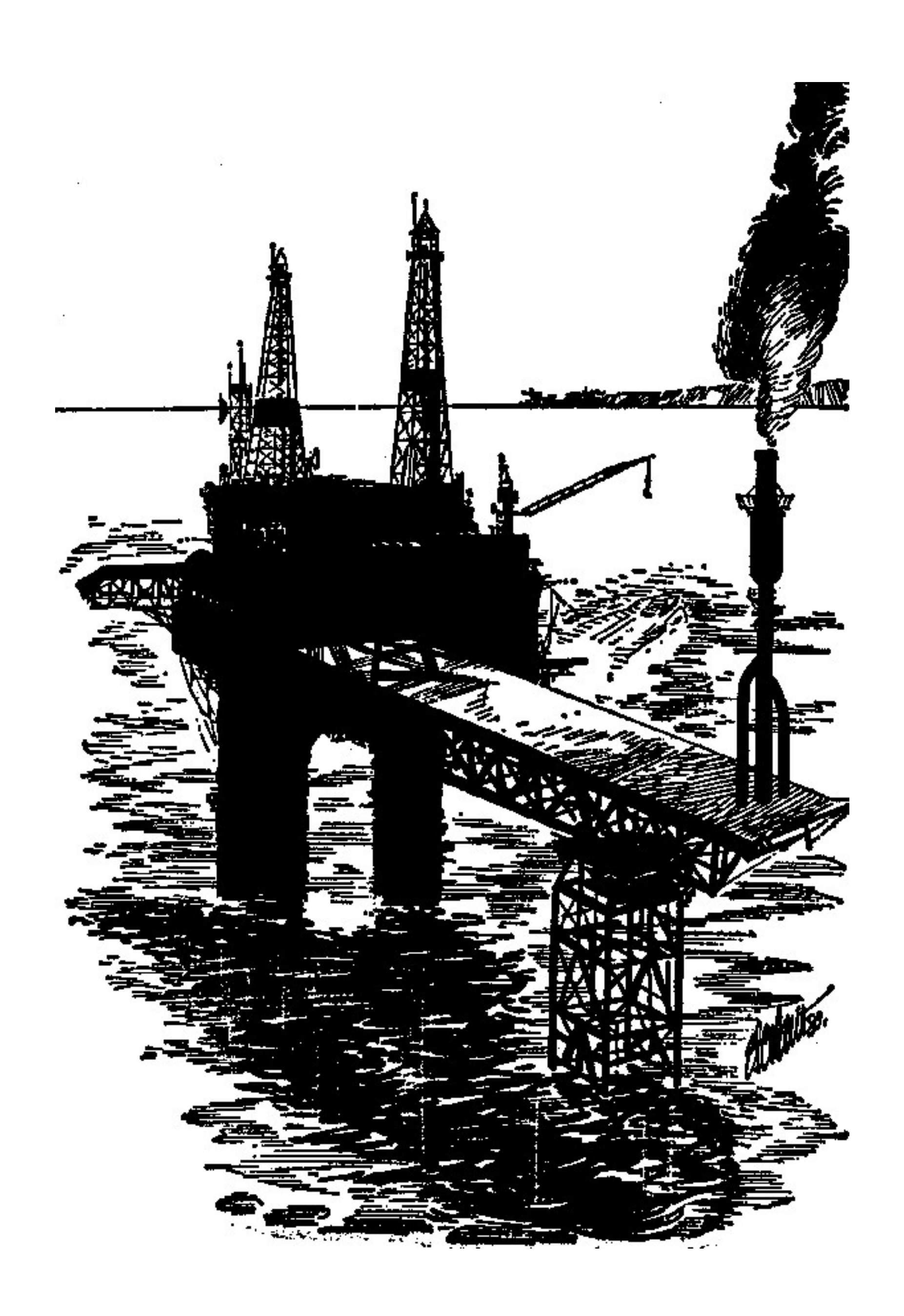
—Tienes razón, Jupiter —consintió MacGruder seriamente, aunque disimulando una sonrisa—. Es mejor que tú te quedes cerca de la radio por si tu amigo Bob radia alguna noticia importante.

—¡Además —rió Pete—, con lo gordo que está, Jupiter podría hacer zozobrar la lancha!

El orondo primer investigador lanzó una mirada de enojo en dirección del travieso Pete, y MacGruder fue en busca del capitán Jasón.

Cuando volvieron ambos hombres, los tres encafandristas ya estaban debidamente vestidos para la inmersión, listos con todo el equipo. El escafandrista de la compañía petrolífera, Samuels, colocó unos tanques extras y una bolsa llena de herramientas en la lancha, y los obreros de la plataforma la arriaron al agua. La embarcación se balanceó y cabeceó fuertemente mientras los cuatro hombres se deslizaban por las cuerdas y ocupaban sus lugares respectivos. El capitán Jasón puso en marcha el motor y la lancha se apartó de la

plataforma a gran velocidad.



Pete estaba sentado en la proa de la pequeña embarcación que cortaba magníficamente el oleaje. MacGruder estaba detrás del muchacho, y puso rumbo hacia el arrecife sirviéndose de la isla de Santa Cruz y la plataforma como referencias.

—Jupiter y yo calculamos que la distancia hasta el submarino hundido es de algo menos de un kilómetro —dijo poco después MacGruder—. Y Jupe observó que el submarino estaba en línea recta entre la plataforma y ese promontorio que está cerca de una pequeña cueva de la isla de Santa Cruz. Según las cartas marinas, esto sitúa al submarino exactamente en el reborde sur del Arrecife del Tiburón.

—La tormenta puede haberlo hecho, derivar —observó atinadamente Pete.

—Lo mejor que podemos hacer es anclar junto al arrecife y registrar toda la zona —sugirió Samuels—. De esta manera podremos movernos fácilmente desde la superficie hasta aguas más profundas.

Todos se mostraron de acuerdo. La lancha cubrió la distancia rápidamente. Pete observó un cambio súbito en el mar al aproximarse al arrecife. El turbulento oleaje daba paso a unas olas mejor formadas, que se rompían a unos centenares de metros de distancia.

—Estamos en el arrecife —anunció el capitán Jasón—. Se eleva rápidamente y por ahí casi aflora ya a la superficie. Señaladme un sitio exacto.

MacGruder y Pete establecieron una línea entre la plataforma y el promontorio de la isla de Santa Cruz, y el capitán dejó caer el anda. Había menos de seis metros de profundidad. Samuels abrió la bolsa que llevaba y extrajo tres arpones de pesca submarina.

—¡Los tiburones! —se asustó Pete—. ¡Los había olvidado!

—Sí, hay tiburones en ese arrecife —explicó MacGruder—, pero no más que en todas las costas oceánicas. La mayoría no son realmente peligrosos. Los peores tiburones suelen aparecer en alta mar, aunque siempre es prudente estar preparado.

—Oh, claro —asintió Pete—. Ya me he sumergido otras veces por los arrecifes.

—Excelente —aprobó MacGruder—. Todos estaremos juntos. Si ves algún tiburón, sitúate detrás de mí o de Samuels y no hagas el

menor movimiento. Lo peor es coger pánico. La mayoría de tiburones no nos molestarán en absoluto.

Descendieron con lentitud. La turbulencia se fue calmando con la profundidad. Los tres escafandristas llevaban puestos los tanques de aire, insertados los tubos en sus máscaras.

El agua estaba todavía sucia por el lodo levantado por el huracán. Pete distinguió, no obstante, los bordes rocosos del arrecife, donde nadaban centenares de pececillos, por entre las innumerables grietas. Los submarinistas nadaban a largas brazadas, abriéndose camino hacia abajo, a medida que el arrecife se inclinaba en pendiente hacia el sur, o sea, hacia la plataforma.

Con la profundidad, el agua fue aclarándose, ¡y Pete divisó el primer tiburón! Era pequeño y negruzco, y nadaba lentamente cerca del fondo, a menos de quince metros al frente. MacGruder tocó a Pete, sonriendo a través de la máscara y sacudió la cabeza. Pete entendió el mensaje: no era un tiburón peligroso. El escualo no tardó en desaparecer de su vista.

Los submarinistas continuaron nadando, tanto a la derecha como a la izquierda, descendiendo más, y registrando el agua clara en busca del submarino. Vieron muchos más peces, ya solos, ya en bancos pequeños, y Pete avistó tres hermosas langostas. MacGruder le indicó una tortuga con su concha, renqueando por una roca. Unas ostras gigantescas se movían en zigzag, y unos cangrejos caminaban de lado por el borde del rocoso arrecife. Por todas partes había algas marinas, como una densa jungla, balanceándose al impulso de las corrientes marinas.

¡Y de repente lo vieron!

¡Samuels lo señaló con su arpón!

Una enorme masa negra se destacaba entre el agua. Estaba cubierta de algas y animalillos marinos, y el cañón de cubierta se hallaba muy oxidado y lleno de percebes. El viejo submarino yacía casi en pie, con la torreta apuntando hacia la superficie lejana y apenas iluminada.

MacGruder les indicó a los otros con el gesto que se acercasen más. Al hacerlo, vieron un agujero en el lado del casco a unos metros detrás de la torreta. Era un agujero lo bastante grande para dejar pasar a dos hombres, con los bordes corroídos y erosionados por los largos años de oxidación y la acción de la arena

transportada por la corriente submarina. Los escafandristas avanzaron lentamente, y Pete divisó algo más.

La proa del submarino, con sus aberturas para el lanzamiento de los torpedos, apuntaba hacia arriba, como si al cabo de tantos años el submarino estuviese a punto de volver a zarpar. Pete comprendió que la ilusión del movimiento la causaba el hecho de que la proa estuviese a un par de metros sobre el fondo del mar. ¡No tocaba en absoluto el arrecife!

MacGruder indicó la superficie del agua. Tomó su tanque de aire, ascendió bruscamente y volvió a descender. ¡Pete había comprendido!

La proa del submarino no tocaba el fondo rocoso porque dentro había aire. Los compartimientos delanteros todavía estaban herméticamente cerrados, en un desesperado esfuerzo efectuado por la tripulación que estaba a proa cuando el submarino tropezó con el arrecife. Los marineros habían conseguido cerrar algunas portillas de proa. El aire atrapado dentro le había otorgado al submarino, empujado por la violenta fuerza del primer huracán que azotaba aquel arrecife después de muchos años.

Los tres submarinistas contemplaron la elevada proa, que se balanceaba suavemente por las corrientes submarinas.

¡Y de pronto oyeron el ruido!

Un ruido débil pero claro, que se propagaba a través de las profundas aguas, como un martilleo metálico.

Era un sonido bajo pero bien definido, el golpeteo de metal sobre metal, y los arañazos de metal contra metal. El ruido parecía provenir del submarino.

Los tres submarinistas se consultaron con la mirada. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos por la incredulidad y el terror. ¿Era posible que alguien viviese aún dentro de aquel submarino, hundido tantos años atrás?

El macabro ruido continuaba. Cada vez más fuerte, cambiando desde unos golpes hasta unos porrazos de un objeto metálico contra otro metal más pesado. El ruido se propagaba por el agua como un fúnebre eco.

Pete giró sobre sí mismo. El sonido no provenía de la proa del submarino, sino de la inundada popa… del agujero de la parte trasera, donde el agua y los peces entraban y salían a través de una

cortina de algas.

Pete les hizo unas señas frenéticas a sus acompañantes. No era un ruido procedente de un monstruo o de un fantasma que habitara el submarino. ¡Había alguien dentro de la parte inundada de la embarcación!

MacGruder y Samuels asintieron al gesto de Pete, y nadaron hacia la popa del barco.

En aquel instante una forma oscura salió nadando por el enorme boquete: era un escafandrista con máscara y tanque, que transportaba un container de metal tapado, del tamaño de un cubo muy grande… ¡y un arpón de cruel aspecto!

El escafandrista divisó a los otros.

Con un movimiento rápido, dio media vuelta y nadó hacia la cubierta del submarino hundido.

MacGruder se dispuso a seguirle, imitado por los demás.

¡Y entonces vieron al segundo tiburón!

Mayor que el primero, el gris tiburón apareció por encima del submarino en el mismo instante en que el escafandrista fugitivo llegaba a la cubierta. ¡El tiburón y el escafandrista nadaban directamente uno hacia el otro!

El submarinista dejó caer el container y apuntó su fusil submarino. El tiburón se desvió y dio un rodeo hacia aguas más profundas… ¡y de repente, retrocedió en un amplio arco!

Pete y sus compañeros se inmovilizaron cuando el tiburón avanzó hacia ellos. El submarinista desconocido no aguardó a que el escualo se acordase de él, y nadó por encima del submarino, desapareciendo por el lado contrario. El tiburón también se hundió hacia aguas más profundas, agitando su larga cola.

MacGruder y Samuels persiguieron al submarinista por encima del viejo submarino. Pete recogió el container y les siguió velozmente. ¡Y entonces, los tres compañeros vieron cómo el otro submarinista se metía en el vehículo submarino en forma de torpedo! ¡Era el polizón!

Nadaron lo más deprisa posible, pero el desconocido les llevaba bastante distancia y su *cazatiburones* era muy veloz. El vehículo desapareció en un torbellino de arena.

MacGruder y Samuels se detuvieron desalentados, y reanudaron su avance muy despacio. MacGruder movió la cabeza, hizo ademán

de encogerse de hombros y señaló la superficie.

Pete asintió y sonrió. Sostenía el container de metal. Detrás de su máscara, sus pupilas brillaban en triunfo. ¡Estaba seguro de que dentro de aquel container se ocultaba el secreto del Arrecife del Tiburón!

CAPÍTULO 19

Un tesoro extraño

Los tres escafandristas subieron a la superficie y agitaron las manos en dirección al capitán Jasón que se hallaba en la distante lancha motora. El barbudo capitán izó el ancla, puso en marcha el motor y se aproximó rápidamente hacia ellos. Los tres treparon a bordo y se apresuraron a despojarse de sus equipos de inmersión. Pete volvió a apoderarse del container.

—¡Veamos qué es lo que ese escafandrista deseaba tanto! —exclamó.

—Aún no, Pete —le detuvo MacGruder, registrando con la mirada la superficie del mar—. Ese submarinista del cazatiburones puede volver en cualquier momento, y esta lancha posee una quilla de acero para poder sumergirse entre las rocas. Si Jupiter está en lo cierto y el polizón se engancha magnéticamente, podría navegar a la plataforma con nosotros. ¡Vamos, adelante!

El capitán Jasón puso la lancha a toda velocidad y la motora avanzó velozmente. Ahora iban contra el oleaje, por lo que corrían mucho menos, aunque las olas no barrían la proa. Pete estaba impaciente, sin soltar el container, mirando anhelante hacia la plataforma.

Por fin llegaron al desembarcadero, donde el *Viento del Mar* estaba amarrado para ser reparado prontamente. Dejando a Samuels que asegurase la lancha motora, los otros treparon hasta la cubierta superior por la estrecha escalerilla metálica. Jupiter les aguardaba allí, con unos prismáticos en sus manos.

—¿Qué es este container, Pete? —exclamó al instante—. ¡Os vi por estos prismáticos y vi ese objeto!

—Aún no lo sabemos, Jupe —replicó Pete.

—¡Pues ábrelo! —le ordenó Jupiter.

MacGruder y el capitán Jasón rodearon a Pete mientras éste

levantaba la pesada tapa del container. El muchacho metió dentro la mano y sacó una pequeña caja de acero, muy corroída y cubierta de algas y percebes, pero intacta y bien cerrada.

—Tiene algunas marcas —observó MacGruder.

Pete sacó su cuchillo de submarinista y quitó todo lo que se había incrustado con el paso de los años. La caja había estado pintada de negro, pero faltaba casi toda la pintura, y allí donde rascaba Pete asomaba el gris del acero. Grabado en el metal se veían unos caracteres japoneses y un extraño emblema.

—¡Éste es el emblema de la Armada Imperial japonesa! —anunció el capitán Jasón—. Esa caja debió pertenecer al comandante del submarino. ¡Seguramente contiene documentos oficiales!

Pete rompió la cerradura y abrió la caja. En su interior halló un grueso paquete envuelto en papel parafinado y bien atado. No había agua en la caja, y el papel se hallaba en buen estado.

—Esta caja es hermética. El capitán japonés debió sellarla —opinó el capitán Jasón.

Pete cortó los gruesos cordeles, que más parecían de tripa que de esparto, y desenvolvió el paquete. Acto seguido, mostró una libreta de notas con la tapa de lona y el mismo emblema estampado, junto con otros caracteres japoneses.

—¡Es el diario de a bordo del submarino! —adivinó el encargado de la compañía petrolífera.

Pete abrió la libreta. De pronto, su expresión se ensombreció.

—¡Está escrito en japonés! —gimió. Jupiter se mordió el labio interior.

—Claro, es comprensible. Tendremos que llevar esa libreta rápidamente a tierra. Quizás el jardinero del señor Crowe lo entienda. ¿Hay algo más en la caja?

Pete negó con la cabeza.

—¡Pero sí en el container! —exclamó MacGruder.

Metió la mano y sacó un grueso anillo de oro. Llevaba grabadas dos hojas entrecruzadas y más caracteres japoneses, rodeados por una gran gema roja.

—Seguro que es un rubí —afirmó MacGruder—, y es un anillo de caballero. Parece muy antiguo. Mucho más antiguo que la segunda guerra mundial. ¿Veis lo gastadas que están esas hojas

doradas?

Todos contemplaron en silencio el anillo y el diario de a bordo. Pete fue quien resumió radicalmente el pensamiento general.

—No es ningún tesoro…

—Pero es lo que buscaba el submarinista —replico Jupiter.

—Y se tomó muchas molestias para conseguirlo —añadió MacGruder.

—A menos —objetó el capitán Jasón— que cogiese esos objetos para demostrar que había estado abajo, o en calidad de recuerdos de su aventura, y el verdadero tesoro todavía esté en el submarino.

Jupiter sacudió negativamente la cabeza.

—No, no creo que cogiese la caja y el anillo al azar, o los encontrase por casualidad. Debía saber exactamente lo que buscaba y dónde hallarlo. En realidad, yo diría que alguien del submarino llevaba ese anillo y que el submarinista se lo quitó al esqueleto.

—Entonces —gritó Pete— quizá la libreta y el anillo sean las pistas que conducen al verdadero tesoro.

—Es muy posible —convino MacGruder—. Jupiter tiene razón. Tenemos que trasladar todo eso a tierra inmediatamente. Será mejor avisar por radio al señor Crowe y a Bob.

—Tendremos que utilizar la lancha motora —dijo Pete—. Hay que avisar a Samuels para que no la ice a bordo —sonrió el muchacho—. Bueno, si Jupiter se arriesga esta vez a navegar en la lancha.

El aludido tragó saliva, pero su mofletudo rostro expresó una firme determinación.

—¡Al menos —dijo— no tendré que descender por una cuerda para acomodarme en ella!

Riendo, todos se apresuraron hacia la sala del radiotelegrafista.

Bob continuaba sentado en el sofá del despacho de John Crowe. Éste se hallaba medio tumbado en la silla de la consola y Yamura se paseaba arriba y abajo. Los hermanos Connor bostezaban a causa de la larga espera.

—¡El *Viento del Mar* llamando al señor Crowe! ¡Conteste, señor Crowe!

Yamura dejó de pasear, Tim y Jed se despertaron rápidamente, y

Bob y Crowe contemplaron el aparato de radio. Yamura le hizo al escritor un gesto áspero para que respondiese a la llamada.

—Crowe al habla. ¿Eres tú, Jupiter?

—Sí, señor Crowe —repuso el primer investigador—. ¡Regresamos!

Desde la distante plataforma, Jupiter continuó explicando lo que habían encontrado en la inmersión.

—El escafandrista debió resguardarse de la tormenta en la isla de Santa Cruz, y aún sigue allí, pero pienso que nosotros tenemos lo que buscaba. Venga, por favor, al puerto y traiga a Torao.

El escritor miró a Yamura, el cual asintió.

—Torao no tiene que venir hoy a trabajar —repuso Crowe, en tanto Yamura le observaba fijamente—, pero iré a buscarle a la pensión donde vive ahora y haré que me acompañe.

—Bien, señor Crowe. Ahora corto. ¡Vamos a dejar inmediatamente la plataforma a bordo de una lancha motora!

La radio calló. El escritor se mordió los labios y de repente se inclinó de nuevo hacia el micrófono. Yamura le apuntó con el revólver.

—No, por favor —dijo fríamente el japonés.

—¡Señor Crowe! —chilló Bob.

—¡A callar! —intervino Jed Connor, tapando la boca de Bob con la mano.

El escritor dejóse caer lentamente en su silla. Yamura hizo una seña a Tim Connor.

—¡Átalos!

Los hermanos Connor ataron y amordazaron a los cautivos en unas sillas alejadas de la radio, y los tres malvados abandonaron la estancia. Poco después, un coche se alejó del lugar a endiablada velocidad, en dirección al puerto.

Bob luchó para desatarse, pero los hermanos Connor eran expertos en muchas cosas. Los ojos del muchacho le suplicaron a Crowe que hiciera algo…

El escritor miró hacia la radio. Intentó arrastrar su silla por el suelo, pero no pudo moverla. Después, la volcó, cayendo él de costado, y trató de avanzar centímetro a centímetro. Tampoco pudo. Intentó volver a enderezarse. Imposible… Y se quedó tumbado, incapaz de moverse ni hacer nada.

* * *

Pete y Jupiter agitaron las manos cuando la lancha motora se separó de la plataforma del Arrecife de los Tiburones. Pete guiaba la excelente embarcación por entre el poderoso oleaje. Jupiter estaba ligeramente asustado. Cuando Pete puso proa directamente hacia el extremo oriental de la isla de Santa Cruz, donde doblarían en dirección al puerto, empezó a hablar.

—Jupe… Creo que tienes razón en lo tocante a que el cuaderno y el anillo son las pistas del verdadero tesoro escondido en alguna parte. Quizá se trate de barras de oro del tiempo de la guerra, y el capitán del submarino sabía dónde estaban…

—Es posible, Pete —asintió Jupiter, sintiéndose un poco mareado.

Los bandazos de la lancha le obligaban a agarrarse fuertemente a la borda.

—Sí, creo que ya tenemos la solución —continuó Pete, para que Jupiter no pensara en los movimientos de la ligera embarcación—. De lo contrario, ¿qué otra cosa pueden significar el anillo y el diario de a bordo?

—Bueno —replicó Jupiter con voz débil—, podrían significar algo personal, algo que no tenga nada que ver con un tesoro —su voz se afianzó al acalorarse con sus ideas—. En realidad, estuve reflexionando. El valor del diario de a bordo debe consistir en que cuenta lo que le sucedió al submarino. Y el anillo podría servir para identificar a alguien. De modo que tal vez el escafandrista busca la prueba de que en el submarino hundido había alguien, y la prueba asimismo de lo que ocurrió antes de hundirse.

Pete sonrió al escuchar la voz más firme de Jupiter. Se hallaban ya a medio camino de la punta de Santa Cruz y…

De pronto, el muchacho dio una vuelta súbita a la rueda, y la lancha se empinó peligrosamente, girando bruscamente a la derecha. Jupiter saltó hacia delante y se inclinó a tiempo de ver unos maderos flotantes que Pete acababa de evitar. Eran dos grandes troncos y un árbol entero derribados por el huracán.

—Nos hemos librado de milagro —comentó Pete, contemplando también los troncos—, pero tú te has recuperado de repente.

Era verdad. Jupiter había recuperado su color natural, y tenía los ojos muy alerta. La distracción de la charla y la emoción del presunto choque le habían hecho olvidar completamente a Jupiter su incipiente mareo. Pero estaba enojado.

—Desde que salimos de la plataforma estoy perfectamente bien —dijo con sequedad.

—Oh, seguro… —sonrió Pete.

Muy molesto, Jupiter contempló el extremo de la isla de Santa Cruz y la abertura que conducía al canal de Santa Bárbara.

Después, volvió la vista hacia la recortada costa de la isla, que iba quedando atrás. De pronto, miró a Pete.

Éste había palidecido.

—Sí, ya lo he notado. ¡Nos estamos retrasando mucho en la marcha!

—¿Se habrán enganchado algunas ramas del árbol en la quilla? —preguntó Jupiter.

—Echa una o… ojeada —tartamudeó Pete.

Jupiter no se movió durante unos instantes. Después se inclinó tanto como pudo para escudriñar debajo de la lancha. El mar estaba sucio, fangoso, a causa del huracán… ¡pero lo vio!

—Sí, está ahí, Pete —susurró—. Apenas lo distingo… es casi tan largo como la mitad de esta lancha, y está pegado hacia el centro… Es como un torpedo. ¡Es el *cazatiburones*!

Los dos amigos se contemplaron unos instantes, muy asustados.

—Ha debido engancharse cuando he refrenado la marcha para esquivar los maderos —comentó Jupiter—. Pete… ¡debía tenerlo planeado!

Estaban solos en una lancha a treinta kilómetros del continente, ¡con el submarinista a un par de metros más abajo!

—¡Puede subir en cualquier momento! —se horrorizó Jupiter.

—No, no mientras nos movamos —le tranquilizó Pete—. Yo podría girar velozmente y dejarle aquí sin su cazatiburones. No, tiene que esperar a que lleguemos a tierra, pero llevándole a él, la lancha pierde velocidad, y quizá no tendremos bastante gasolina para llegar a Santa Bárbara.

Se hallaban ya en la abertura entre las islas y Pete enfiló el abrigo del canal.

—Tendremos que dirigirnos al punto más cercano de tierra —

añadió—. Entre Santa Bárbara y Ventura.

Jupiter asintió y Pete volvió su atención a la embarcación, a fin de dirigirla por el ancho canal hacia la punta de tierra más próxima. De pronto, la lancha pareció ganar velocidad.

—¡Nos está ayudando! —gritó Pete—. Ha puesto en marcha su motor. No es mucho, pero nos ayuda.

—Porque vamos hacia donde quiere que vayamos —asintió Jupiter lentamente—, ¡lejos de Santa Bárbara y a un trecho desierto del litoral!

CAPÍTULO 20

La embarcación negra

Jupiter y Pete examinaron la desierta costa que se elevaba al frente. Estaban ya a menos de medio kilómetro de tierra, y podían divisar perfectamente los promontorios rocosos, las blanquecinas playas y un largo muelle petrolero que se adelantaba hacia el mar. Sólo se veían algunas casas diseminadas por los promontorios, y ninguna en las playas.

—Son las cinco —observó Pete—. ¿Dónde está la gente?

—Supongo que en casa —replicó Jupiter—. Todavía hace mala mar para nadar o practicar el esquí acuático.

—¡Nos dejará solos! —gritó Pete.

—No —objetó Jupiter—. La autopista 101 corre a lo largo de la costa, a menos de quince metros de distancia. Tan pronto como atraquemos, echaremos a correr hacia la autopista. A esta hora el tráfico es denso y él no se atreverá a cogernos el cuaderno y el anillo delante de otras personas.

Pete asintió reflexivamente.

—Llevaré la lancha hacia aquel muelle, donde veo un desembarcadero. Treparemos arriba y echaremos a correr. Allí habrá gente, seguro.

Los dos muchachos contemplaron en tensión la costa y el muelle. Adivinaban que dentro del agua, el escafandrista aguardaba también en tensión.

No tardaron en dejar atrás un pequeño cabo que se extendía hacia el oeste y la lancha empezó a deslizarse por aguas más tranquilas en dirección al muelle. Los brazos de las grúas se movían por todo el muelle, como aves gigantes inclinadas constantemente para beber o picotear y volver a elevarse. Pero no había ningún ser humano a la vista en toda la longitud del muelle, ni ningún coche estacionado en la unión del muelle con la tierra firme.

—Es gracioso —comentó Pete sin reír en absoluto—. Usualmente, siempre hay alguien en un muelle de petróleo, incluso después de las cinco de la tarde.

—No importa, Pete —le tranquilizó Jupiter—. La autopista 101 corre por detrás de aquella elevación de la playa.

La lancha motora continuaba su rumbo, y los dos amigos divisaron el desembarcadero directamente al frente. Pete mantuvo la lancha a toda velocidad hasta chocar casi con las piedras del muelle. De pronto, cerró la válvula, hizo girar la embarcación y la arrimó al desembarcadero con un topetazo.

—¡Saltemos! —gritó.

Abandonaron la lancha sin molestarse en amarrarla, y treparon por la escalera de madera, hasta lo alto del muelle. Al llegar arriba, Pete miró hacia atrás y se atragantó.

—¡Jupe!

El orondo investigador dio media vuelta. ¡La negra embarcación de los hermanos Connor se dirigía velozmente hacia el muelle!



Debía haberla ocultado el cabo, y había doblado la punta de tierra mientras los muchachos proyectaban sus próximos movimientos. Ahora podían distinguir a Jed Connor en la proa y a Tim al timón del puente descubierto… y a alguien más a su lado. Un hombre bajito, con traje negro y corbata.

—¡Es Yamura! —gritó Pete—. ¡Jupe, ellos pueden ayudarnos a atrapar al escafandrista!

—Tal vez —vaciló Jupiter.

La negra embarcación ya estaba muy próxima, avanzando aún a toda velocidad. La lancha motora de los muchachos había derivado lejos del desembarcadero, y se interponía al paso de la barcaza pesquera.

—¡No piensan detenerse! —advirtió Pete.

La negra embarcación chocó directamente con la lancha motora, la partió casi por la mitad y siguió adelante hacia el desembarcadero.

—¡Jed empuña una pistola! —avisó Jupiter—. ¡Corre, Pete!

Los dos amigos echaron a correr por el muelle hacia tierra. A sus espaldas oyeron agudos gritos, procedentes de la negra embarcación. Los muchachos continuaron corriendo sin detenerse a mirar hacia atrás.

—Ahora estoy seguro de que fueron los hermanos Connor los que estropearon la hélice del *Viento del Mar* —jadeó Jupiter sin aflojar la marcha—, y que Yamura es el culpable de todo. ¡Quiere apoderarse del cuaderno y el anillo! Fue él quien envió al submarinista del cazatiburones en su busca.

—¡Y ni siquiera les importa el submarinista! —comentó Pete, casi falto de aliento—. ¡Chocaron a propósito contra la lancha, sabiendo que el escafandrista todavía podía estar debajo!

—Sí, pero saben que el escafandrista no tiene el cuaderno ni el anillo —replicó Jupiter, abriendo mucho la boca para respirar hondo—. ¡Ahora comprendo por qué Bob habló por radio de forma tan extraña! ¡Intentaba avisarnos! Yamura y los dos hermanos Connor debían estar en el despacho del señor Crowe. ¡Y ahora, esos malvados saben que nosotros tenemos el cuaderno y el anillo!

Los dos amigos llegaron al final del muelle, siguieron corriendo por el trecho que quedaba entre la costa y la autopista 101, y se tambalearon al llegar al borde de la carretera de ocho carriles.

Allí se quedaron paralizados.

Eran más de las cinco, la hora de tráfico más denso, y la ancha autopista estaba completamente desierta, en ambas direcciones.

No había coches ni personas. Nada se movía hasta donde alcanzaba la vista. Silenciosa y desierta, la gran autopista podía pertenecer a un planeta destruido por una guerra nuclear.

* * *

En el despacho del señor Crowe, los dos prisioneros oyeron cómo frenaba un coche en el sendero enarenado. Inermes, escucharon las pisadas que se dirigían lentamente hacia la trasera de la casa. Eran los pasos de un hombre solo.

¿Yamura? ¿Uno de los hermanos Connor?

—¡John! —llamó una voz—. ¡John Crowe!

El interpelado luchó para deshacer los nudos y trató de dejar escapar un sonido, pero a través de la mordaza sólo surgieron unos vagos gruñidos. El silencio volvió a reinar fuera. ¿Se habría marchado el visitante?

—John, ¿qué diablos…?

El capitán Max Berg estaba de pie en el umbral del despacho.

Desató rápidamente a Crowe y después a Bob. El escritor se frotó los brazos y las piernas para devolver la circulación a sus venas.

—¿Qué haces aquí, Max? —preguntó roncamente Crowe libre.

Bob empezó a cojear por la estancia.

—MacGruder intentó contactar contigo por radio —explicó Berg —. Al no obtener respuesta, se imaginó que habrías salido al encuentro de esos dos muchachos, y llamó al servicio de guardacostas. Cuando le respondieron que no estabais en el puerto, y que los muchachos no habían llegado, les dijo que avisasen a la policía.

—¿No han llegado ni Jupiter ni Pete? —se alarmó Bob.

—No, ni hay rastro suyo en el canal.

—Yamura los ha capturado —sollozó Bob.

El escritor le explicó apresuradamente al capitán Berg todo lo ocurrido.

—Haré que mis muchachos busquen al momento a tus amigos —

le dijo a Bob—, y nosotros iremos a la comandancia de marina. Existe un gran problema —continuó el capitán con amargura—. La autopista 101 está completamente bloqueada. Se han producido deslizamientos de tierra, a causa del temporal, y se ha partido un puente en Ventura. ¡No es posible transitar en ninguna dirección por ese tramo de autopista!

* * *

Pete y Jupiter continuaban al borde de la desierta carretera. Su expresión era de tremenda incredulidad. Donde hubiesen debido embotellarse los coches, sólo había silencio.

—Jupe, el huracán habrá obstruido la autopista —gimió Pete—. ¡Me parece divisar montones de tierra y rocas hacia allí!

Hacia el oeste, muy lejos, toda una ladera de la montaña parecía haber caído a la autopista.

—Por esto no hay nadie en el muelle ni en las playas —asintió Jupiter amargamente—. Y esto significa que nadie podrá ayudarnos, Pete.

Podían oír ya unos pies que corrían por el muelle.

—¿Qué hacemos, Jupe?

—No conseguiremos llegar a aquellas casas del cabo antes de que Yamura y los hermanos Connor nos den alcance —calculó rápidamente Jupiter—, y las playas están demasiado abiertas. ¡No tenemos otra elección!

Al otro lado de la autopista, las escarpadas faldas de la montaña, cubiertas de chaparrales y manzanitas llegaban hasta el camino. Usualmente seca y rocosa, pero ahora mojada y embarrada, la montaña quedaba cortada por estrechos barrancos. Había uno que se abría directamente en frente.

—¡Nos internaremos por aquel barranco! —señaló Pete.

Atravesaron corriendo la desierta autopista y se internaban por el barranco cuando oyeron un agudo grito.

—¡Allí están!

Los hermanos Connor y Yamura también cruzaron la autopista. Jed llevaba un rifle, y Yamura empuñaba un revólver en su pequeña mano.

—¡Aprisa, Pete! —le urgió Jupiter.

Ambos investigadores se internaron por el barranco. Sus altas paredes se iban acercando, ocultando la luz del sol. Los muchachos iban tambaleándose a través de las densas sombras y resbalaban en el suelo fangoso.

El terreno no tardó en ser más rocoso, a medida que iban subiendo, y pudieron correr con más facilidad. El estrecho barranco daba vueltas y revueltas debajo de sus empinados muros, y a derecha e izquierda se abrían otros barrancos aún más angostos.

De pronto, el barranco por donde iban se bifurcó y los jóvenes detectives echaron ciegamente a correr por el ramal de la derecha. Fue una equivocación. Aquella bifurcación no tardó en terminar contra una pared altísima, y los muchachos perdieron unos momentos valiosísimos en retroceder por donde habían venido.

Faltos de respiración, Pete y Jupiter reanudaron su rápida marcha por el ramal de la izquierda. Oían ya los pasos de sus perseguidores a sus espaldas… que tropezaban y maldecían… pero se acercaban peligrosamente con gran tenacidad.

—¡De prisa, Jupe! —gritó Pete, mirando a su amigo, muy torpe en el ascenso del empinado sendero.

Jupiter no corría. Se había detenido y miraba más allá de Pete.

—¡Oh! —exclamó.

¡A menos de tres metros de distancia, un hombre que llevaba un traje negro de inmersión y una máscara de inmersión, les estaba apuntando con una pistola subacuática!

* * *

En la comandancia de marina, el escritor se paseaba nerviosamente, y Bob se hallaba junto a una ventana contemplando el ensombrecido mar. El teniente Jameson leía el último informe. Luego, movió la cabeza.

—Lo siento —masculló—, aún no hay el menor rastro de esos chicos.

—¿Dónde pueden estar? —tronó Crowe—. ¡A menos que los haya cazado Yamura!

—Tampoco se sabe nada de los hermanos Connor —prosiguió el

teniente; luego vaciló—. Pero a los hermanos Connor y al japonés los vieron zarpar del puerto hace unas dos horas.

Bob y el escritor no contestaron.

—Nuestro cúter está registrando el canal, y los helicópteros de la policía lo hacen por la costa y el canal —explicó el teniente—. No teman, los encontraremos.

—¡Con tal que no sea demasiado tarde! —se desesperó Bob.

CAPÍTULO 21

¡Capturados!

Pete y Jupiter se horrorizaron. ¡El submarinista polizón los había atrapado!

Los dos investigadores le miraron fijamente, pero sólo consiguieron divisar que era bajo y delgado. Su máscara y la caperuza del traje le ocultaban el rostro en las profundas sombras del barranco.

El submarinista hizo un gesto con su pistola subacuática. Deseaba que Pete y Jupiter se dirigiesen a un lado del barranco que apenas era más que un estrecho vericueto. Los investigadores vacilaron. El submarinista repitió el gesto con más energía.

—Está bien, hombre, está bien —murmuró Pete.

Ambos amigos se hundieron en las tinieblas del vericueto. El submarinista les obligó a avanzar más, hasta una aguda curva, y luego hasta un pequeño reborde. El desconocido les indicó entonces que se tumbasen en el suelo. El repecho daba a un barranco, y los dos muchachos comprendieron que estaban mirando el barranco que acababan de abandonar, ¡y casi el mismo lugar donde habían sido capturados! El submarinista se arrodilló a su lado y les indicó por señas que no se movieran. Los muchachos estaban intrigados, pero obedecieron al momento. Oían cómo Yamura y los hermanos Connor jadeaban y maldecían en el barranco. Por fin, surgieron directamente debajo del repecho… y se detuvieron. Sus voces se elevaron con gran claridad en el aire de la tarde.

—¿Para qué nos paramos? —preguntó Jed Connor.

—Algo marcha mal —repuso Yamura.

—¡Eh, vamos! ¡Les estamos aventajando! —le exhortó Tim.

—Antes les oíamos —razonó el japonés con voz aguda—. Ahora ya no.

—Esos barrancos gastan bromas a veces —gruñó Jed Connor—.

¡No pueden estar muy lejos! ¡Vamos!

Los perseguidores desaparecieron barranco arriba, yendo Yamura a la retaguardia, como hombre sumido en hondos pensamientos.

El submarinista empujó ligeramente a Jupiter y a Pete, señalándoles un estrecho sendero de la montaña que ascendía y después volvía a bajar hacia el océano. Los muchachos empezaron a resbalar nuevamente por el suelo fangoso, que bordeaba unos abismos peligrosos.

Al final llegaron a un promontorio. A la luz del atardecer pudieron divisar el canal, el muelle del petróleo, y la desierta autopista muy abajo. La negra embarcación del puente descubierto se balanceaba sola al extremo del muelle. De pronto apareció un helicóptero, que volaba muy bajo. El submarinista obligó a los dos investigadores a agacharse mucho. El helicóptero pasó muy bajo por encima de la embarcación de los hermanos Connor y desapareció hacia el oeste.

El submarinista indicó un amontonamiento rocoso en la cumbre del acantilado. Pete y Jupiter treparon hasta allí. Las rocas formaban un círculo, con ancha visión en todas direcciones, y un abrigo contra el viento. El submarinista empujó a Jupiter y a Pete hacia aquella especie de nicho, y se agachó frente a ellos. Entonces habló por primera vez.

—Aquí estaremos a salvo toda la noche, ¡y ahora devolvedme el anillo y el cuaderno!

* * *

El capitán Berg penetró en la comandancia de marina.

—Hemos descubierto la embarcación de los hermanos Connor —anunció.

Bob saltó de la butaca donde había estado reflexionando con amargura en tanto el crepúsculo se abatía sobre el mar y el puerto. El escritor y el teniente Jameson dejaron de conferenciar en voz baja y levantaron la vista hacia el policía.

—He recibido un informe de uno de los helicópteros —manifestó el teniente—. La embarcación está amarrada al extremo de un

muelle que se halla a unos veinte kilómetros al sudeste, entre Santa Bárbara y Ventura. Creo que no hay nadie a bordo, y el piloto no divisó rastros de ninguna lancha motora.

—¡Tenemos que correr allí! —proclamó Bob.

El capitán Berg negó con la cabeza.

—El piloto del helicóptero no ha visto a nadie en la zona. Ni en el muelle, ni en la autopista, ni en las casas de la comarca. Afirma que todo aquello está tan desierto que sería posible ver desde el aire un lagarto cruzando la carretera. Está seguro de que si por allí hay alguien, estará por la montaña.

—Y de noche es imposible localizar a nadie por esos montes —comprendió el escritor.

—Bien —asintió el teniente Jameson—, aguardaremos a mañana.

—¡Pero esos canallas tal vez tengan a Jupe y a Pete, y a esos objetos del submarino! —gritó Bob—. ¡Se quedarán con todo!

—No lo creo —objetó el capitán Berg—. La autopista está totalmente bloqueada, nosotros tenemos coches patrulla a cada extremo del sector bloqueado, y no hay otra salida por allí. De noche no irán muy lejos por las montañas, y la patrulla de caminos vigila la Ruta 33 al otro lado del monte.

—Yo cogeré el cúter —añadió el teniente Jameson—, y lo anclaré un poco separado de la costa, para que no puedan huir en su embarcación.

Tras una pausa, agregó:

—Bob y Crowe pueden dormir en el cúter. Y por la mañana atraparemos a esos granujas.

* * *

Dentro del círculo formado por las rocas, Pete y Jupiter entregaron a regañadientes el cuaderno y el anillo al desconocido submarinista. Luego, Pete miró al hombre con intensidad.

—¿Quién es usted? ¿Por qué no se quita la máscara?

—No hace falta, Pete —intervino Jupiter—. ¡Yo sé quién es!

—¿Quién es, Jupe?

—¡Torao, el jardinero del señor Crowe!

El submarinista se quitó la máscara. ¡Era, en efecto, Torao!

—¿Cuándo te lo figuraste, Jupiter? —preguntó sonriendo el joven jardinero japonés, y mirando al robusto jefe de los investigadores.

—Debí comprenderlo desde el principio —repuso Jupiter con tristeza—. Cuando el señor Crowe dijo que eras su «nuevo» jardinero, y estabas allí cuando aquel intruso se nos escabulló en el patio. Simplemente te escondiste, nos dejaste pasar buscándote, te quitaste el traje de submarinista y fingiste estar cuidando aquel arbusto. Nos mentiste al decir que habías visto a dos hombres, sólo para despistarnos. ¡Tú eras la persona que estuvo en el despacho del señor Crowe!

—Sí —admitió Torao—. Tenía que comprobar la agenda para enterarme del programa de protesta de los manifestantes, a fin de saber cuándo zarparía con el *Viento del Mar*, y también necesitaba estudiar las cartas de los arrecifes para saber dónde debía buscar el submarino.

—Y tú no trabajas para Yamura ni para los hermanos Connor —concluyó Jupiter—, ¡porque son enemigos tuyos!

El joven japonés asintió y tomó asiento dentro del círculo de rocas.

—Mi verdadero nombre es Torao Yamura. El señor Yamura es mi abuelo. ¡O se supone que lo es!

—¡Oye! —se asombró de pronto Pete—. ¿Qué le ha pasado a tu acento? ¡Si ahora hablas el inglés casi tan bien como nosotros!

—¡Mejor! —rió Jupiter.

Torao rió también.

—¿Os gustó mi fingido papel de japonés ignorante? He estudiado inglés desde los siete años, y estuve en una facultad de la Universidad de Los Ángeles, pero imaginé que la gente prestaría menos atención a un pobre jardinero que apenas sabía hablar inglés, y no entendía lo que le decían.

—¿Qué has querido decir —quiso saber Jupiter— con eso de que «se supone que Yamura es tu abuelo»?

—Todo el misterio reside en esto, Jupiter —afirmó Torao con amargura—. Mi bisabuelo fue un hombre ordinario que aprendió ingeniería y fundó una compañía petrolera y de productos químicos. Era rico y tuvo un solo hijo varón. Poco antes de estallar

la Segunda Guerra Mundial, sostuvieron una terrible disputa, y el hijo se marchó del hogar, tuvo algunos problemas e ingresó en la Armada Imperial. Se llamaba Shozo Yamura. Estuvo en la Armada toda la guerra, fue herido varias veces, y finalmente fue hecho prisionero. No volvió al Japón hasta 1946.

¡Se oyó un ruido en la montaña! Todos aguzaron el oído, pero no se repitió. Pete atisbó por encima de las rocas, pero no vio a nadie. Torao siguió con su relato.

—Mis bisabuelos y casi todos sus parientes murieron en el desastre de Hiroshima. Quedaron sólo algunos primos, pero Shozo era el único heredero, de modo que al regresar a casa se quedó con toda la fortuna y con la compañía.

—¡Pero —le interrumpió ávidamente Jupiter— tú no crees que fuese Shozo!

—Mi padre nunca lo creyó —afirmó Torao—. El hombre que regresó se parecía a Shozo Yamura, pero no exactamente. Estaba al corriente de muchos datos sobre nuestra familia, pero no de todos. Alegó que la ausencia de ocho años y sus heridas de guerra, que también hablan alterado algo su rostro, le habían ofuscado la memoria. Todos los recuerdos de Shozo, sus retratos, sus historiales clínicos, sus fichas dentales, todo quedó destruido en Hiroshima, y los archivos de la Armada aseguraban que el hombre que había regresado era Shozo. ¡Incluso sus huellas dactilares eran como las de las fichas!

—Las huellas dactilares no mienten, Torao —le advirtió Pete.

—Pero los mentirosos pueden apropiarse de huellas dactilares —objetó Jupiter—. Tu padre nació antes de la guerra, ¿verdad, Torao? ¿Antes de que Shozo se marchase de casa?

—Sí. Cuando Shozo se marchó, se casó con una pobre camarera y nació mi padre, pero en toda la guerra ninguno de los dos volvió a ver a Shozo. Naturalmente, mi padre era entonces demasiado joven para recordar al hombre que se fue. Mas nunca reconoció que el hombre que regresó fuese su padre… pues incluso le disgustó a primera vista. Su madre, o sea mi abuela, insinuó también que aquel Shozo era un impostor.

—¿Entonces, por qué no le denunciaron? —se interesó Jupiter.

—Su esposa, o sea mi madre, estaba aterrada. No podía probar nada y necesitaba que él se cuidase de ella y de su hijo, es decir, de

mí. Después de la guerra la vida era muy dura y escaseaba mucho la comida. Supongo que mi madre decidió que sería más seguro seguirle la corriente a aquel hombre. ¡Pero estaba equivocada!

Torao miró un instante al evanescente sol.

—¡El individuo que se hace llamar Shozo Yamura es un criminal! —prosiguió relatando el falso jardinero—. Es odiado en el Japón, y sospechoso de muchas actividades criminales. Ha obligado a todos nuestros parientes a dimitir de la compañía petrolífera y suponemos que se ha aprovechado de los beneficios, escondiéndolos para que no quede nada de la fortuna de los Yamura. Siempre ha vivido apartado de la familia, e incluso pudo asesinar a mi abuela, o sea su supuesta esposa, la cual falleció muy poco después de su regreso.

—Pero —preguntó Pete—, ¿qué fue de tu verdadero abuelo?

Torao mostró una expresión torva.

—Esto es lo que quiso descubrir mi padre al llegar a la edad adulta. Y averiguó que cuando Shozo se marchó de casa, entró a formar parte de una banda de delincuentes juveniles. El jefe de la banda, Hideo Gonda, era buscado por la policía, ¡y se alistó en la Armada junto con Shozo! Los dos hicieron juntos la instrucción, y cuando estalló la guerra fueron destinados a los submarinos. Gonda navegó mientras que Shozo fue enviado a tierra, a una comandancia de marina. El submarino donde iba Gonda se hizo a la mar a principios de 1942 y no volvió.

—¡Los dos amigos cambiaron de destino! —adivinó Jupiter—. Claro, fue Shozo el que navegó y se perdió, pero los de la Armada creyeron que era Gonda. Y así, como estaba en la comandancia y vio la oportunidad de escapar de su pasado y eventualmente a reclamar la fortuna de los Yamura, Gonda cambió todas las fichas, y llegó a imprimir sus huellas dactilares en algunos documentos de Shozo. ¡Y de esta manera adoptó la personalidad de Shozo Yamura!

Torao asintió con semblante apesadumbrado.

—En cierta ocasión —prosiguió narrando—, mi abuela le contó a mi padre lo heroico que era Shozo, y cuanto le gustaba el mar. ¡Debió sentirse muy fastidiado en la comandancia, lejos del bramido del océano!

—Entonces, el submarino que se hundió en el Arrecife del Tiburón es el barco en el que iba Gonda —observó Pete.

—En efecto —asintió Torao—. Conocíamos el número del submarino y que había navegado por la costa americana, aunque jamás supimos con seguridad dónde se había hundido. ¡Bueno, hasta hace un mes!

Torao hizo una pausa y continuó:

—Había una prueba segura contra el falso Yamura. Shozo llevaba un anillo de familia que el falso Yamura afirmaba haber perdido durante la guerra. Mi padre nunca se tragó ese cuento. Estaba seguro de que si Shozo había muerto, había muerto llevando el anillo. El mes pasado leí un artículo en un periódico de Tokio sobre unos submarinistas que había encontrado un viejo submarino hundido cerca de Santa Bárbara. Y vine aquí sin pérdida de tiempo.

—Entiendo —asintió Jupiter.

—Soy un buen escafandrista —prosiguió el joven japonés—, de manera que adquirí ese cazatiburones, y ya estaba a punto de alquilar un barco cuando mi padre me cablegrafió diciendo que Yamura se había enterado de lo del submarino y estaba en los Estados Unidos. Comprendí que tratara de impedir que encontrase las pruebas en su contra, por lo que procuré ocultarme y sumergirme en secreto. Leí lo de los manifestantes contra la nueva plataforma petrolífera, y me asaltó la idea de navegar debajo del *Viento del Mar*. Entré como jardinero a horas sueltas al servicio de señor Crowe para no estar demasiado a la vista, me sumergí secretamente y localicé el submarino el mismo día del huracán.

—Ya lo adiviné —le interrumpió Jupiter.

—Pero tuve que guarecerme en la isla de Santa Cruz. Cuando pasó la tormenta, volví a sumergirme. Hallé la cajita con el diario de a bordo, y el anillo. Estaba en un esqueleto bajito… En fin, había encontrado a mi abuelo.

Torao calló unos instantes, abismado en sus recuerdos.

—Pero cuando vosotros y aquel tiburón me hicisteis perder el container, me enfurecí. Yo llevaba una pequeña radio en tierra, y oí vuestros planes. Por esto, esperé debajo de aquellos troncos flotantes, los empujé al paso de la lancha, y lo demás ya lo sabéis. Pero el anillo y el cuaderno son mis pruebas y…

—¡Cuidado! —gritó Pete de improviso—. ¡Ahí abajo!

En el estrecho barranco que se veía debajo del acantilado, ardía una hoguera a la luz crepuscular. ¡Era una fogata para resguardarse

contra el frío nocturno!

—¡Debe de ser Yamura! —advirtió Pete—. Podemos huir por el otro…

—¡Un momento! —murmuró Jupiter—. ¡Allí hay otra hoguera!

El segundo fuego se veía al borde de la autopista en la dirección opuesta al primero.

—Tratan de engañarnos —susurró Torao—. No veo ninguna sombra en torno a esas hogueras. Han adivinado que les hemos despistado, ignoran dónde estamos y quieren que pensemos que podemos huir por la montaña. Probablemente nos están aguardando en ese barranco. Desean que hagamos nosotros el primer movimiento.

—¿Y qué haremos ahora? —se quejó Pete.

—Ellos no saben dónde estamos, de manera que mientras no nos movamos estaremos a salvo. Lo mejor será dormir un poco. Mañana podremos esquivarles a la luz del día… ¡y escapar!

CAPÍTULO 22

¡Los malvados son atrapados!

El amanecer llegó débilmente a través de los ojos de buey del cúter de la comandancia de marina. John Crowe despertó a Bob.

—Hemos de estar en tierra antes de que salga el sol —le advirtió el autor—, a fin de no ser vistos. El desayuno está listo.

Bob se vistió y lavó rápidamente y se apresuró hacia el comedor donde el escritor, el teniente Jameson y tres oficiales del servicio de guardacostas estaban ya comiendo pasteles y embutidos. Por las ventanillas de aquel comedor, Bob vio que el cúter estaba anclado cerca de un cabo.

—¿Dónde está la embarcación de los hermanos Connor? —preguntó.

—Amarrada a un muelle al otro lado del cabo —contestó el teniente Jameson—. Nosotros hemos anclado aquí para escondernos. Desembarcaremos en el cabo y avanzaremos hacia el muelle. De este modo nadie del muelle ni de la autopista o las montañas podrá vernos.

La lancha ya estaba a punto, y todos subieron a ella y navegaron hacia una pequeña playa del cabo. Ya en tierra, anduvieron rápidamente por entre los árboles.

* * *

Pete despertose entre las rocas del acantilado cuando el primer rayo de sol tiñó de escarlata el cielo por el este. Escuchó, pero no oyó más que el canto de los pájaros y los crujidos de los animales pequeños por entre la maleza.

—Jupe… —susurró—, Torao…

El joven japonés, siempre con sus prendas de inmersión, se

despertó al instante. Saludó a Pete con el gesto, se arrastró hasta el borde del círculo rocoso y miró a su alrededor cautelosamente.

Jupiter gruñó y trató de hundirse más en el suelo para seguir durmiendo. Pete se echó a reír en voz baja.

—No hay mejor cama que un suelo rocoso —comentó con sorna.

Jupiter entreabrió un ojo.

—Creo que tengo rotos todos los huesos de mi cuerpo —se quejó.

—Un buen desayuno lo solucionará —sonrió Pete—, si es que podemos desayunarnos.

—Para no hablar de almuerzo o cena —rezongó Jupiter, levantándose y desperezándose—. Lo único que me duele más que los huesos es mi estómago.

Torao regresó, siempre a rastras.

—No les veo por ninguna parte —anunció—. Quizás han renunciado a pescarnos.

—No —negó Pete mirando hacia el mar—. Su embarcación sigue en el muelle. ¡A lo mejor han dormido allí!

—Ojalá —exclamó Torao—. Pero tenemos que salir de aquí antes de que la luz penetre en los barrancos. La autopista continúa desierta, de modo que la mejor ruta será a través de las montañas hasta la autopista 33. Vosotros llevaréis el cuaderno y el anillo porque yo no tengo bolsillos.

—Yo esconderé el cuaderno debajo de la camisa —se ofreció Jupiter—. Que Pete lleve el anillo.

—Está bien, en marcha —ordenó Torao.

Treparon por las rocas y se apresuraron hacia la parte posterior del acantilado. ¡Desde abajo oyeron una voz!

En el fondo del estrecho barranco que bordeaba el acantilado, Yamura, que ya sabían que en realidad era Hideo Gonda, estaba gritando junto a una fogata humeante todavía.

—Nos entenderemos bien los dos, ¿verdad que sí?

Torao echó a correr por un estrecho sendero rocoso que descendía desde el acantilado, alejándose del barranco. Pete y Jupiter le siguieron apresuradamente. El sendero trazaba curvas alrededor del acantilado, yendo a parar a un barranco más ancho, para seguir descendiendo a través de un bosquecillo de robles añosos y muy copudos.

¡Jed Connor salió de entre los robles y cogió a Torao!

—¡Atrapado! —exclamó.

Pete y Jupiter dieron media vuelta para huir, pero Tim Connor les aguardaba sonriendo torvamente.

—¡Vaya, aquí están de nuevo los grandes detectives!

Empuñaba una pistola.

* * *

Bob se agazapó en la zanja que había al borde de la ancha y desierta autopista.

—¡Era Yamura! —les susurró a los otros, que le acompañaban en la zanja—. ¡Estaba gritándole algo a alguien en aquel barranco! ¡Deben de ser Pete y Jupiter!

—Sí, Yamura subió por ese barranco —dijo Crowe, mientras estudiaba la entrada de la estrecha abertura en la escarpada montaña—, pero no veo a los hermanos Connor.

—Echaremos un rápido vistazo —replicó el teniente Jameson.

Hizo una señal para que sus hombres avanzasen. Todos cruzaron la autopista corriendo y penetraron en el empinado barranco que se abría directamente frente al muelle del petróleo.

Medio agachados, avanzaron todos silenciosamente por el centro del barranco. El sol del amanecer no tocaba todavía las paredes escarpadas del angosto paso, por lo que el grupo tenía que caminar entre sombras. Bob señaló el suelo fangoso.

—¡Miren! Desde que terminó la tormenta ha pasado mucha gente por aquí. ¡Hay huellas de todas clases!

El teniente Jameson estudió el terreno.

—Al menos se ven cinco clases de huellas diferentes —dedujo.

—¡Pete y Jupiter —exclamó Bob— perseguidos por los otros tres!

Continuaron avanzando en la sombra del estrecho barranco. De pronto, John Crowe divisó la fogata.

—Humea todavía —comentó—. ¡No pueden estar muy lejos!

Después, oyeron unos gritos iracundos y unas sonoras carcajadas al frente. Se oyó asimismo el sonido distante de una breve pelea… y reinó nuevamente el silencio.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Crowe con visible inquietud.

—Sonaba como… —El teniente Jameson no terminó la frase.

—¡Como si hubiesen cogido a Jupiter y a Pete! —se acongojó Bob.

Crowe consultó al teniente Jameson con la mirada.

—Temo que sea así —admitió el escritor.

—¡Tenemos que salvarles! —proclamó Bob, echando a correr.

—¡Espera! —le ordenó el teniente Jameson—. Si intentamos atacarles, incluso si permitimos que Yamura y los otros sepan que estamos aquí, podrían… podrían hacer daño a esos muchachos.

El grupo de rescate se contempló entre sí totalmente desvalido. Si no actuaban pronto, Yamura y los hermanos Connor huirían. Y si intentaban detenerles, Pete y Jupiter podían correr un grave peligro…

—¡Oh, teniente! —exclamó Bob de repente—. ¡Tengo una idea!

* * *

Empujados por los hermanos Connor, los tres prisioneros empezaron a tambalearse por el empinado sendero hasta que llegaron al barranco, en el mismo lugar donde Torao había salvado a los muchachos la noche anterior. El joven japonés estaba apesadumbrado.

—Lo siento, amigos —exclamó con amargura—, debí comprender que se trataba de un truco. Gonda gritó para obligarnos a huir por el lado contrario, donde nos esperaban esos canallas.

—Ah, al fin lo has comprendido, ¿eh? —gritó otra voz.

Yamura-Gonda surgió de entre las sombras. Sonrió al ver a Torao.

—¿Un truco? ¡Eres un estúpido! Los Yamura nunca fuisteis muy listos, ¿eh? Shozo era un patriota… ¡un imbécil! Quiso navegar para ahogarse. La tierra y un despacho son mucho más seguros, ¿verdad?

El hombrecito volvió a reír, con una risa odiosa.

—¡Ahora vas a entregarme el cuaderno y el anillo!

—¡Los hemos escondido! —protestó Pete—. ¡En un lugar donde nadie podrá encontrarlos!

—¿De veras? —se burló Yamura, haciendo una señal a los

hermanos Connor—. ¡Registradlos!

Obligaron a Torao y a los dos muchachos a levantar las manos por encima de la cabeza, apoyados contra la pared del barranco.

Jed registró a Jupiter, mientras Tim examinaba a Pete. El propio Yamura-Gonda registró a Torao. Fue Jed, naturalmente, el que encontró el cuaderno debajo de la camisa del gordo Jupiter. Tim continuó registrando todas las prendas de Pete, y hasta le obligó a quitarse los zapatos, pero sin hallar nada.

—Éste no tiene ningún anillo —exclamó al fin con desaliento.

Yamura-Gonda tampoco encontró nada encima de Torao.

—¡Buscad de nuevo! ¡También al gordito!

Los hermanos Connor volvieron a registrar todas las prendas. No encontraron el anillo. Yamura-Gonda tampoco halló nada.

Se puso furioso.

—¡Vas a decirme dónde lo has escondido! —amenazó a Pete. Los tres prisioneros le miraron en silencio.

—¿Sí, eh? Entonces, tendremos que…

Todos volvieron hacia el barranco que descendía hacia el mar. En el cielo matutino se elevaban grandes nubes de humo blanco. Unas volutas breves y otras largas, y todas parecían provenir de la quema de hojas húmedas.

—¡Eh —gritó Tim Connor—, allí es donde hicimos la fogata! Debimos dejarla arder… ¡y la maleza mojada se ha incendiado!

—¡No importa! —Yamura-Gonda no hizo caso de aquel problema—. ¡Que arda el monte entero! ¡Necesito el anillo! ¡Si no habláis, muchachos, será peor para vosotros!

Jupiter estaba estudiando las volutas de humo.

—¡Oh, señor, por favor —suplicó de repente—, no nos haga daño! ¡Le diremos dónde escondimos el anillo!

—¡Jupe! —protestó Pete.

Torao también estaba extrañado.

—Pero Jupiter…

—Sí, yo se lo diré —Jupiter hablaba con tono lastimero—. ¡Se lo diré… si nos deja en libertad!

—Muéstrame dónde está —prometió rápidamente Yamura— y quedaréis libres.

Jupiter tragó saliva varias veces.

—Lo ocultamos en el muelle cuando ustedes hundieron nuestra

lancha. Antes de echar a correr. El cuaderno era demasiado grande para ocultarlo.

Yamura-Gonda se mostró muy impaciente.

—¡Vamos allá ahora mismo!

Los hermanos Connor condujeron a los muchachos y a Torao barranco abajo. Pronto divisaron la desierta autopista al frente, el silencioso muelle y el mar sin nadie. Nada se movía en ninguna parte.

—Suerte que el huracán ha obstruido esa carretera —comentó Tim Connor.

—Pero alguien nos perseguirá muy pronto —rezongó Yamura-Gonda—. ¡Deprisa!

Continuó avanzando, y todos le siguieron durante los últimos metros del barranco.

¡De pronto, John Crowe surgió de entre unas matas y agarró a Yamura-Gonda! Los tres guardacostas y el teniente Jameson salieron también de su escondrijo y asieron fuertemente a los hermanos Connor. Desarmados rápidamente, Tim y Jed se encogieron de hombros y levantaron las manos. Bob emergió sonriendo.

—Me imaginé que comprenderías mis señales —le dijo a Jupiter.

Yamura-Gonda luchó para libertarse de la presa de John Crowe.

—¿Señales? —gritó rabioso—. ¡Yo no he oído ninguna señal!

—Oír no —le corrigió Bob, riendo—. ¡Ver! ¡Hice señales de humo! Ustedes dejaron la fogata aún humeando, y como había mucha leña y maleza húmeda, pude avivar el fuego.

—Señales en morse —añadió Jupiter triunfante—. Sólo me envió tres letras:

B-O-B

. ¡Su nombre! Esto me dijo que los policías estaban cerca… ¡y supe exactamente dónde! Lo único que teníamos que hacer era bajar hasta la fogata. ¡Buen trabajo, Bob!

Yamura-Gonda les miraba incrédulamente. Los hermanos Connor casi con admiración. John Crowe se echó a reír… ¡Y de repente vio a Torao! Miró al joven japonés sin dar crédito a sus ojos.

—¡Torao! ¿Qué haces aquí?… Eh, un momento… ¿Eras tú el escafandrista?

El escritor escuchó entonces toda la historia. Luego, asintió lentamente.

—Usted ha tropezado con unos muchachos muy listos, Yamura… —dijo al fin—. Y la policía tiene cargos muy graves contra usted.

—No tan graves aquí como en Japón, señor Crowe —aclaró Torao—. Y, por favor, no llame Yamura a ese criminal. Se llama Hideo Gonda, y aquí está la prueba de su impostura. Enseñó el cuaderno de bitácora que había recuperado de Jed Connor, y lo hojeó levemente.

—Aquí hay una de las últimas anotaciones hechas por el capitán del submarino:

> *Un joven marinero llamado Hideo Gonda ha venido a verme en estas últimas horas. Dice que no es Gonda su nombre, y que no desea morir deshonrado con un nombre falso. Es Shozo Yamura, tiene un hijo y familia en el Japón. Si alguna vez alguien halla este cuaderno, ruega porque su hijo y sus familiares se enteren que murió honradamente como Shozo Yamura.*

Todos habían escuchado en silencio aquellas palabras escritas tantos años atrás. A Torao le brillaban los ojos. ¡Había encontrado a su verdadero abuelo!

—Con este cuaderno y el anillo de Shozo, Gonda irá a la cárcel —añadió, parpadeando—. ¡El anillo! ¡Pete, dijiste que lo habías escondido! ¿Dónde está?

Pete rió.

—Está en el único sitio donde nadie ha buscado un anillo escondido.

Levantó la mano derecha. En el dedo anular había un grueso anillo masculino, semioculto por una *pella* de barro.

—¡Los hermanos Connor se olvidaron de mirarme las manos!



CAPÍTULO 23

Alfred Hitchcock pide una aclaración

Cuando hubieron despejado la autopista, los tres investigadores regresaron a Rocky Beach. Bob redactó el relato de las aventuras pasadas en el Arrecife del Tiburón, y una vez más, los muchachos fueron a rogarle a Alfred Hitchcock que pusiera un prólogo a su nuevo misterio.

Cuando el famoso director terminó de leer el relato de Bob en la comodidad de su lujoso despacho, Hitchcock se enjugó la frente.

—¡Estoy harto de leer esas aventuras! ¡Vaya —continuó el director cinematográfico—, huracanes, tiburones, submarinos, malvados… y, además, horror de horrores, sin comer un día entero! ¡Nunca jamás pondré los pies en una plataforma petrolífera!

—Jupiter perdió incluso un par de kilos —añadió Pete, riendo.

—Y todo quedó solucionado con habilidad y energía —continuo Alfred Hitchcock— ¡unas señales de humo en morse y un anillo escondido a la vista de todo el mundo!

—Pete y Bob fueron los que en realidad solucionaron el caso —confesó Jupiter con humildad.

—Con la ayuda de su inspirado jefe, seguro —aprobó Alfred Hitchcock, guiñando un ojo—. Bien, ¿y qué ha sido de esos canallas?

—Jed y Tim fueron acusados de asalto a mano armada, seguido de alevosía, sabotaje y piratería en alta mar por intentar hundir el *Viento del Mar* —explicó Pete—. Pero el capitán Berg afirma que fueron inducidos a todo ello por Yamura… digo, por Gonda. Éste les dijo a los hermanos Connor que Torao era un gran criminal que intentaba destruir unas pruebas que había contra él en el submarino. De manera que las acusaciones contra Tim y Jed quedarán sin efecto, y los dos serán absueltos, o poco menos, el día del juicio. Aunque seguramente pasarán unos meses en la cárcel.

—Yamura-Gonda —prosiguió Bob— volverá a Japón. Allí irá a la prisión por fraude, y tal vez por muchos otros delitos. El padre de Torao ha sido ya nombrado presidente de la Compañía Yamura, y él y Torao tratarán de reparar los perjuicios causados por Gonda esos años pasados. También piensan levantar un monumento a la memoria de Shozo Yamura en el mausoleo de la familia.

—Justo tributo a tantos años de silencio —aprobó el director de cine—. ¿Sigue todavía la protesta contra la plataforma, o empezará a perforar la compañía?

—El señor MacGruder decidió ponerse abiertamente en contra de Hanley —explicó Jupiter—. Fue a hablar con la junta de la empresa y les contó que la perforación no debía empezar hasta que se instalaran más medidas de seguridad. El señor Hanley se puso furioso, pero la junta de accionistas apoyó al señor MacGruder. De modo que los manifestantes han ganado en sus reivindicaciones, aunque también conseguiremos el petróleo que tanto necesitamos.

—Un final feliz —concluyó el director.

—Entonces, ¿prologará usted nuestro misterio? —le rogó Bob.

—¡No tan deprisa, jovencito! Realmente, estoy un poco apabullado ante vuestras hazañas. ¡Dejadme descansar un poco! —Se echó a reír cuando observó las expresiones apenadas de los tres investigadores—. De acuerdo, chicos. Prologaré vuestro último misterio… ¡si me satisfacéis en dos puntos! Primero, ¿identificó Jupiter al submarinista antes de que éste se quitara la máscara, o fue sólo una intuición casual? ¡Yo me inclino por lo último!

Jupiter sintióse insultado.

—¡No, señor! Cuando íbamos huyendo de Gonda y los hermanos Connor, comprendí que el submarinista no trabajaba para el japonés, sino que actuaba contra él. Por eso, ellos hundieron la lancha motora, aunque el submarinista todavía podía estar debajo. Y por eso Gonda espiaba la casa del señor Crowe, y también fue por eso que los hermanos Connor registraban el *Viento del Mar*. Esos registros me intrigaban mucho, pues si los Connor estaban asociados con el submarinista, habrían sabido qué ocurría en el barco del capitán Jasón. De pronto comprendí que lo que buscaban era el rastro del submarinista. Y como la casa que espiaba Gonda era la del señor Crowe, y además recordé que el gran escritor había hablado de un nuevo jardinero japonés, mencionando su nombre en

el muelle, me di cuenta de que era a Torao al que realmente perseguían.

—Muy bien —gruñó Alfred Hitchcock—. Buena deducción. Pero explícame ahora cómo regresó Torao a tierra el primer día, en que no pudo engancharse al *Viento del Mar*. Solamente podía viajar por medio del barco, y no obstante, no hubo ninguna otra embarcación que se quedase aquel día sin combustible… Vaya, Jupiter, si contestas a esto prologaré el misterio. ¡Ah, reconoce, amiguito Jones, que por una vez estás apurado!

—No, señor, precisamente es algo muy sencillo —sonrió Jupiter —. Torao pasó la noche en la isla de Santa Cruz y volvió al día siguiente con el *Viento del Mar*. Pero aquel día el capitán Jasón no observó la falta de combustible. El peso extra del viaje de regreso no fue suficiente para impedir que el barco arribase a Santa Bárbara —Jupiter se quedó pensativo—. Lo mismo pasó con el anillo, señor. Ésta fue otra experiencia basada en el conocimiento de la naturaleza humana. ¡La gente tiende a ser observadora solamente cuando algo va mal! En el mar, el capitán Jasón estaba preocupado por si tendría combustible suficiente para volver al puerto, y por esto vigilaba su medidor. Pero el día en que escaseó por primera vez, el nivel de combustible era normal cuando inició el viaje de regreso. Al llegar al puerto, el nivel ya había descendido mucho, pero le pareció normal por ser el término de la jornada. ¡De manera que, en aquel viaje, el capitán Jasón no observó la falta de combustible!

—¡Rayos y truenos! —exclamó Alfred Hitchcock—. ¡Ese insufrible muchacho ha vuelto a ganar! Bien, tendré que escribir ese prólogo.

Mientras todos reían, Pete sacó un objeto de la bolsa que llevaba.

Era la caja de acero con el emblema de la Armada Imperial japonesa, que había contenido el diario de a bordo del submarino hundido. Pete se lo enseñó al director de cine.

—Creímos que le gustaría ver esto —dijo—. Torao nos lo regaló como recuerdo del caso.

—¡Es impresionante! —ponderó Alfred Hitchcock—. Pero tendréis que reparar la cerradura. ¡Este destrozo es tan visible! —rió al observar el rubor de Pete—. Una pregunta más. ¿Qué ha salido

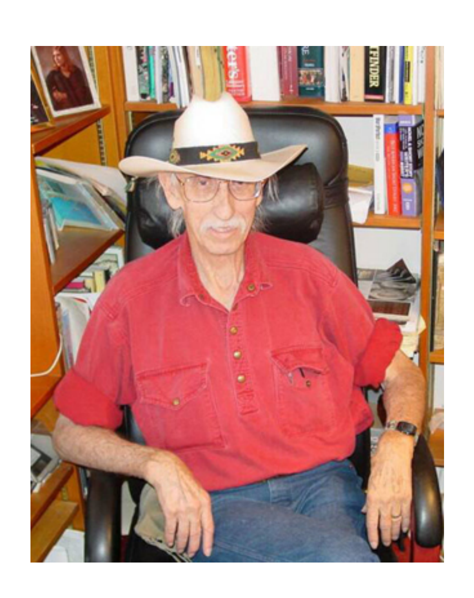
ganando John Crowe con esta aventura?

—Oh —explicó Bob—, creo que va a escribir un libro sobre ese misterio.

—Claro, un escritor cuenta sus experiencias en sus obras ¡Perfecto! Pero vosotros debéis apresuraros a ganarle la delantera con vuestro propio relato, mis jóvenes amigos.

Sonriendo, el famoso director vio cómo los muchachos salían de su despacho, y se preguntó en qué nuevas y peligrosas aventuras volverían a meterse.

FIN



WILLIAM ARDEN, es uno de los seudónimos de Dennis Lynds (St. Louis, 1924 - San Francisco, 2005), escritor estadounidense. Creció en Nueva York, donde estudió en el Instituto de Brooklyn. Más tarde estudió Química en Hempstead y se licenció en Periodismo en la Universidad de Siracusa. Recibió varias condecoraciones por su papel durante la Segunda Guerra Mundial. Con la salud del creador de la serie, Robert Arthur, en declive, Dennis Lynds fue el primero de varios autores contratados para escribir para la serie de *Los Tres Investigadores*. Usando el seudónimo de William Arden, escribió trece de los títulos originales. Lynds también escribió bajo los seudónimos Nick Carter, Michael Collins, John Crowe, Carl Dekker, Maxwell Grant y Mark Sadler.

Notas

[1] El galón, antigua medida inglesa, equivale aproximadamente a cuatro litros y medio (N. del T.) <<

[2] Se refiere a la guerra que en 1812 liberaron los Estados Unidos contra los ingleses que denominaban una parte de Norteamérica. El principal héroe de la guerra fue el general Andrew Jackson, que más tarde fue elegido presidente de los Estados Unidos. Los ingleses perdieron la guerra, particularmente después de las derrotas sufridas en los alrededores de Nueva Orleans, a orillas del río Mississippi. A esta guerra se le llamó la «segunda guerra de la independencia» (N. del T.) < <